

Que no se pierda el nombre

Testimonios de militares víctimas
del conflicto armado colombiano

En alianza:



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

*Que no se pierda el nombre.
Testimonios de militares víctimas
del conflicto armado colombiano*

© Andrés Felipe Soto Gaviria
© Brayner Díaz Ocampo
© Carlos Andrés Montoya Hurtado
© Darío Enrique Cortés Castillo
© Darío Sánchez Arteaga
© David Arredondo Lozano
© Diego Ignacio Gómez Carvajal
© Gustavo Adolfo Vázquez Osorio
© Jorge Andrés Suárez Quirós
© Juan Pablo López Agudelo
© Julio Aníbal Jaramillo Ávila
© Manuel Castillo Osten
© Sandra Muñoz Echavarría
© Wilmar Alveiro Pulgarín Hernández

Fondo Editorial
Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Edición de textos:
Daniela Perrone Martínez
Andrés Felipe Soto Gaviria

Apoyo editorial:
Paula Camila Mayorga

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: septiembre, 2026
ISBN: 978-628-97637-2-0

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a la voz de los autores. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.

La cubierta de esta publicación fue realizada con apoyo de herramientas de inteligencia artificial.



Que no se pierda el nombre

Testimonios de militares víctimas del conflicto armado colombiano

1

Voces para nombrar la ausencia

Brayner Díaz Ocampo

Sargento segundo (pensionado) y psicólogo

Mi nombre es Brayner Díaz Ocampo, en la actualidad soy psicólogo de profesión y pertenecí a las Fuerzas Militares de Colombia como sargento segundo del Ejército Nacional. Siento que al afirmar que «pertenecí» a la institución, esto no me desprende de ella, porque este es un tema de vocación, y quienes me conocen saben que todavía tengo en mi corazón el ser militar. Pero, además, por mi trayectoria, por mi vida, escogí otra profesión tan bonita y especial como la de ser psicólogo capacitado en intervenciones psicosociales, destreza con la que desde hace diez años, ejerciendo la psicología en diferentes contextos, le he podido servir a la sociedad.

Soy el mayor de cuatro hermanos, nacido en la ciudad de Armenia (Quindío), en el seno del hogar conformado por mi padre Hernán, ya fallecido, y mi madre Maribel, y del que, como buen cuyabro, de la mano con mi hermana Jennifer y mis hermanos Jefferson y Ermison, las proyecciones y los sueños que desde niño imaginé se han podido alcanzar. Ellos han sido mi estandarte para alcanzar lo que hasta el momento he logrado.

Me considero una persona valiente y muy fuerte, poseedora de un don muy lindo que Dios me ha dado: el servicio. Aptitud que, inculcada desde la casa, inicialmente como militar y posteriormente como psicólogo, me ha llevado a la entrega y ayuda por los demás. Pero así mismo, obviamente he sufrido, porque en mi vida también han aparecido muchas situaciones complejas que he sabido sortear y salir adelante. Siento que es como lo que me resume. Ese soy yo, Brayner.

Cuando yo decidí entrar a las fuerzas militares fue porque un vecino, quien era hijo de un militar, hablaba mucho de su papá: «Ay, mi

papá es un superhéroe». Y eso coincidía con un programa que nosotros veíamos en mi época, en los años 90, era *Hombre de honor*. Eso era una cita obligada. Entonces, veíamos a esos hombres y mujeres con uniforme que nos mostraban cosas muy bonitas. Sin embargo, en los noticieros también observamos una cruda realidad, porque en esos años, después del 94 hasta el 99 que ingresé a las Fuerzas Militares, estaba la violencia en su furor.

En las noticias veíamos una cantidad de situaciones: secuestros, bombazos, tomas, muertes y masacres. Muchas cosas a las que uno en la juventud no le prestaba mucha atención, lo que contrastado con el programa simplemente en ese momento nos llevó a identificarnos con ellos, con los *Hombres de honor*, con los salvadores de nuestra patria, de nuestra Colombia. Entonces yo creo que eso empezó a generar en mí ese incentivo para lo que vino.

Al provenir de una familia humilde, nos inculcaron el trabajo como un evento al que al cumplir la mayoría de edad se debía asumir. Enseñanza que se reflejó en la dedicación de mis padres por el trabajo y el bienestar de la familia. Mi papá fue empleado de las Empresas Públicas en Armenia y mi mamá, siendo ama de casa, trabaja desde hace treinta y dos años en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), como madre sustituta cuidando niños abandonados. Entonces yo creo que fueron como un cúmulo de muchas cosas que me fueron formando y me llevaron a alcanzar el título de bachiller.

En el caso mío, no había ese incentivo de estudiar, como de que me dijeran: «¿Qué quieres estudiar? Nosotros te colaboramos». Eso no pasaba, era simplemente: «Bueno, ¿en qué vas a trabajar?». Mi papá fue un hombre muy interesado en enseñarme el arte del trabajo, en todo lo que pudiese hacerse con las manos. Entonces le agradezco inmensamente a él, porque sé hacer de todo un poquito. Yo a los dieciocho años cumplidos, después de salir del bachillerato, trabajaba en construcción, en obra blanca, cogiendo café, cargando plátanos, vendiendo mangos. Inclusive, en algún momento, tuve la oportunidad de recoger en cada casa ollas de aluminio y venderlas. Es algo muy bonito que le cuento hoy en día a mis hijos: que todo trabajo es digno, siempre y cuando se haga desde una posición de no hacerle daño a nadie.

Después ya vino el momento de perfilarme: ¿qué quiero para mi vida? Esa era la pregunta, y seguramente muchos de nosotros nos hacemos esa pregunta cuando cumplimos la mayoría de edad: ¿qué voy a hacer?, ¿qué me pongo a hacer?

Viene entonces este amigo a comentarme que el papá es militar, y sumado al programa de televisión que me encantaba, ahí pensé: ya sé qué voy a hacer, voy a pertenecer a las Fuerzas Militares. Además, siempre me ha gustado, va a sonar feo, mandar, entonces yo decía: yo quiero pertenecer al Ejército Nacional, pero mandando a otros. Ya esa concepción cambió, pasó de ser «el que manda» a pensar en «el que lidera».

De ahí viene toda una pequeña odisea, porque resulta que los recursos económicos eran muy limitados en esa época y a uno le exigían unos exámenes médicos. Además, le exigían una plata para cuando fueras a ingresar a la institución, a la escuela militar de suboficiales, y ese era un recurso con el que yo no contaba. Así que, gracias a mis familiares, a una tía que ya hace mucho tiempo falleció y a mis padres, pude tener ese recurso mínimo para ingresar a la escuela.

Se hizo todo el proceso de los exámenes médicos, todo superbién, y solamente faltaba como el dinero para el equipo, lo que le solicitan a uno desde la parte logística estando en la escuela. El día de mi presentación fue algo muy particular porque resulta que, a pesar de que tenía mis exámenes completos, todo superbién, y tenía el dinero que me habían prestado, los cupos para ingresar simplemente se acabaron y yo me quedé por fuera.

Mi mamá vio mi tristeza y mi dolor, porque yo fui con mi mamá ese día a la Octava Brigada, en Armenia. Simplemente ya habían contado, yo no sé cuántos eran, como casi doscientos del Eje Cafetero para desplazarse de ahí hasta Melgar, y yo quedé por fuera. Recuerdo que mi mamá reaccionó a que mi sueño se me estaba apagando, porque simplemente no me montaron a los buses. Y mi mamá dio un grito al que lideraba esa incorporación, era el mayor Óscar Yunda Martínez. Recuerdo tanto: «Señor, señor —le decía al mayor—, ayúdeme». Entonces el mayor se acercó a mi mamá y le preguntó que qué podía hacer por ella. Ella le contestó: «No, es que mi hijo tiene todo. Lléveselo que él quiere».

En realidad, ella no quería que yo me fuera por lo que se estaba viviendo en el país en ese momento. Me dijo: «Se va a estar en este contexto, en esta vida militar, donde su vida va a estar en peligro latente». Y no solamente ella, sino mis familiares: «No, ¿qué te vas a ir por allá? Vamos a conseguirte otro tipo de trabajo». Pero mi mamá, al ver que ese era mi sueño, puso su alma y su corazón en ese momento y le dijo: «Llévatelo. Él quiere irse».

El señor me vio con esas ganas y esa determinación por hacer lo que quería hacer, y me dijo que me iba a montar en el bus, pero que no tenía silla. Tenía que ir parado. «No importa —le dije—. Yo me monto así». Me monté al bus y viajamos durante cuatro o cinco horas hasta el Fuerte Militar de Tolemaida. Estando allá, salieron todos los muchachos que estuvieron en primera instancia escogidos, y a mí me dejaron en una pérgola. La pérgola era como un sitio con techo y unas bancas en forma de círculo. Yo creo que todos los batallones tienen pérgolas, así les nombramos nosotros. Me dijeron: «Quédate acá, a ver si alguno de los que están adentro se va». Y preciso: yo duré ahí una noche, y a la siguiente, la mamá de uno de los muchachos que estaban incorporados sufrió un infarto. De pronto fue por la situación, porque el hijo se le fue para allá y era hijo único.

Entonces un dragoneante, que también era cuyabro, me dijo: «Paisano, véngase, que hay un cupo». Yo llegué donde el mayor y estaba también el muchacho cuya mamá había sufrido ese percance, entonces hicimos el cambio: él me entregó su equipo, yo le entregué el dinero, y yo me quedé, hasta el son de hoy. Se darán cuenta de que ahí arrancó todo este cuento tan maravilloso. Yo creo que me disfrutaba cada momento, cada instante, cada aprendizaje, porque en la doctrina militar y en las enseñanzas yo la tenía muy clara: sabía qué iba a hacer. Y no era ir a matar a alguien, no era tener un enemigo y destruirlo a sangre y fuego. Yo siempre estaba perfilado en que, siendo militar, podía ayudar a mucha gente. Ese era mi objetivo principal, antes, durante y después de estar en la escuela militar.

Estando en la escuela tuve muchos aprendizajes, muchas personas que admiro y quiero, muchos con los que todavía tenemos la oportunidad de conversar. Fuimos el primer curso de cabos terceros. Nosotros

ingresamos a la escuela para ser cabos segundos, pero en la época del presidente Andrés Pastrana todo empezó a cambiar y le agregaron un año más a la carrera de suboficiales. Entonces nosotros fuimos como los conejillos de Indias: con nosotros ensayaron todo ese cuento. Muy curioso también, porque cada vez que salíamos de la escuela a las unidades teníamos una barra con un rombo. El rombo, en la jerga militar, lo reconocen como de dragoneante. Quien tenía un rombo era un dragoneante, y la barra nadie sabía qué era. La barra se conocía en la Policía Nacional de Colombia, entonces era como una mutación entre policía y dragoneante, era el simbolismo de esa época. Entonces nos tocó muy difícil: que la institución se adaptara a este nuevo grado y que nosotros, con este grado nuevo, nos adaptáramos a lo que nos pudieran decir. Sí, porque nos desconocían, no teníamos eso que esperábamos cuando pudiéramos ascender.

En 2001 fue mi primera unidad militar. Fue en Puerto Boyacá, en el Batallón de Infantería Bárbula, creo que número 3. Les pido disculpas, porque yo con ese tema de los nombres no recuerdo casi todo, ¿cierto?

Pero sí fue muy interesante, porque en el contexto de esa unidad y del territorio donde tenía injerencia el batallón, estaba a flor de piel el tema del paramilitarismo. Muy complejo, muy difícil. Uno escuchaba muchas cosas. Muchas personas que llevaban tiempo en el batallón le hacían recomendaciones a uno porque se vivían situaciones muy complejas, sobre todo por el tema del robo de combustible. En esa época existía el llamado «cartel de la gasolina».

Había lugares muy cercanos donde los paramilitares tenían mucho poder, por decirlo de alguna manera. Entonces eso a veces le generaba a uno cierta dificultad para aceptar o asimilar lo que estaba sucediendo en su contexto, porque uno hubiera querido hacer muchas cosas, pero muchos compañeros que tuvieron esa iniciativa terminaron en el Río Magdalena. Estos grupos al margen de la ley se daban cuenta de dónde trabajaba uno, qué hacía uno, lo esperaban, lo bajaban del bus, lo masacraban y lo mataban. Entonces son realidades muy complejas que me tocó saber sortear en su momento.

Me tocó la recuperación de la Autopista Medellín-Bogotá, porque en esa época varios frentes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias

de Colombia (FARC) tenían dominio territorial, sobre todo entre Corcorá y San Luis. Era algo de todos los días: la quema de buses de transporte público, los combates con el Ejército Nacional, las tomas a los pueblos cercanos, los enfrentamientos entre la guerrilla y los paramilitares. Entonces era una cuestión de intervenir desde lo operacional en esos sectores en los que tenían presencia: por un lado, del río Samaná hacia San Luis, las FARC; y del río Samaná hacia Doradal, los paramilitares. Era muy complejo. Varios combates, varias situaciones difíciles tuvimos allí. Afortunadamente, bajo mi mando, gracias a Dios, nunca hubo mayores tragedias. Creo que sí hubo un soldado herido en un pie, pero no hubo una dificultad mayor dentro de mi trabajo y mi rol en ese contexto. Ahí pasé dos años.

Posteriormente pasé a otra unidad. Mi segundo traslado fue al Batallón Especial Energético y Vial N.º 3. Esos batallones surgieron a raíz de las necesidades del país. Eran batallones conformados con personas del sector. Por ejemplo, en el departamento del Cesar, los muchachos del Plan Energético Vial eran para cuidar las carreteras, para cuidar sectores estratégicos. Ya había pasado la época del presidente Pastrana y llegó Álvaro Uribe Vélez con sus proyecciones operacionales, y cambiaron muchas cosas. Uno de los objetivos era recuperar las carreteras del país, y eso se hizo con estos batallones. Yo entré a trabajar con ellos.

Me tocó algo muy complejo, porque era una autopista tan central como la Troncal del Caribe, en límites con Venezuela, por la Serranía del Perijá. Entonces estos grupos al margen de la ley empezaron a arrinconarse en la frontera. Venían, quemaban camiones, hacían daño y regresaban a los límites entre Colombia y Venezuela.

Cuando estuve en esa unidad tuve varios encuentros en municipios como Pelaya y Curumaní, que quedan cerca de la Serranía del Perijá. Allí muchos muchachos eran soldados regulares: campesinos, personas de escasos recursos, otros bachilleres. Eran muchachos de los pueblos que aportaron su granito de arena a esa labor. Allí también tuve la oportunidad de conocer a la mamá de mi hija mayor, María José.

Aunque no tuvimos una relación muy larga, mi hija nació estando yo en la costa, porque el batallón tenía injerencia en el Cesar, parte de La

Guajira y parte de la Sierra Nevada de Santa Marta. Ahí nació mi hija y empezó otro cuento distinto. Uno ya le presta más atención a la vida, porque en ese contexto uno no siente tanto temor a la muerte como cuando ya tiene algo propio. En este caso, una hija. Entonces uno dice: tengo que cuidarme más, ser más prudente.

En las dos unidades anteriores uno no pensaba mucho si se iba a morir o no. Era cumplir la misión, cumplir el objetivo, hacer cosas buenas por la sociedad. Ese era el enfoque. Pero después, con mi hija, uno cambia: tengo que cuidarme más, no ser tan arrebatado. Y eso sí, yo he sido muy arrebatado, muy volado, como dice el cuento, pero he tratado de hacer las cosas bien. Es algo que hasta hoy me caracteriza. Y es que ser incorruptible es difícil. En estos contextos a uno le han ofrecido dinero, le han dicho muchas cosas para prestarse a favores con grupos al margen de la ley. Yo nunca estuve de acuerdo y nunca lo estaré. A mí me decían: «Mire, acá le traigo para sus muchachos», y yo no recibía. Prefería estar metido en lo más profundo de la selva o del monte antes que confrontar esas realidades que no toleraba, porque entre mis principios no considero en lo absoluto ese tipo de situaciones.

Ya en esa época había hecho el curso de cabo segundo y luego el de cabo primero. De ahí salí para el Batallón Bomboná, o sea, volví a Antioquia. Ese batallón queda en Puerto Berrío, y allí tuve la experiencia de trabajar en todo el nordeste antioqueño: Yalí, Vegachí, Yolombó, Cisneros, todos esos municipios. Fui incluso comandante de soldados campesinos. En esa época, muchos muchachos del mismo pueblo prestaban su servicio militar y eran destinados a cuidar su territorio, porque lo conocían bien. A mí me tocó estar en Yalí, donde también tuve experiencias muy bonitas, pero con una responsabilidad muy grande, porque era un territorio bastante amplio.

En ese tiempo, el tema de la violencia empezó a disminuir, porque muchos grupos al margen de la ley se comenzaron a desintegrar por la presión que ejercían las Fuerzas Militares. A mí me tocó toda esa transición: al principio entrenábamos con fusil G3, después llegaron los fusiles Galil, y el entrenamiento se volvió más técnico y táctico. Todo fue cambiando en tecnología, en preparación mental, física y operacional.

Durante esos años todo empezó a mejorar, y se me permitió vivir ese momento de transición. Cuando estuve allí también me tocó el tema de los paramilitares. Creo que fue en San Roque; hice parte del cerco de seguridad para que estos grupos se desmovilizaran. Fue un proceso muy positivo, aunque con muchos resentimientos por lo que habían hecho: masacres, muertes, violaciones. Pero después la gente empezó a sentirse más tranquila en el territorio.

Luego uno empieza a preguntarse si continúa en esto, porque, aunque el centro del país estaba más tranquilo, el sur y el occidente estaban muy complejos. Entonces uno siempre pensaba: ¿para dónde me irán a mandar? Porque eso es un sorteo, uno no sabe.

Ahí salí de ese batallón a hacer el curso para ser sargento. Fui a Bogotá, hice el curso y después me enviaron al Batallón de Contraguerillas N.º 1 Muiscas, uno de los más antiguos de Colombia, con mucho renombre y respeto. Eran batallones que se hacían respetar por lo que habían llegado a ser, por las operaciones que realizaron y por lo que lograron recuperar. Entonces eran soldados boyacenses, que admiro, respeto y quiero muchísimo, porque ellos fueron los que me salvaron la vida posteriormente. Ahí es donde, en este batallón, yo pensaba que permanecía todavía en Boyacá, pero no fue así. Este batallón estaba agregado a un batallón de la Novena Brigada en Neiva. Su zona de injerencia era el norte y sur del Huila: Algeciras, en límites con los departamentos de Caquetá y Meta.

Cuando llegué a este batallón, la unidad estaba en ese sitio y el objetivo era recuperar la región del Río Pato. Era un río corto, pero muy caudaloso; un punto limítrofe entre el Meta, Caquetá y el Huila. Esta zona era un sitio de movilidad donde, en esa época, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) movían drogas de uso ilícito, armamento y dinero. También era una zona cercana a las caletas. El objetivo era recuperar esa zona, muy difícil y compleja, porque muchas personas de los grupos armados ilegales eran familiares o habitantes del sector. Entonces la población civil era muy reacia a los militares.

Cuando empezamos a hacer el ejercicio operacional, ya habían pasado muchas cosas: muchos militares muertos. Todos los días escuchábamos de compañeros que caían en campos minados, no solo en

nuestra zona, sino a nivel nacional. Después del 2002, el tema de las minas antipersonales se agudizó en muchos territorios, y las estrategias militares a veces se quedaban cortas frente a ese fenómeno. Hablo de las minas antipersonales porque en este sector fue donde yo tuve el accidente. Antes de eso, varios compañeros ya habían sufrido situaciones muy difíciles con esos artefactos explosivos. Eso generaba un impacto psicológico muy fuerte.

Antes, la guerrilla y los paramilitares delinquían en masa: cien, doscientos, hasta trescientos hombres llegaban a una población y atacaban a la Fuerza Pública o a la población civil. Eso cambió: empezó a generarse en puntos o grupos muy pequeños que empezaban a hacer sus acciones delincuenciales. Quiero hacer la salvedad: quienes hacen operaciones son las Fuerzas Militares de Colombia; los actores armados hacen acciones delictivas. Hay que hacer esa distinción.

Estos otros actores armados, llámese «guerrilla», empezaron a crear un miedo aterrador en la población y, sobre todo, un impacto psicológico en los militares a partir del sembrado de minas antipersonales. Desmoralizaban la tropa de una manera impresionante.

Ahí es donde la respuesta de las Fuerzas Militares fue utilizar la tecnología para ubicar a esos grupos dentro del territorio, porque ya delinquían en grupos de cuatro, cinco, seis, máximo diez subversivos o paramilitares. Entonces la Fuerza Pública, con apoyo aéreo y por inteligencia, los atacaba directamente.

Meses antes de que me pasara el accidente, intentamos pasar dos veces el Río Pato, pero el grupo era demasiado grande y nosotros éramos solamente una compañía. A veces llegaba apoyo de otra compañía, pero no lográbamos tener cobertura sobre el paso del río, porque el territorio era muy quebrado. Había que bajar y volver a subir para pasar al otro lado, y eso era muy difícil. En la tercera operación, un pelotón de la misma compañía pernoctó en una zona cercana para pasar al otro lado. Mientras organizaban su zona para dormir y armaban el cambuche, uno de los muchachos, al tender su colchoneta, pisó y activó una mina antipersonal.

Como él tenía el chaleco puesto y llevaba granadas de mano y de mortero en el pecho, la explosión hizo simpatía con esos explosivos.

El muchacho voló más o menos veinte metros. Golpeó contra un árbol gigante y su cabeza quedó pegada con los talones. Literalmente lo partió. Suena muy visceral, sí, pero esa imagen la tengo aquí grabada, porque yo llegué después con mi pelotón y empezamos a tratar de recuperar el cuerpo. Cuando lo fuimos a recoger, sus huesos estaban triturados, era como coger gelatina. Además, la imagen fue muy impactante porque sus vísceras estaban por fuera. Fue algo que ninguno de los muchachos se atrevía a hacer. En la cabeza fría que uno debe tener en ese momento, uno trata de atender al compañero, aunque ya no tuviera vida. Fue muy complejo.

En medio de su evacuación, siguieron otros dos muchachos heridos, porque la guerrilla se aprovechaba de ese impacto psicológico y del momento de evacuación para contraatacar. Ese día hubo dos fallecidos y dos heridos. Toda la tropa quedó totalmente desmoralizada, así que nos replegamos para reorganizarnos y buscar nuevas estrategias para recuperar esa zona.

Como yo ya tenía conocimiento del terreno, dos meses después me mandaron nuevamente. Eso fue un 5 de mayo. Iniciamos el ejercicio operacional arrancando desde Algeciras, atravesando toda la selva y la parte boscosa de la zona. El objetivo era el Bloque Móvil Teófilo Forero, una estructura de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Ese grupo era como las fuerzas especiales de la guerrilla en esa época y estaba dirigido por alias el Paísa. La Teófilo Forero tenía mucho renombre porque fue una de las estructuras más sanguinarias. Era un grupo que descuartizaba cuerpos y hacía la llamada «corbata». A los militares que capturaban les quitaban las uñas, los torturaban con pequeñas incisiones y los dejaban desangrarse. Después les hacían un corte desde el pecho hasta el ombligo, a veces hasta el corazón, y les mutilaban los genitales, colocándolos sobre el cuerpo. Eso era algo simbólico para ellos, con el fin de generar terror. Por eso, tanto civiles como militares temían encontrarse con ese grupo. De la Teófilo Forero también surgieron otros grupos, como los llamados «Pisa Suave», conocidos por su extrema violencia. Esa era su principal característica.

Cuando nos destinaron a esta operación, teníamos información muy puntual sobre hasta dónde llegar, pero la zona estaba demasiado

minada, así que fue necesario tomar rutas diferentes para evitar ese tipo de riesgos. A pesar de que teníamos un grupo especializado para detectar y evitar campos minados, cuando encontrábamos una zona sospechosa hacíamos la llamada «oreja»; es decir, rodearla para evitar que alguno de nosotros cayera en esos campos. Íbamos pasando por la parte alta de la vereda La Unión, ya casi llegando a un campamento de la Teófilo Forero, donde había material de intendencia, armamento y un grupo significativo de integrantes. Antes de llegar, entramos a un claro. En términos militares, era un sitio boscoso, al percatarnos del lugar se notaba que alguien había pernoctado allí. La operación había comenzado, y tres días después de caminar llevábamos aproximadamente entre 10 y 12 kilómetros recorridos.

Quiero contar una pequeña incidencia. Había algo muy curioso: cada vez que iba a pasar algo grave, yo tenía un sueño. Ese sueño siempre tenía que ver con mi abuela materna. Ella era muy insistente en decirme: «No te vayas, no te vayas, te van a matar». Tengo esa imagen grabada, porque el día que me fui al batallón ella lloraba en la puerta de la casita. Yo la veía llorar, pero no hice caso, aunque sabía el dolor que le estaba causando.

Mi abuela murió en mis primeros años en el Ejército. Desde entonces, cada vez que iba a haber un hostigamiento, un soldado herido o alguna situación grave, yo soñaba con ella. En esos sueños me hacía recomendaciones: «Ten mucho cuidado, presta atención, mantente tranquilo». Eran palabras muy reconfortantes. Precisamente ese día, el 5 de mayo (hago la aclaración porque tengo problemas con las fechas: la operación comenzó el 3 de mayo y el accidente ocurrió el 5), volví a soñar con ella. Me decía: «Bájate, ahí te vas a caer, hijo, te vas a caer». Como ya habían pasado varios sueños así, yo ahí mismo pensaba: «No quiero soñar más con ella. Me da susto, porque siempre pasa algo».

Ese día, alrededor de las siete de la mañana, desayunamos, y una hora después iniciamos el camino. Vimos el claro y lo rodeamos. Cuando ya estábamos terminando de rodearlo, iba el puntero, luego otro soldado y después yo, comandando la compañía como suboficial, direccionando la operación.

Había dos árboles grandes y una cepa. En esa cepa había raíces gruesas. Los muchachos pisaban sobre ellas. Yo pisé entre las raíces. Cuando metí el pie izquierdo, solo sentí que mi cuerpo flotaba. Se escuchó un estruendo impresionante: ¡boom! Sentí un pitido muy agudo mientras iba en el aire. Después entendí, ya siendo psicólogo, que eso fue un *flashback*. En esos dos segundos, mi vida pasó por mi mente. Vi a mi mamá, a mis hermanos, a mi familia, a mi hija, a todos. Todo lo que había vivido apareció en ese instante.

Caí de cabeza porque llevaba el equipo y el armamento encima. Quedé en una posición invertida. Aturdido, les gritaba a los muchachos: «¡Quietos, quietos, esto está minado! ¡No se muevan!». Todavía no me había dado cuenta de que no tenía el pie.

Me preguntaban los soldados si estaba bien. Yo decía: «Sí, estoy bien, estoy bien», aunque sentía la cabeza metida en la tierra y el pitido en los oídos. Cuando intenté acomodarme y pararme, apoyé hasta la altura del tobillo. Ahí me di cuenta: no tenía el pie. Del tobillo hacia abajo no estaba. Solo pensé: «Hijo de pucha, no tengo mi pie». Y les repetía: «Muchachos, quietos, cúbranse, no se muevan». Yo sabía que después de eso podía venir un ataque. Seguía consciente, tratando de mantener la posición, esperando que no nos dispararan.

Uno de los muchachos, un pelado fornido y grande, se quitó el equipo. Sacó un cuchillo y me cortó las tirantas, porque yo todavía tenía todo puesto y no podía quitármelo. Luego me cargó al hombro.

Él me decía: «No se preocupe, mi sargento, yo lo saco».

Yo me reía y le respondía: «Pero es que estoy muy pesado».

Él decía: «No importa».

Yo siempre he sido pesado, y aun así ese muchacho me sacó de ese hueco. Nos retrocedimos casi hasta donde habíamos desayunado. Íbamos pisando exactamente sobre las huellas del otro, porque esas eran las medidas de seguridad, para evitar que alguien más cayera en una mina. Todos nos devolvimos por el mismo camino hasta sacarme a un sitio seguro. Mientras tanto, el enfermero empezó a atenderme: me hizo la limpieza y me puso el torniquete. Le costaba encontrarme las venas por la adrenalina y por el estado en el que estaba. Creo que al final me canalizó por la pierna y me puso los líquidos.

Mientras me estaban atendiendo, ocurrió otra explosión. ¡Boom! Éramos alrededor de ciento sesenta muchachos. Iban y venían por el mismo camino. El último era Córdoba Alegría, otro suboficial, cabo segundo. Él, siendo el último, fue quien pisó la mina.

Hay algo muy paradójico entre nosotros: decimos que las minas tienen nombre propio. Pueden pasar cincuenta o cien personas por el mismo lugar, pero solo una cae. Desde ese pensamiento casi místico, creemos que esas minas ya tienen destinatario. En mi caso, iban tres delante de mí, y fui yo el que la pisé. Con Córdoba pasó igual: todos pasaron por ahí, todos regresaron por el mismo sitio, y siendo él el último, fue quien cayó. Ya no era uno: éramos dos heridos.

Como era un sitio tan selvático, desplegaron el esquema de seguridad para evitar un contraataque de la guerrilla. Pasaron unas dos o tres horas sin que ocurriera nada. Entonces se hizo el reporte. El segundo al mando y un subteniente que estaba más atrás informaron lo sucedido y solicitaron la evacuación.

Ahí viene otro tema que nosotros llamamos «místico». Cada vez que cae un herido o un fallecido, el clima cambia. Se nubla todo. Yo estuve en muchas situaciones así y siempre pasaba lo mismo: el cielo se oscurecía y empezaba a llover. Nosotros decíamos: «Hoy los soldados celestiales lloran a un héroe». Es algo muy bonito, pero también muy triste. Y ese día pasó igual. Empezó a llover sin parar. Desde el mando decían: «Rotor, rotor, no podemos entrar. ¿Cómo está el clima?». «Está muy nublado, no hay visibilidad». Era muy difícil que un helicóptero ingresara a la zona. Entonces los muchachos abrieron espacio a punta de machete. Tumbaron árboles, limpiaron terreno, hicieron todo lo posible para crear un punto donde el helicóptero pudiera hacer vuelo estacionario y evacuarnos.

Pasó el mediodía. Yo caí a las ocho de la mañana. Mi compañero cayó a las nueve. Pasaron las diez, las once, las doce, la una, las dos, las tres, las cuatro de la tarde... y nada. No había evacuación. La única opción era retornar, regresar a la base, que quedaba en una zona medianamente segura, para ver si desde allá nos podían sacar.

Ahí comenzó otra odisea porque, aunque habíamos caído en una mina, hay algo muy particular en nosotros, en los militares. Desde que

uno entra a las Fuerzas Militares, sabe que queda expuesto a tres cosas. La primera: que puede morir. Sabemos que, por nuestra vocación, en cualquier momento podemos perder la vida. La segunda: que podemos salir heridos; perder una pierna, un brazo, una extremidad, la vista. Eso también lo tenemos claro. Y la tercera: que podemos ir a la cárcel. Y es porque nosotros sabemos que, por nuestra labor, estamos expuestos a temas de acción u omisión. Si uno hace algo que no está dentro de la Constitución, la ley o los reglamentos, eso tiene consecuencias penales. Pero también por omisión. En el caso de quienes tenemos mando, si un soldado comete una falta, por ejemplo, algo tan simple como robar una gallina, y uno se queda callado, también está siendo responsable. Está avalando algo que está mal. Ese es un ejemplo pequeño. Ahora imagínese todo lo demás que puede pasar.

Quiero hacer aquí un paréntesis, porque este tema me lo preguntan mucho, sobre todo ahora, con tanta polarización política, con el tema de los llamados «falsos positivos». Quiero ser muy claro frente a lo que yo he vivido y a lo que he experimentado. Si bien hubo compañeros que tomaron malas decisiones, jamás he estado de acuerdo con eso, ni lo estaré nunca. Es imperdonable, innombrable, y quienes hicieron eso deben responder ante la justicia con todo el peso de la ley. Porque fue una decisión personal. Pero también quiero decir que generalizar duele. Me genera malestar y mucho dolor. Porque en toda esta trayectoria que les he contado hay muchas personas buenas. Hay militares, policías y miembros de la Fuerza Pública que han hecho su trabajo con honestidad y compromiso. Claro, uno a veces escucha cosas, a veces ve cosas, y ahí viene la pregunta: ¿hasta dónde llega tu responsabilidad? Si sabes algo, tienes que denunciar. En mi caso, nunca he estado de acuerdo con ese tipo de prácticas. En ninguna escuela de formación, en ningún momento, jamás escuché a un superior decir que había que hacer algo ilegal. Nunca. También es cierto que, como en cualquier institución, hay personas buenas y malas. Eso pasa en todas partes. Pero yo sí defiendo que muchos hemos obrado bien y hemos hecho nuestro trabajo de la manera más correcta posible. Cierro ese paréntesis.

Volviendo a lo nuestro: en ese momento, estábamos heridos, esperando evacuación, y no había poder humano que lograra meter un

helicóptero hasta donde estábamos. No había forma de sacarnos de ahí. Entonces, la opción del comandante inmediato fue regresarnos. Los muchachos hicieron camillas improvisadas con hamacas y palos, y empezó esa odisea.

¿Por qué odisea? Porque resulta que, en ese transcurso, de 12 kilómetros más o menos, que era el trayecto, un poquito más, perdíamos mucha sangre y, a pesar de los torniquetes, a pesar de eso, recuerdo que en un momento les decía a los muchachos: «Yo como que me oriné». Pero no era orín, era sangre lo que tenía debajo de mi cuerpo. Entonces empezó esa lucha por la vida. Sí, entonces me aferro mucho. Yo creo que esta es una vaina que me acompaña a mí siempre. Soy muy creyente de Dios, y yo creo que nada en este mundo se mueve sin la voluntad de este «man», así le digo yo. Y me aferré a Él, a la vida, y la logré. Yo tenía mi pensamiento de que, si me dormía, yo no me volvía a despertar. Y así pasaron las horas, los minutos, los segundos. Los muchachos eran conversándome, hablándome, dándome palabras de motivación.

Creo que, en un momento de estrés, al mayor, al comandante de la unidad, del batallón como tal, yo lo traté mal. Es que yo, antes de que sucediera eso, le hice una recomendación que él omitió y pasó lo que pasó. Pero yo, en mi enojo, mi rabia, mi frustración, mi dolor, de pronto llegué a decirle cosas malucas.

Pasó esta situación. Llegó el otro día, amaneció, y, de un momento a otro, se despejó el cielo y al fondo se escuchó el sonido del rotor del helicóptero. Yo creo que eso fue como mi impulso para vivir más.

El momento esperado llegó, ingresó el helicóptero. De hecho, no era ni siquiera un helicóptero militar, sino civil, de esos pequeñitos. O sea, ni siquiera en camilla ni nada. Simplemente eran el piloto, el copiloto, sí eran militares, y había una sillita donde solamente cabían Córdoba y mi persona. Nos montaron, nos sentaron ahí y arrancamos en ese momento en vuelo. Córdoba se me estaba desmayando. Yo recuerdo que le gritaba: «No te durmáis, no te durmáis. Levantate, levantate. No te durmáis». Empecé como a intentarlo, porque habíamos perdido mucha sangre.

Llegamos al Hospital Universitario de Neiva y allí lo primero que hicieron fue buscar cómo canalizarnos nuevamente para meternos sangre. Yo creo que la primera tanda era casi tres litros de sangre que me

pusieron a mí y a Córdoba. Cuando llegué, porque antes yo les había dicho: «No le avisen a mi mamá, no le avisen a nadie, yo estoy bien, yo estoy vivo, yo después le cuento a ella». Pero obviamente eso no era un tema de deseo, sino de obligación y responsabilidad. Mi mamá viajó toda la noche y cuando yo llegué, mamá llegó, o sea, casualmente coincidimos. Entonces, otro motivo más para vivir. La mamá dijo: «Ya, hijo, usted va a salir de este cuento». Y después, ya nos ingresaron a cirugía a Córdoba y a mí en este hospital.

Me amputaron acá arriba, a la altura de la canilla y empezó todo este proceso. Yo ya tenía toda la convicción de saber lo que me había sucedido, pero resulta que, como a estas minas, además de ponerles explosivo, metralla y otros elementos, los guerrilleros les echan materia fecal, entonces eso infecta también. Resulta que, dos días después de la cirugía, arriba del pie, eso empezó a supurar agua fétida. Entonces me dijeron: «No, eso no es normal». Se me estaba muriendo la piel, la carne. Los médicos ingresaron y decidieron: «Te vamos a hacer un corte para quitar esa infección». Yo pensé que serían, no sé, uno, dos o tres centímetros, pero estando en la sala de cirugía, los médicos se miraban entre ellos, se hacían señas, y al final me dijeron: «Si no te cortamos más, puede prolongarse la infección y puedes morir». Eso fue lo que me dijeron.

Yo pregunté: «¿Qué tanto me van a cortar?». Ellos me dijeron: «No, hay que quitarle la rodilla». Ahí se me acabó el mundo, porque resulta que, si bien yo tenía claro que había perdido una pierna, yo no me imaginaba que me iban a quitar la rodilla. Eso fue muy impactante, porque yo, entre lágrimas, tuve que firmar una autorización. Firmé la autorización, me hicieron la cirugía y fue una reacción muy traumática.

De las cosas más dolorosas en mi vida fue ese momento; cuando me desperté y me vi sin rodilla. Yo me quité lo que tenía en los brazos y me iba a tirar por la ventana, yo me quería tirar por esa ventana del hospital. Los enfermeros me cogieron.

De hecho, fue algo tan impactante que yo no razonaba. Simplemente no quería vivir, no quería estar allí. Fue un momento en donde hasta a mi mamá le dije: «Vete de acá, no quiero verte». Era un dolor tan profundo que no quería saber nada de nada ni de nadie. Mamá salió. Una

enfermera entró, me abofeteó, me metió un cachetadón: «¿Vos sabés cómo le hablaste a tu mamá? Tu mamá día y noche está llorando por vos». Cuando ella me dijo eso, yo como que reaccioné. Ella como que lloraba, pero lloraba era afuera. No mostraba ningún tipo de llanto mientras estaba frente a mí. Solo me dijo una frase que todavía la tengo en la cabeza. Me dijo: «Tú has sido capaz de lograr lo que te propongas en la vida. Esto, para vos, es algo que puedes superar y lograr hacer lo que tú quieras, con pierna o sin pierna».

Eso me quedó tan impregnado en el alma y en mi cabeza que ahí empiezo esta lucha de salir adelante frente a la realidad que estaba viviendo en ese momento. Y ahí viene otra parte de la historia. Ahí es donde ya empecé todo el proceso de recuperación.

Duré un mes y medio en el hospital. El compañero mío tuvo una leve infección, pero se la trataron con antibiótico. Él reaccionó bien, a él no le amputaron más. Después me explicaron que la diferencia del metabolismo y la hora de diferencia influyeron y por eso mi infección fue más rápida que la de él. Ellos, apenas se dieron cuenta de lo mío, empezaron a trabajarlo con antibióticos más fuertes, entonces él no perdió más de su pierna.

La recuperación empezó a evolucionar durante todo ese mes. Ya cuando me dijeron: «Bueno, ¿vos te querés quedar acá o para dónde querés coger, o dónde querés seguir tu rehabilitación física?», yo dije: «No, en Medellín». Porque resulta que meses antes yo había empezado una relación por teléfono con la que hoy en día es mi esposa.

Yo duré como tres meses para enamorarla y enamorarme de ella. Me hice novio de ella en tres meses, y le tocó esa transición tan difícil. Ella viajó incluso a Neiva a visitarme. Una de las tantas cosas que yo agradezco es haber conocido a esta mujer, una tesa, una berraca. Ella, a pesar de sus particularidades, porque ella es muy asquenta, sin mostrar ningún tipo de asco, estando allá conmigo hasta me limpiaba la cola. Yo conocía que ella era muy reacia a ese tema, pero lo hacía conmigo, además, con mucho amor. Yo dije: «Esta es la que es».

Muy linda, porque me aceptó ya sin mi extremidad y me había conocido con una pierna supervital. En fin, una cantidad de cosas. Yo creo que eso fue lo que me dio pie a continuar con ella y posteriormente casarme.

Durante todo ese proceso ella siempre estuvo ahí. Entonces me vine para acá, para Medellín, y eso fue hace diecisiete años o un poco más.

Yo creo que algo muy bonito fue que una mayor, que manejaba el tema de fisioterapia, aceleró el proceso para que pudiera casarme con mi prótesis, fue algo muy bonito. Ella me dijo: «Ya te tengo el regalo, vea: ya llegó tu pierna». Eso fue a contrarreloj. En veinte días tenía que aprender a caminar, porque a partir de eso hay un antes y un después. Ya te estoy contando un poquito del después, porque en mi vida antes tenía unas particularidades muy arraigadas a la vida militar, y ya después viene otro cuento.

Esa parte de la recuperación psicológica cuenta con muchos vacíos, porque la institucionalidad no le da a uno el acompañamiento que debe ser. Ese es uno de los vacíos que hasta ahora se han tratado de suplir, pero no ha sido tomado en serio. Muchos de los muchachos que sufrimos esta situación, la pérdida de una extremidad en el conflicto como víctimas, no hemos tenido la oportunidad de hacer ese duelo frente a esta pérdida. Porque es igual o peor que perder un familiar o alguien muy querido. Es algo tuyo.

Cuando tú pierdes una pierna o una extremidad a la vista, una mano, es incluso más doloroso que perder un familiar, porque es algo que ha pertenecido a ti y que, por estas circunstancias, obviamente lo has perdido. Entonces yo creo que este tema, desde la parte psicológica, no ha sido como bien llevada, estoy hablando desde la parte institucional.

Después de casarme con mi esposa, ella acompañándome en todo este proceso, surge la oportunidad de estudiar y me dicen: «¿Vos qué querés estudiar?». El miedo es aterrador, porque resulta que uno, como militar, solamente, digamos, todos los conocimientos tienen que ver con lo que tú hacías, pero es el temor de empezar. Además, una universidad es una cosa que yo nunca había experimentado, algo muy distinto a lo que uno había vivido, pero que simplemente se hacía, era afrontarlo y decir: «Bueno, yo tomo la decisión de estudiar».

El tema era qué estudiar. A mí siempre me ha gustado ese tema de la salud, entonces pensaba en enfermería, pero siempre veía, con mi limitación de la pierna, obstáculos. Entonces yo decía: yo he sido buen consejero toda la vida y me ha gustado ayudar, entonces por ahí me

empecé a inclinarme por la psicología. Fue una decisión muy importante y significativa para mí y para mi familia porque, a raíz de eso, yo he empezado a hacer ese ejercicio de empezar a poner en práctica mis conocimientos con la gente que ayudo y con la gente más cercana a mí.

La cuestión fue que, dos años después, ahí estaba como en el tercer o cuarto semestre de Psicología cuando, sorpresa, resulta que me estaba pasando de apartamento y fui normal al baño, pero tuve una hematuria, un sangrado. Yo pensé: «Esto no es normal», pensé que, tal vez, había sido un tipo de secuela de lo que me había pasado en el accidente con la mina. Con esa hematuria boté como un pedacito gordo, algo extraño.

Yo recogí eso del baño y no me dolía nada. Simplemente yo dije: «Esto no es normal». Los cálculos duelen, pensaba yo. Bueno, en fin, pasé por una cantidad de cosas para determinar qué había pasado y sorpresa: cáncer de vejiga. Ahí tuve una pelea fuerte con el Man de arriba: «Señor, no me mataste en la guerra —pues, decía yo en mi ignorancia—, no me mataste en la guerra y me vas a matar con una enfermedad de estas», porque cuando uno dice cáncer, igual muerte.

Entonces otra vez, o sea, después de que ya me había recuperado, de que había aceptado todo este tema de la situación de mi pierna, viene esta otra cuestión tan compleja. Así que fue como utilizar los recursos que usé antes para superar el tema de mi pierna, obviamente con los conocimientos previos de mi carrera y, además, contando con el acompañamiento de una profesora que siempre estuvo ahí conmigo, Isabel Cristina. De hecho, yo iba a desertar en la academia, y ella fue quien me dijo: «No, nosotros te apoyamos, te acompañamos».

Logré superar todo este cuento. Me hicieron un tratamiento con quimio y un tratamiento con BCG (Bacilo de Calmette-Guérin). Yo creo que, a raíz de todas estas circunstancias, tengo claridad en qué es lo que yo promuevo y promulgo: es el hecho de que las situaciones difíciles de la vida o te aplastan o te hacen más fuerte. Eso es lo que normalmente uno debe tener claro frente a las dificultades o a las realidades que se viven en estas situaciones tan difíciles que podemos tener los seres humanos, y más en el contexto de violencia, de guerra y de esta realidad tan difícil que todavía hoy en día se vive.

Resulta que muchas de las cosas que se habían reducido, hoy en día nuevamente las volvemos a revivir. Es un tema que hoy en día me cuestiona: ¿por qué retroceder realmente al avance tan grande que hemos podido tener? Y ahí es donde conjuga la responsabilidad social que tenemos dentro de la sociedad, y en el caso mío, que soy psicólogo, que tengo una especialización en intervenciones psicosociales y que mi foco siempre ha sido ayudar a los demás.

Yo creo que ahí es donde tenemos que enfocarnos: en el hecho de que, si bien he podido lograr superar situaciones muy complejas como la pérdida de una pierna o tener una enfermedad como el cáncer, a raíz de eso también hay que trascenderlo a la ayuda de los demás. Sí, porque mi carrera, mi posición, mi situación, la he puesto en pro de los demás, sin distinción de quien sea. Eso es lo más bonito de este cuento.

Uno no puede pensar con egoísmos, y si esta sociedad de verdad merece cambiar, merece cambiar para que exista una paz, una tranquilidad, es evitar que exista la desunión, la división, y que todos jalemos hacia un propósito coherente y respetuoso por el otro. Sí, porque si bien ser víctima es el lado oscuro de la violencia, seguramente quien es victimario también tiene una historia de vida, pero más que escribirla y señalarla es tomar acción frente a eso. Yo creo que esa es la responsabilidad de todos y cada uno de nosotros: no pensarlo desde el enemigo, desde la diferencia, sino pensarlo en: «Bueno, ¿cómo vamos a hacer para movilizar este cuento?».

Porque estamos destinados a estancarnos si simplemente lo pensamos desde lo visceral o emocional. ¿Por qué? Porque si yo me quedo con lo que siento, simplemente no avanzamos, y el crecimiento de las personas se da en el hacer, en el hacer a partir de lo que tú tienes para aportarle al otro. Y vuelvo y te digo que hay cosas que no están bien vistas y que hay que repudiarlas, pero también cuando tenemos la oportunidad de regenerarlas, de transformarlas, de trascenderlas, todos tenemos la responsabilidad de poner ese granito de arena frente a eso. Esa es nuestra responsabilidad, no solamente desde nuestro rol o profesión, sino como seres humanos.

Y bien, de pronto yo sé que hay muchas personas que no creen, pero hay cosas que van muy de la mano desde esa parte espiritual: es sim-

plemente saber que todos venimos de la misma parte. Algunos le llaman tierra; otros, desde mucho simbolismo, pero venimos de lo mismo. Y mi propuesta, lo que yo pienso, es que nosotros, como seres humanos, tenemos una responsabilidad inherente, independiente de nuestro pensamiento o ideología: es simplemente aportar a la sociedad.

Bueno, con respecto, digamos, a los hechos victimizantes, esto tuvo un impacto en mi familia, especialmente pues en mi mamá, mis hermanos, mi esposa y mi hija también. En ese momento fue más impactante sobre todo para mis padres y mi esposa, quienes tuvieron como una situación de duelo, muy significativa, muy dolorosa. Mis hermanos, además, también tuvieron como un resentimiento, un dolor por las afectaciones. Y, claro, en ningún momento ellos tuvieron un acompañamiento psicosocial o psicológico, ninguno, solo mi madre, hasta muchos años después.

La verdad, ellos se convirtieron en un apoyo fundamental para mi recuperación. Eso fue como recíproco, en la medida en la que yo me iba recuperando y veía el apoyo de ellos, yo me iba motivando a mejorar, a hacer mis terapias físicas. También como ellos, yo tampoco tuve un acompañamiento psicológico, entonces eso fue un apoyo mutuo. Ellos visibilizaron mis ganas de vivir, de trascender de esa situación tan difícil, y de su motivación es que viene mi recuperación. Yo creo que eso fue lo que, tanto a la familia como a mí, nos sirvió para superar esta situación.

Para superarlo, además del apoyo familiar, el estudio fue muy importante. Posteriormente hice una especialización y tuve la posibilidad de seguir trabajando en otras instituciones donde me dieron la mano, como en distintos programas del ICBF. Todavía me desempeño como psicólogo apoyando y acompañando a niños, niñas, adolescentes y jóvenes y sus familias. Además, tuve la oportunidad de ayudar a víctimas del conflicto, población civil y una oportunidad de prestar acompañamiento a actores armados en La Paz (Cesar), donde les brindaba apoyo psicosocial a estos firmantes de paz. Sumado a eso, el hecho de poder practicar deporte, no algo como una disciplina, pero sí es una postura personal: el deporte, el ejercicio, la buena alimentación, todo eso sirvió para superar esta situación.

Así, el estudio y el trabajo, en mi papel como psicólogo, me permitieron ayudar a muchas personas dentro de la sociedad en diferentes regiones del país. Y también me he enfocado en un proyecto que hoy en día se materializa ya: la conformación de una corporación para población víctima de minas: compañeros, militares, veteranos que han sufrido el flagelo de las minas antipersonales.

La corporación se enfoca en un acompañamiento integral a estas personas que han padecido la pérdida de una extremidad, de la vista o de alguna parte, para así darles visibilidad y oportunidades desde lo académico, vocacional, laboral y de emprendimiento; además de brindar apoyo también a sus familiares, quienes los acompañan en cada situación. La idea es iniciarla aquí, en el Área metropolitana, y posteriormente llevarla a todo el país.

Carlos Andrés Montoya Hurtado

Sargento segundo (pensionado) y psicólogo

Soy Carlos Andrés Montoya Hurtado, veterano del Ejército Nacional. En cumplimiento de mi deber, en el año 2010, mientras intentaba auxiliar a un compañero herido, fui alcanzado por un artefacto explosivo que me ocasionó la pérdida de la visión. Desde entonces, mi vida se partió en dos, pero también me permitió comenzar una nueva historia.

Soy psicólogo egresado de la Universidad Pontificia Bolivariana. Tengo una especialización en Derechos Humanos y una maestría en Psicología y Salud Mental. Actualmente me desempeño como psicólogo clínico, docente universitario, tallerista y conferencista.

Crecí en un contexto rural del nordeste antioqueño, profundamente marcado por el conflicto armado y por la presencia de distintos grupos armados ilegales. Aunque no era un entorno fácil para crecer, tuve una experiencia diferente a la de muchos de mis compañeros de escuela, quienes soñaban con pertenecer a alguno de esos grupos. Mi interés siempre estuvo orientado hacia la legalidad, el servicio y el deseo de aportar algo positivo al país.

Desde muy joven tuve una profunda vocación de servicio y una fuerte influencia de los valores cristianos. De hecho, mi primera opción de vida no era ingresar al Ejército, sino convertirme en sacerdote. Durante varios años fui monaguillo y me veía formando parte de la Iglesia. Sin embargo, a medida que crecí, comprendí que una cosa son los ideales de juventud y otra las decisiones que se toman con mayor madurez.

En ese proceso recibí el consejo de un sacerdote a quien aprecié profundamente y que falleció durante la pandemia. Él me decía que los caminos de la Iglesia no eran para todo el mundo y que, antes de tomar una decisión definitiva basada únicamente en una idea o en un

ideal, debía vivir otras experiencias. Si realmente tenía vocación religiosa, podría regresar más adelante; si no, continuaría con mi vida sin problema.

Fue entonces cuando decidí cumplir con mi deber ciudadano prestando el servicio militar. En un principio no tenía la intención de hacer carrera en la institución; mi idea era cumplir el servicio y regresar a la vida civil. Sin embargo, una vez ingresé al Ejército descubrí un mundo completamente diferente. Me sentía pleno, me sentía parte de algo importante y sentía que podía aportar mucho a la sociedad. Dos años me parecían muy poco tiempo para todo lo que se podía hacer.

Motivado por mis superiores y por mis compañeros, decidí continuar mi carrera dentro de la institución. Por eso una de las mayores frustraciones que me dejó el accidente fue ver interrumpido un proyecto de vida que apenas comenzaba a consolidarse.

Ingresé al Ejército en 2005. La formación era muy exigente y, al principio, pensé que no sería capaz de soportarla. Sin embargo, venir del campo me había preparado para enfrentar situaciones difíciles. Estaba acostumbrado a madrugar, a caminar largas distancias y a realizar trabajos físicamente demandantes, por lo que el proceso no fue tan duro como había imaginado. Lo que sí sentí fue el impacto físico de los primeros meses de entrenamiento. Perdí mucho peso y terminé extremadamente delgado. Pero una vez se supera esa primera etapa y se jura bandera, la dinámica cambia y comienza una nueva fase.

A partir de ese momento existen diferentes caminos dentro de la institución. Algunos terminan desempeñando funciones administrativas, mientras otros son destinados a operaciones. Desde el principio tuve claro que quería vivir la experiencia completa. Me gustaba la vida en el terreno, el contacto con la naturaleza y las operaciones en zonas rurales.

Sin embargo, existe una gran diferencia entre recorrer una montaña por gusto y hacerlo siendo un objetivo militar. La presión psicológica es enorme. Las jornadas eran muy exigentes: caminatas extensas, jornadas que comenzaban a las cinco de la mañana y terminaban cerca de las seis de la tarde, prácticamente todos los días.

A pesar de las dificultades, hubo experiencias muy significativas. Cuando llegábamos a comunidades apartadas encontrábamos personas con múltiples necesidades y podíamos ayudar de maneras muy

sencillas: colaborar en la construcción de un acueducto comunitario, brindar asistencia básica o suministrar medicamentos.

Yo me desempeñaba como enfermero de combate y para mí era especialmente gratificante poder atender a personas que no tenían acceso a servicios médicos. Ver en sus rostros la gratitud por algo tan simple como recibir un medicamento era una de las mayores satisfacciones del trabajo. Sin embargo, también viví situaciones muy dolorosas. Algo que me marcó profundamente fue ver cómo, después de que nos retirábamos de una zona, algunos grupos armados ilegales llegaban a tomar represalias contra las personas que habían tenido contacto con nosotros. Castigaban al campesino que nos vendía alimentos, a quien nos ayudaba con algún servicio o simplemente a quienes habían interactuado con la tropa.

Eso me parecía especialmente cruel, porque al final la población civil siempre quedaba atrapada en medio del conflicto y terminaba pagando las consecuencias. Por eso me resultaba difícil entender los discursos que afirmaban luchar por el pueblo mientras se cometían actos tan violentos contra las mismas comunidades. Ver ese contraste reforzó mi convicción de que, desde el Ejército, era posible hacer cosas positivas por las personas y contribuir al bienestar de muchas comunidades. Esa fue una de las razones que me llevaron a continuar con mi carrera militar y a seguir creyendo en el servicio como una forma de aportar al país.

La verdad, cuando tenía veinte años me creía invencible. No le tenía miedo a nada. Al contrario, disfrutaba mucho lo que hacía, me sentía feliz y asumía cada misión como un reto. Siempre quería demostrar quién era capaz de ir más adelante, quién asumía las tareas más difíciles o quién estaba dispuesto a enfrentar los mayores riesgos. Incluso, muchas veces mi frustración era que no me permitieran participar en ciertas operaciones. Quería estar presente, quería hacer parte de ellas. Así que, si hablo honestamente de esa época, no recuerdo haber sentido miedo como tal.

El hecho victimizante fue en el año 2010, en una zona rural del municipio de Vista Hermosa, Meta, cerca de la Serranía de La Macarena. Hacíamos parte de una operación de cierre cuyo objetivo era evitar la fuga de cabecillas del Bloque Oriental de las FARC. Era una operación

de gran importancia y, paradójicamente, fue mi primera experiencia de alto nivel y también la última.

Llegamos al lugar durante la madrugada. La selva estaba completamente oscura y no era posible distinguir con claridad el terreno. Cuando amaneció, nos dimos cuenta de que nos encontrábamos en una especie de cuchilla, entre dos montañas, y que debíamos desplazarnos hacia una zona más elevada.

Durante ese movimiento nos encontramos de manera repentina con integrantes de las FARC, que habían preparado el terreno con explosivos, de ahí que el compañero que marchaba delante de mí resultara herido y, como enfermero de combate, cuando corrí para auxiliarlo explotó otro artefacto, el mismo que me ocasionó la pérdida de la visión.

Debían ser aproximadamente las siete u ocho de la mañana, aunque no tengo total claridad sobre la hora exacta. Lo que sí recuerdo es que pasó mucho tiempo. El enfrentamiento armado fue intenso y el apoyo aéreo tardó en poder ingresar a la zona.

Le debo la vida a los enfermeros de combate de mi unidad y también a la Aviación del Ejército, que logró extraerme del lugar. Inicialmente fui trasladado a San Vicente del Caguán y posteriormente evacuado hacia Bogotá, al Hospital Militar Central.

Cuando llegué al hospital ya habían transcurrido cerca de veinticuatro horas desde el momento de la explosión. Más adelante los médicos me explicaron que, si la atención especializada hubiera llegado con mayor rapidez, quizá habría sido posible rescatar parte de mi visión. Sin embargo, también me dijeron algo que nunca olvidaré: el verdadero milagro no era haber perdido la vista, sino haber sobrevivido.

Muchos fragmentos del artefacto quedaron alojados muy cerca de una arteria principal. Si alguno de ellos la hubiera alcanzado, probablemente no estaría contando esta historia. En el mejor de los casos, habría quedado parapléjico, como les ocurrió a varios compañeros en circunstancias similares. Aun así, cuando finalmente me informaron que no volvería a ver y que la ceguera sería permanente, aceptar esa realidad fue extremadamente difícil.

Después de salir del hospital, los médicos me recomendaron iniciar un proceso de rehabilitación en el CRAC, el Centro de Rehabili-

tación para Adultos Ciegos. Aunque allí también atienden niños, ese sigue siendo su nombre.

Llegar a ese lugar fue uno de los primeros grandes choques con la realidad. Sin embargo, hoy puedo decir que fue una experiencia profundamente positiva. Hasta ese momento yo pensaba que era el único que estaba atravesando una situación tan difícil. Creía que era el único que había perdido la vista y que estaba enfrentando un cambio tan radical.

Cuando llegué al Centro encontré decenas de personas con diferentes tipos de discapacidad visual. Algunas habían perdido la vista por enfermedades congénitas, otras por accidentes de tránsito, por enfermedades o por distintas circunstancias ajenas al conflicto armado. Pero todos compartíamos algo: ninguno podía ver.

Una vez se deja de lado la causa de la discapacidad, empiezan a aparecer otras dimensiones mucho más importantes: las sociales, las emocionales y las psicológicas.

En ese aspecto me sentí privilegiado. Yo seguía contando con el respaldo institucional del Ejército y continuaba recibiendo mi salario. La gran mayoría de las personas que conocí allí no tenían ningún tipo de soporte económico. Dependían de subsidios municipales o de trabajos informales para poder sostenerse. Eso me permitió comprender que, aunque compartíamos una misma condición, nuestras circunstancias eran muy distintas. También me ayudó a valorar muchas cosas que antes daba por sentadas.

La principal enseñanza que recibí fue entender que no era el único y que la vida podía continuar. Descubrí que una persona ciega puede llevar una vida completamente normal si aprende nuevas habilidades y desarrolla estrategias para desenvolverse de forma segura.

De alguna manera, trasladé a la vida civil muchos de los principios que había aprendido en el Ejército. La idea era sencilla: uno puede hacer prácticamente cualquier cosa, siempre que aprenda a hacerlo correctamente y con seguridad.

Aprendí a cocinar sin cortarme ni quemarme, a desplazarme de forma autónoma y a desenvolverme en actividades cotidianas. Hoy vivo solo y tengo un alto nivel de independencia, algo que facilita enormemente mi vida.

Sin embargo, tampoco quería que mi historia se limitara únicamente al proceso de rehabilitación. La rehabilitación es apenas el punto de partida. Es la posibilidad de volver a ponerse en marcha, pero no puede convertirse en el destino final.

Por esa razón fui trasladado posteriormente a Medellín, donde continué vinculado a la Fuerza Pública durante varios años más. Allí recibí acompañamiento psicosocial, algo que considero fundamental. Porque hay algo que aprendí con el tiempo: nadie supera una situación así completamente solo. El apoyo psicológico es indispensable. Más allá de la comprensión racional de lo ocurrido, siguen apareciendo emociones difíciles de manejar: frustración, rabia, tristeza, impotencia.

Muchas veces esas emociones terminan proyectándose sobre las personas más cercanas. Los principales receptores de esas cargas suelen ser la familia y los seres queridos. Eso afecta profundamente las relaciones. Por esa razón, la relación con mi familia durante los primeros años fue compleja, y siendo sincero, todavía hoy considero que no ha sido un proceso sencillo. Quizá ese es uno de los aspectos que aún siento pendientes dentro de mi proyecto de vida.

He logrado muchas metas personales y profesionales, pero todavía siento que me falta construir plenamente una familia propia. Tal vez ese sea el fragmento de la historia que aún estoy escribiendo.

En esa época, la Fuerza Pública ofrecía un modelo de rehabilitación integral que no solo atendía las necesidades físicas y motrices derivadas de las lesiones, sino que también brindaba oportunidades de acceso a la educación superior. Para mí, esa posibilidad fue fundamental porque me permitió descubrir otros espacios donde podía desenvolverse y construir un nuevo proyecto de vida desde la diferencia.

Mi decisión de estudiar Psicología no surgió de una necesidad de sanar mis propias heridas emocionales. En realidad, escogí esta carrera por dos razones muy concretas. La primera fue el resultado de una prueba de orientación vocacional, que identificó esta profesión como una opción adecuada para mí. La segunda fue mi deseo de continuar sirviendo a la comunidad. Siempre he creído que la Psicología tiene un profundo componente social y que permite generar transformaciones importantes en la vida de las personas.

Sin embargo, el tránsito por la universidad no fue sencillo. Pasar directamente del hospital a un proceso académico de alta exigencia implicó afrontar numerosos desafíos, tanto en el plano intelectual como en el social y afectivo. Fue un cambio muy brusco.

Además, yo no estaba acostumbrado a sentirme diferente. Antes del accidente nunca había sido «el raro del paseo». Cuando una persona adquiere una discapacidad, las relaciones interpersonales suelen transformarse. De repente, los demás dejan de relacionarse contigo desde la igualdad y comienzan a verte como alguien excepcional o, por el contrario, como alguien digno de lástima. Te conviertes en «un ser de luz» o en «el pobrecito».

En aquella época tampoco tenía las mejores herramientas para relacionarme en esos nuevos escenarios. Mi forma de expresarme era directa, incluso ruda en algunos momentos. Psicología es una carrera con una alta presencia femenina y muchas de mis compañeras preferían mantener cierta distancia porque, sin proponérmelo, podía herir susceptibilidades. Eso hizo que durante mucho tiempo me sintiera solo, excluido y marginado.

Afortunadamente, la universidad me acompañó en ese proceso y me ayudó a comprender algo fundamental: los cambios más importantes no vienen del exterior, sino del interior. Si uno mismo no reconoce sus limitaciones y no trabaja en ellas, es muy difícil integrarse a cualquier comunidad.

No sé si fue correcto comenzar tan rápido un proceso formativo después del accidente. Tal vez emocionalmente no estaba en las mejores condiciones para hacerlo, pero el tiempo no puede devolverse. Lo que sí sé es que esa experiencia me permitió enfrentar una realidad compleja: vivimos en una sociedad que todavía no está preparada para la diferencia. Y comprendí que, si uno mismo no se acepta tal como es, difícilmente los demás lo harán.

Mi familia fue un apoyo fundamental durante todo el proceso. Sin embargo, también enfrentamos desafíos importantes. Siempre me he considerado una persona autónoma e independiente, pero el accidente cambió muchas dinámicas.

En su deseo de cuidarme y protegerme, mis familiares comenzaron a asumir conductas de sobreprotección que, aunque bien intencionadas, terminaban siendo limitantes. Poco a poco se fue instalando una dinámica de infantilización en la que yo dejaba de ser visto como un adulto capaz para convertirme en alguien frágil y vulnerable que necesitaba supervisión constante.

Pasé de un extremo a otro: de ser completamente independiente a estar permanentemente protegido. Por eso considero que el acompañamiento psicológico no debería limitarse únicamente a la persona que adquiere una discapacidad; también debe extenderse a las familias. Muchas veces son ellas quienes más sufren con los cambios y quienes necesitan aprender a adaptarse a la nueva realidad.

Comprender que el otro sigue teniendo una vida propia, que necesita tomar decisiones y enfrentar desafíos por sí mismo, es un proceso difícil para cualquier familia. En ese sentido, siempre he dicho que tengo varias familias: mi familia biológica, mi familia militar y, posteriormente, mi familia académica.

El hecho de haber continuado vinculado a la Fuerza Pública durante varios años después del accidente me permitió contar con el tiempo necesario para adaptarme, aceptarme y reconstruir mi identidad. Fue un periodo de transición muy importante.

Llegó un momento en el que sentí que estaba listo para cerrar esa etapa. Decidí retirarme del Ejército y comenzar una vida más independiente. Antes de que las relaciones familiares terminaran fracturándose por completo, comprendí que era necesario tomar decisiones racionales y establecer límites saludables.

Siempre he creído que debemos ser coherentes con nuestros discursos. No tiene sentido hablar de autonomía y toma de decisiones si uno mismo no es capaz de ejercerlas. Con el tiempo logramos superar esa etapa de sobreprotección. Recuperé mi espacio, mi autonomía y mi papel dentro de la familia.

Hoy puedo decir que mantengo una relación cercana y cordial con ellos, y que llevo una vida completamente normal.

La vida académica ha sido una de las experiencias más enriquecedoras que he tenido. Siempre he pensado que, si existe un mundo

ideal, es el mundo de las ideas. En la academia la fuerza física pierde relevancia y lo que realmente importa es la capacidad de argumentar, reflexionar y construir conocimiento.

La universidad me permitió descubrir un espacio donde mi condición física dejaba de ser el elemento central. Allí no importaba que fuera una persona con discapacidad visual; lo importante era mi capacidad intelectual y mi aporte a las discusiones y procesos formativos.

Tener contacto permanente con nuevas generaciones de estudiantes es un privilegio, pero también una gran responsabilidad. Considero que nadie debería asumir un papel pasivo frente a la sociedad. Todos tenemos algo que aportar.

Como ya no puedo servir desde las Fuerzas Militares, encontré en la educación una nueva forma de contribuir. Mi trabajo consiste en promover espacios de inclusión, reflexión crítica y construcción de pensamiento. Con esa misma intención creé un canal de YouTube donde abordo temas relacionados con la discapacidad, la inclusión y la salud mental. Mi objetivo es desmontar imaginarios y prejuicios que todavía persisten alrededor de estos temas.

Al final, la inclusión y la salud mental no son asuntos exclusivos de ciertos grupos. Son realidades que atraviesan a toda la sociedad. Todos necesitamos ser incluidos y todos, en mayor o menor medida, estamos expuestos a las consecuencias de los fenómenos sociales. Somos seres sociales por naturaleza y resulta imposible desligarnos de esa realidad.

Por último, considero que estos espacios son fundamentales para la construcción de memoria histórica. Cuando un conflicto armado se prolonga durante tantos años, resulta indispensable escuchar las voces de quienes lo vivieron directamente. Detrás de las estadísticas existen personas, historias y experiencias humanas. La realidad rara vez es completamente blanca o negra; casi siempre está llena de matices y zonas grises.

Es cierto que dentro de las instituciones han existido personas que tomaron decisiones equivocadas y que cometieron actos reprochables. Sería irresponsable negarlo. Pero también es cierto que han existido muchas otras que han intentado actuar con integridad, servir al país y aportar positivamente a la sociedad. Por eso considero importante

que estas historias sean escuchadas no solamente desde la perspectiva del conflicto, sino también desde el aporte humano y social que muchas personas han realizado.

Hoy, además, mi vida tiene una motivación nueva: mi hija. Desde que nació, muchas cosas cambiaron. Pienso que algún día crecerá y quizás querrá conocer esta historia. Me gustaría que, cuando lo haga, pueda entender que su padre intentó aportar su granito de arena, que trató de servir a los demás y que procuró dejar una huella positiva en el mundo.

En buena medida, este testimonio también es para ella: para que sepa que su papá estuvo aquí y que, a su manera, hizo todo lo posible por contribuir a la construcción de una sociedad mejor.

Darío Sánchez Arteaga

Soldado profesional (pensionado)

Mi nombre es Darío Sánchez Arteaga. Vivo en el municipio de El Santuario, Antioquia, y soy del departamento de Córdoba, exactamente del municipio de Tierralta. Hace veintidós años vivo en el departamento de Antioquia por motivos de seguridad, debido a la situación como militar retirado del glorioso Ejército de Colombia.

Ingresé al Ejército en el año 1995 a prestar mi servicio militar obligatorio, porque siempre tuve en mi mente el proyecto de tener una mejor calidad de vida para mí y para mi familia. Ya existían los grupos al margen de la ley en el municipio, pero nunca opté por la delincuencia, sino por la institución. Hasta el momento en que mi Dios me tenga con vida sigo siendo soldado de la patria, aunque no esté portando el camuflado.

A pesar de que viví una experiencia muy dura, muy grave en el secuestro, siempre estuve con la moral y con el conocimiento de que algún día íbamos a salir con vida. A pesar de que éramos torturados las veinticuatro horas por los señores de las FARC, principalmente por un cabecilla que siempre recuerdo cada vez que veo la crema dental en el baño de la casa.

Cuando se nos acababan los útiles de aseo que nos daban por dos meses, una crema dental de 2 000 pesos en esa época y un papel higiénico, y les decíamos que se nos habían agotado esas cosas, la respuesta de él hacia nosotros era: «A la orden para matarlos. No los matamos porque los tenemos para un canje humanitario». Entonces son cosas que lo marcan a uno de por vida.

Siempre había ese egoísmo de ellos hacia nosotros por ser miembros del Ejército, pero entre nosotros nos dábamos moral porque, a pesar de las torturas, que fueron muchas, empezando por cuando en

los combates remataban a los compañeros míos con tiros de gracia. Y uno escuchaba que pedían que no los asesinaran, que les respetaran la vida, pero la orden del Mono Jojoy en su época era acabar con todos nosotros, con los 148 soldados, a manos de 1 600 guerrilleros.

Cuando cumpla mis dieciocho años y me presento en la Brigada 11, en Montería, a definir mi situación militar, ahí empezó mi carrera.

Yo salgo de ahí y al mes siguiente fundan la Brigada Móvil Número 3, en Bogotá, en la Escuela de Caballería, y ahí ingreso nuevamente. Me llevan a Tolomai, de reentrenamiento, tres meses. De ahí entro al área del Caquetá, que pertenecía al Batallón de Contraguerrilla Número 52, Brigada Móvil Número 3.

Nosotros caminábamos diario de seis a seis. En los desplazamientos uno podía encontrar laboratorios, gente trabajando la coca, los cultivos ilícitos, pero en esa época no había orden de erradicar ni de arrestar a esas personas. La orden de nosotros, del comando del batallón, era pelear con la guerrilla, sacar a la guerrilla de esa zona, que estaba haciendo mucho daño en esa época.

Siempre sosteníamos combates, que una hora, que media hora. Había muertos de parte y parte, pero ya teníamos diez meses en el área y no se había dado todavía el primer permiso, porque no había un batallón que nos reemplazara. Entonces siempre manteníamos la zona, no queríamos dejarla porque ya la habíamos recuperado.

No sabíamos con exactitud cuándo nos íbamos a encontrar con la guerrilla. Uno ya estaba preparado psicológicamente para que alguno de nosotros, en cualquier momento, pudiera morir en una emboscada o en un enfrentamiento. Por lo regular, siempre nos mataban el puntero, y eso le bajaba la moral a uno, pero después llegaba el apoyo aéreo y llegaba el abastecimiento, y uno estaba preparado psicológicamente para contrarrestar todos esos contratiempos que se presentaban dentro del batallón.

Exactamente el 2 de marzo de 1998 mi mayor da la orden de que esperemos víveres en una vereda que llaman El Billar, en Caquetá. Salimos a las cinco de la mañana y, faltando como un cuarto para las seis, nos matan al puntero y dejan herido a un soldado.

Ya se tenía cierta información por parte de la inteligencia militar sobre cómo se estaba moviendo una cantidad de guerrilla hacia Remolinos del Caguán para dar un golpe a un batallón, pero no se sabía si era al 52 o al 53. En todo caso, se estaba moviendo toda la Teófilo Forero y la móvil de las FARC al mando del Mono.

Nos matan al puntero, avanzamos y logramos llegar a donde estaba el francotirador de las FARC, al otro lado de la quebrada de El Billar. Mi mayor da la orden de que «cambucheáramos» esa noche y que al otro día nos moviéramos. Eso fue el 3 de marzo. Amanecemos ahí, hicimos un registro, pero todo estaba en completo silencio. La población civil por allá nunca le da información al Ejército, siempre está cien por ciento del lado de las FARC. Por mucho que uno interrogue a un civil, nunca hay información concreta.

El 3 de marzo sale el cabo Beltrán en una operación a hacer un «zorro» como a 200 metros, y había por ahí unos doscientos guerrilleros tendidos esperándonos. A las cuatro de la tarde empiezan los combates con cilindros y bombas. Nosotros pensábamos que era algo pasajero, como siempre, entonces ya uno estaba preparado. Pero ya a las doce de la noche podíamos ver guerrilleros a 100, a 200 metros, y ya estábamos rodeados completamente. Sostuvimos los combates dos días y medio. Al siguiente día, el 4 de marzo, empiezo a preguntar por los compañeros de mi escuadra: «No, ya está muerto», «No, ya lo terminaron de rematar». Entonces ya sentía la zozobra. Sin embargo, seguimos combatiendo hasta agotar la munición. Combatimos tres días. Ahí sesenta y ocho compañeros murieron en combate. Hay dos desaparecidos, uno de acá de Antioquia; no recuerdo el nombre del otro.

Cuando nos dan la orden, ya nos habían rematado. Yo estaba herido en las piernas y en los testículos. Ya teníamos tres días sin comer, sin dormir, porque la guerrilla la teníamos encima. Nos gritaban que nos entregáramos, y nosotros les decíamos: «Pues vengan por nosotros».

Cuando ya se nos agotó la munición, empezamos a correr selva adentro y ellos nos ubicaron saliendo de un caserío. Ahí empezó la pesadilla más grande y lo más cruel de esta guerra, porque una cosa es contarla aquí y otra es vivirla en carne propia: la tortura psicológica a manos de estos señores de las FARC.

A nosotros nos quitan todo: el armamento, el chaleco, el camuflado. Nos dejan en bóxer y nos tiran una sudadera usada de un caserío. El Mono Jojoy da la orden en los Llanos del Yará de que nos amarren a todos. Entonces caminamos de seis de la tarde a seis de la mañana. Al mes, el Mono Jojoy se presenta en los Llanos del Yará. Él da la orden a sus comandantes de que nos lleven cuatro guerrilleros por soldado, que nos amarren y, delante de nosotros, dice que el guerrillero que se acerque a un soldado, a metros de distancia, lo mate en el momento.

Nos llevan a un campamento. En los desplazamientos, para hacer nuestras necesidades tenía que ser delante de cuatro guerrilleros. Entonces uno preguntaba por qué tanta humillación. La respuesta era: «Si no le gusta, hágase matar y listo. No pasa nada».

Nos llevan a un campamento donde pasamos la mayor parte del secuestro. Ahí nos hacen unas cárceles. La alimentación era mala, con zancudos, con suciedad. Nos encerraban y teníamos que hacer la necesidad en una caneca. A las seis de la tarde nos cerraban con candados por fuera.

En los cambuches teníamos derecho a dos tablas. Había una salita pequeña con un televisor, pero era controlado por ellos. El que estaba mal del estómago, por la comida y el agua, tenía que hacer ahí delante de todos en una caneca, y eso amanecía ahí hasta las seis y media o siete, cuando a ellos les daba la gana de abrir.

Uno salía a coger un poquito de aire en el mismo cerco. Este señor que llamaban Eliezer, que jamás se me olvida, que era como el logístico, nos daba un jabón y una crema dental para dos meses. Cuando eso se acababa y decíamos que no teníamos con qué bañarnos ni con qué cepillarnos, él respondía que ellos perdían gente cada vez que traían esas cosas.

En cualquier momento, a la una o dos de la mañana, lloviendo, como fuera, nos sacaban y nos tiraban a las trincheras. Uno preguntaba qué pasaba y decían que había un avión de reconocimiento, pero uno no escuchaba nada. Eso se volvió normal.

En la noche, uno estaba durmiendo y de repente lo rodeaban, lo sacaban, aun lloviendo, lo tiraban a una trinchera. Uno amanecía mojado, arrastrado, vuelto nada, sin saber por qué.

En cualquier momento del día nos hacían desnudar, nos requisaban, nos sacaban todo. Uno preguntaba el motivo y decían: «Eso es parte de la guerra». Yo digo que la peor experiencia para un ser humano, y para nosotros como miembros de la Fuerza Pública, es estar secuestrado. Es la historia más cruel que le puede pasar a un ser humano.

Llevo veinticinco años desde el secuestro y todavía tengo pesadillas. Todavía recuerdo la cerca de alambre, la comida, las dos tablas. Ha pasado tanto tiempo que el secuestro, en mi mente, se volvió como un amigo y a la vez un enemigo, porque sufro tanto con esto que a veces ni siquiera soy capaz de contarle a mis hijos lo que pienso ni lo que sueño en la noche, para no untarlos de la situación que yo viví en el secuestro.

Es algo que, por mucha charla psicológica y por mucha conversación que usted tenga, jamás va a olvidar. El secuestro a mí me marcó de por vida, y afectó a mi familia, a mis hermanos y a mi mamá.

Mi mamá murió hace mes y medio esperando una mejor calidad de vida para mí y para mi familia, y hasta el momento no se ha logrado. Empecé mi carrera militar a los dieciocho años y tengo cincuenta y uno. No he logrado tener una mejor calidad de vida porque el secuestro me marcó tanto que ya estoy sufriendo del corazón y de la presión. También tengo afectada a mi esposa con la situación económica al ver que no tenemos una mejor calidad de vida.

Nosotros salimos en el 2001. No habíamos cumplido el año todavía de estar en recuperación cuando nos llega la destitución del Ejército. Cuando yo salgo del secuestro y vuelvo al municipio, dos hermanos míos habían muerto. Mi papá, al ver los noticieros, sufre trombos cerebrales y el Ejército le brinda una atención médica excelente. Mi papá queda en tratamiento, pero cuando me destituyen a mí, me sacan del seguro y mi papá muere esperando tratamientos. Ya yo quedo totalmente desprotegido de la institución del Ejército.

Ahí empiezo como a tener otra vida, pero ya soy amenazado en el municipio por los grupos que operan allá y me toca buscar para Antioquia. Llevo veinte años de estar aquí en Medellín y no he podido superar el secuestro, lo que marcó mi vida.

El secuestro, como le digo, no se lo deseo ni al peor enemigo mío: estar amarrado las veinticuatro horas y hacer la necesidad en una

caneca es lo más humillante que puede haber para un ser humano. Salir con la esperanza de tener a mi mamá y a mi familia en otra situación económica y ver que todo se derrumba de un momento a otro. Además, no ver parte de mi familia porque nos tocó salir del pueblo a raíz de todo eso. Trato de hacer una familia, pero es tan dura toda esta situación que a veces no le encuentro salida.

La verdad, no le veo sentido a la vida con esta situación que tengo. Quisiera hablar, desahogarme con alguien, pero no tengo una persona, porque me da berraquera que mi esposa esté sufriendo. Está sufriendo de estrés, entonces no la quiero complicar más con todo esto, y más bien me hago a un lado.

Yo le comentaba siempre a mi mamá que tenía una reunión, un evento, y le decía: «Mami, las cosas de pronto mejoran, voy para Bogotá, de pronto nos van a aumentar el sueldo, están en ese proceso». Pero ella me preguntaba: «Mijo, ¿cuándo? ¿Cuándo van a reconocer algo de lo que realmente usted se merece?». Y murió esperando que yo llevara otra mejor vida.

Y a mi papá no lo pude despedir por temas de seguridad. Ahorita fui, pues no podía dejar pasar el despedir a mi mamá. Fui a lo que mi Dios quiera. Lastimosamente, es difícil vivir nuevamente en el municipio donde nací por la situación de orden público que actualmente vive el municipio, pero con la certeza de que esto mejore más adelante. No sabemos cuándo, pero que mejore.

En el momento en que yo llego a Tolemaida... para mí ese día fue inolvidable. Pregunté por todos mis hermanos, precisamente porque mi hermano mayor no creía que yo quisiera seguir. Él quería que yo prestara servicio y me olvidara de eso, que no volviera a ingresar más al Ejército, que él me iba a ayudar, que me iba a colaborar.

Entonces yo le decía: «No, a mí me gusta el Ejército, yo quiero seguir en el glorioso. Yo le cogí amor a la institución. No me veo trabajando en una empresa, sino en el Ejército». Por eso, portar el camuflado es un orgullo. Defender los colores de la bandera de Colombia es un orgullo para mí, como soldado y como cualquiera que ha estado en la institución.

Pero el secuestro es algo que, a nosotros, los militares, nos ha marcado de por vida. Nos volvimos viejos y no hemos podido superar el

delirio de persecución y el estrés postraumático y la depresión crónica, con la que estoy diagnosticado.

Fue por medio de un intercambio humanitario con el entonces presidente Pastrana. Entregaron unos bandidos de la FARC y nos liberaron a nosotros. ¿Cómo? No sé.

¿De dónde llega la orden? Porque hasta el momento no tenemos con exactitud quién dio la orden para que nos destituyeran a nosotros de la institución. Hasta el momento no hemos tenido una reunión, un evento, donde nos digan: «Los soldados de la Brigada Móvil Número 3 se dieron de baja por esto y por esta situación». No hemos tenido una situación clara en ese tema, y hasta el momento no hay una respuesta acerca de eso.

¿En qué ha cambiado mi vida? En muchas cosas, muchas. Porque yo era una persona alegre, yo tenía proyectos, yo tenía otra vida. Cuando yo salía del Ejército, a los diecinueve años, casi a los veinte, mi vida era totalmente diferente frente al salir adelante, tener una familia, ayudar a mi mamá. Nosotros no teníamos nada, somos campesinos, pero siempre con esa actitud de optar por las cosas buenas. Ya que había ingresado al Ejército, yo veía el futuro mío y el de mi familia en el Ejército.

También fue un antes y un después que me maten sesenta y ocho compañeros, porque una cosa es vivirla aquí y otra cosa es la amistad que hay con un suboficial, un oficial, un soldado en el Ejército, que se vuelve como un hermano, ellos se vuelven parte de la familia. Y al otro día ver a los compañeros con los que uno compartió reentrenamiento, aguantó hambre, aguantó necesidad por sacar esa carrera adelante, y de un momento a otro verlos despedazados por los cilindros, pidiendo auxilio para que no los mataran. Entonces es algo que a uno lo marca, lo mata lentamente. En el caso mío, yo todavía recuerdo las convivencias de mis compañeros cuando teníamos un momento de bienestar en el área. No todo era patrullaje ni todo era combate. Teníamos momentos en que recochábamos, hablábamos, teníamos proyectos: qué íbamos a hacer con la primera licencia, cómo íbamos a llegar a las casas, qué les íbamos a llevar a nuestras madres.

Uno hablaba de ese tema y de un momento a otro verse rodeado de 1 600 guerrilleros diciendo: «Entréguense que les vamos a respetar la vida». Y uno empezar a preguntar por los compañeros: «Fulano,

sultano, ¿qué pasó?». «No, está muerto, lo despedazó un cilindro; lo cogió uno y lo reventó».

Luego viene el tema del secuestro. Ya de noche, yo duré como un mes que nos cortaban dos palmas y nos tiraban a dormir ahí, nos armaban un cambuche. Yo me movía toda la noche, yo lloraba, porque yo estaba herido. Yo no era capaz de decirles a esos bandidos que estaba herido y que sentía tanto dolor de ver a mis compañeros muertos, porque no tenía con quién desahogarme. Ya no iban a estar más conmigo y, de un momento a otro, todos los proyectos que teníamos de vida, a raíz del secuestro, se derrumbaron.

Salgo a los cuatro años, soportamos todas las torturas de ellos, de las FARC, y salgo encontrándome con otro mundo. Pregunto por mi familia, qué pasó con mi familia, y me encuentro con mi hermana en Tolemaida que me cuenta: «No, me mataron a mis dos hermanos». Eso es un golpe que yo no se lo había dicho a nadie.

La verdad es que la vida como militar me dejó mucha experiencia, pero a la vez una carga de por vida que no quisiera vivir. Quisiera hacerme la idea de que esto nunca pasó, de que esto nunca me sucedió.

Cuando alguna hermana mía me pide una ayuda que yo no tengo, porque no tengo fuerza, yo digo: ¿por qué ingresé al Ejército?, ¿por qué no busqué otra mejor vida?, ¿por qué me empeñé en defender una bandera, en defender una institución que hoy en día no me está correspondiendo como realmente nos merecemos nosotros, las víctimas de secuestro? Hoy en día, un bandido de las FARC tiene más beneficios que un oficial, que un suboficial y que un soldado. Esa es la pregunta que yo me hago con algunos compañeros de cautiverio, cuando a veces me pongo a hablar con ellos. La verdad, no vemos la razón, no vemos la lógica. No vemos la razón por ninguna parte.

Ya después de la liberación me agregan a la Brigada 11, en Montería. Iniciamos a tratar de llevar otra vida, ajena al secuestro, pero ya era muy difícil porque veníamos tan marcados de la guerra, quedamos marcados de por vida.

Después de los cuatro años, cuando vuelvo a portar el camuflado, nuevamente las pesadillas eran frecuentes. Inclusive había noches en que me caía del catre en la unidad donde me agregaron, porque resul-

taba con pesadillas, empezaba a gritar, y al otro día tenía que madrugar y desahogarme con la psicóloga.

Yo pensaba que era solamente a mí que me estaba sucediendo. Entonces llegan otros liberados, otros soldados de la toma de Pavarandó, Chocó, y también tenían la misma secuela que yo. Entonces me iba en la tarde, pedía permiso y me iba a dormir donde un tío en Montería, pero le tenía miedo a la población civil. Yo veía a un civil que se me acercaba y yo estaba disparado. Esa ha sido siempre mi reacción.

Después de la liberación, el delirio de persecución es terrible, y hasta el momento no lo he podido superar, porque es algo que vive conmigo y que convive conmigo las veinticuatro horas del día. O sea, contar, revivir el momento del secuestro y de mi vida militar... mejor dicho, desde anoche estaba como desesperado de que llegara hoy el momento para desahogarme. Hace un mes estuve en Bogotá y también hablaba con la psicóloga de todo esto, y ella me decía que tenía que desahogarme, que tenía que hablar. Pero a veces no encuentro cómo.

Una cosa es contar la historia y otra cosa es encontrarme con un militar y contarle mi historia, mi situación, que él entiende. Hay una situación muy diferente entre un civil y un militar. Yo me puedo encontrar con mi coronel y nos vamos a entender, por los códigos que uno usa en el Ejército, y él me va a entender la situación.

Pero yo hablo con un civil y lo único que me pregunta es: «¿Por qué estás trabajando?, ¿por qué no tienes una mejor calidad de vida?». Porque ellos no entienden realmente qué significa el secuestro para un militar y qué es una tortura psicológica como la que nosotros vivimos en el secuestro.

Después del secuestro estuve un año con la psicóloga del batallón. A partir de ahí, ya todo se hace a un lado, a nosotros nos destituyen y yo trato de llevar una vida, pero es muy difícil, la verdad. Muy difícil llevar un problema, un daño psicológico, y llevárselo a mi familia, a mi mamá y a mis hermanos. Ellos hasta el momento no han entendido qué es el secuestro, porque no lo vivieron. Mi esposa me dice: «Yo te veía en las noticias cuando te liberaron», y sí, ese era yo, pero hablaban tantas cosas.

Esta es la situación que he estado viviendo, y no solamente la estoy viviendo yo. La están viviendo también otros compañeros. Yo me

encontré con uno de ellos en marzo del año pasado. Éramos tres de la misma toma y él empezó a hablar en la audiencia y no fue capaz de controlarlo, empezó a llorar.

Entonces él comentaba la situación y yo me identifiqué, o sea, nos identificamos los tres. Nos tocó salir de la audiencia porque yo empecé a quedar sin aire y nos tuvieron que sacar afuera las psicólogas. Empezamos nosotros, como niños pequeños, a hablar del secuestro, porque eso era como un momento de alivio, reencontrándonos después de tantos años. Nos identificábamos con la conversación de él.

En cambio, yo llego a la casa. Yo salgo de una reunión, de un evento, y llego a la casa con pena de que mi esposa me pregunte cómo me fue. Entonces, para no maltratarla psicológicamente, le digo: «No, me fue bien». Pero ella me dice: «¿Bien en qué sentido?». Y ya no tengo ganas de tocar ese tema, porque me está matando por dentro. Quisiera seguir hablando y hablando de ese tema, pero ninguno le encontramos una razón, porque vivimos tanta situación que nos maltrata día a día que no sabemos ni dónde tocar puertas, ni con quién hablar ya.

Yo espero que nosotros, los militares, los que portamos este camuflado, los que defendimos los intereses de los colombianos, tengamos una mejor calidad de vida. Todos los que estuvimos en las diferentes masacres y campos de concentración de las FARC.

¿Qué mensaje les quisiera dar? Pues yo, como víctima directa, como militar, pienso que esto es muy duro, pero hay que tener fortaleza, hay que pensar en el futuro. Mi futuro son mis hijos. Mis tres hijos siempre han sido mi motor. He luchado aquí en Medellín por sacar a mis hijos adelante, para que de pronto no les toque vivir la situación que yo viví desde pequeño y siendo mayor de edad en la institución.

No porque no quiera a la institución, porque no siento resentimiento, no le tengo odio. Yo sigo creyendo en el Ejército, en el glorioso Ejército. Soy soldado hasta el día que mi Dios me tenga con vida, a pesar de que no esté portando el uniforme, pero sigo siendo militar. Y a los civiles, víctimas, hay que seguir adelante. Eso es una carga que uno jamás va a soltar, que convive con uno, pero hay que echar para adelante. Justicia y verdad, decirle la verdad al país, porque una cosa es ir a vivir con ellos, hacerles preguntas, y esperar respuestas que nunca van a dar.

La convivencia en el secuestro... no sé, hay tantas preguntas que yo me hago a veces y no les encuentro respuesta. ¿Por qué tanto odio de las FARC hacia los miembros del Ejército? ¿Por qué tanta tortura psicológica? Volviendo al tema de los campos de concentración, nosotros teníamos que arrodillarnos y levantar las manos, porque desde las cuatro nos levantaban a plomo. Entraba un guerrillero con fusil en mano, nos amenazaba, podía hacer tiros. Entonces uno decía: ¿por qué?, ¿cuál era el odio?, ¿cuál era la rabia?, ¿por qué no nos mataban o por qué no nos soltaban, si nos tenían tanto odio?

Ellos decían que esa era la orden, que esa era la manera de maltratarnos psicológicamente. Nunca hubo una respuesta. Yo he ido varias veces a las audiencias y nunca hay una respuesta. Entonces, lo que yo quisiera dejar en esta entrevista es justicia y verdad.

David Arredondo Lozano

*Soldado regular (pensionado) y deportista de alto rendimiento
(tiro paradesportivo)*

Mi nombre es David Arredondo Lozano, tengo veintiocho años.

Antes del Ejército, para acá se vino la familia de mi papá unos años antes. Entonces empezaron siempre con el consejo, la motivación, con el: «Venga, venga, pruebe. Venga, mire». Y bueno, mi papá le tomó la palabra a mi abuela, que es la mamá de él, entonces dijo: «Me voy a conocer», y pues nos quedamos.

El momento en el que ocurrió el accidente fue en una mañana común y corriente, al frente de la base. Yo le decía «la tienda», pues porque eso vendía mecato, pero no era una tienda como tal; vendía abarrotes y solo mecato. Como les digo, la tienda quedaba ahí. Venía a recoger la panera que la gente había dejado desde el sábado.

Bueno, yo entré a la bodega de toda la carga explosiva por medio de una llamada. Yo no me acuerdo de nada. Solamente les dije a los compañeros: «Vamos y compramos un fresco y un par de galletas para la base».

Yo quedé en un estado de hipnosis. Un compañero me grabó y me decía que yo los miraba y les decía que me habían dado duro, pero no me acuerdo de eso. De eso no recuerdo nada, como tres días, de domingo a miércoles. Entonces lo primero que dije fue: «Gracias a Dios sigo vivo». Ya salió mi papá, que estaba ahí, y le dije que estaba bien, que siempre estaba bien.

Volver a ver a mi mamá, pues para mí eso es como lo más importante. Entonces, en sí, no considero que me haya afectado demasiado. Obviamente sí hubo un cambio del ciento por ciento. Y, pues, los compañeros dicen que sí les dio duro verme así, sin las dos piernas, porque siempre se ve maluco, ¿cierto? En el momento de la pérdida, yo perdí esta parte de acá, y esta también vino lesionada, pero se veía ahí.

El enfermero del pelotón me levantó, me canalizaron con suero. Del Ejército yo siempre he contado con ellos. Para mí no me han abandonado. Me dieron todos los arreglos correspondientes y el apoyo médico. Yo soy pensionado, por ejemplo. A uno el Ejército le radica una baja, pues ya pasa a ser por invalidez.

A mí me dieron rehabilitación en la compañía de sanidad. Yo caminé varios años y después la dejé. Yo considero que esas medidas y acompañamiento que he recibido son suficientes. Desde mi punto de vista, sí, pero pues, en lo normal, o en lo general, me parece bien. No sé, de pronto sí pudieron haber hecho algo más: más acompañamiento, más interés o meterse más de lleno. El acompañamiento es muy de oficina, muy aislado, pero bueno.

Para mí, como víctima del conflicto armado, siendo militar retirado... el reconocimiento, no sé. Para mí es importante, pues como que la gente se entere del perjuicio del conflicto.

Según mi experiencia, yo pienso que el país debería saber más sobre las experiencias de los militares con respecto a las minas antipersonales y a los explosivos. Yo digo que sí, pues para que haya un poco más de empatía. Para mí es falta de conocimiento. Lo veo desde el punto de vista, por ejemplo, de los americanos. Para ellos un militar es importantísimo para toda la nación, mientras que aquí muchos piensan que son capos o que vienen a hacer quién sabe qué. Entonces para mí sí faltaría más información.

Yo creo que hay como ese prejuicio frente a los soldados y a los militares, porque hay gente que los saca de las casas o que apoya a quienes sacan a la gente de las casas con armas y lo hostigan a uno como militar. Entonces para mí eso es decepcionante. Uno dice: ¿y entonces? Por buscar de pronto una venganza del momento o por quitarse algo.

La gente que de pronto apoya eso, no sé si por dinero o por obligación, yo sí les diría que lo pensarán un poquito más. Que de pronto se pusieran en los zapatos del otro o que se imaginaran ellos siendo víctimas para que dejaran de hacer o de apoyar esos actos.

Yo creo que lo que necesita Colombia para repararse, pues es lo que hablábamos ahorita: yo digo que más educación, más conocimiento, porque eso viene desde hace rato.

La mayoría, por ejemplo, cuando votamos por los líderes, la mayoría de las veces no conoce realmente de qué se trata, sino que vota por lo que le dice o le recomienda otro. O, como se decía en su momento: por su cara bonita. Entonces eso es una mala opción, una mala forma de pensar. Y que esos mejores líderes hagan cosas que de verdad sirvan para la comunidad, no solo para ellos mismos. No sé qué más podría ayudar.

El hecho victimizante en mis familiares siempre fue bastante doloroso, pues obviamente pensaron que me podría ir del todo, ¿cierto?, que me podría morir, que no me podrían volver a ver... pero gracias a Dios no fue así. En las dinámicas familiares, mi madre, mi padre y mis hermanos me apoyaron cien por ciento. Lo asumieron bien porque yo les ayudé con mi fortaleza mental y con la aceptabilidad de los hechos. Para mí no fue tan difícil. Desde que asumí mi discapacidad empecé a aceptarla, a asumir los cambios y a afrontar los cambios. Así mismo lo asumieron y lo vieron mis familiares.

El factor principal para superar el hecho victimizante, tanto en mis familiares como en mí, fue, como le digo, la mentalidad clara, muy fuerte y positiva que siempre he tenido; además de aceptar las cosas y asumirlas como vienen. Entonces, en parte, no fue tan difícil. Obviamente tuvo su grado de dificultad, pero no fue una cosa supremamente complicada.

Para beneficio de la comunidad, labores como tales precisas no tengo. De pronto mi ejemplo de superar, de avanzar, de seguir adelante, de mostrar que uno se puede dedicar a algo como el deporte, ¿sí? Que uno puede trabajar en muchos lugares o en muchas áreas laborales. De pronto sería eso, en mi opinión.

Diego Ignacio Gómez Carvajal

*Soldado profesional (pensionado) y deportista de alto rendimiento
(voleibol sentado)*

Mi nombre es Diego Ignacio Gómez Carvajal, soldado profesional en uso de buen retiro. He sido herido en combate, víctima de una mina antipersonal, y actualmente soy deportista de alto rendimiento de la Selección Antioquia de voleibol sentado. También, gracias a Dios, tuve la oportunidad de estar un tiempo en la Selección Colombia de este deporte.

Mi camino para ingresar a las Fuerzas Militares yo creo que fue un camino largo por la espera, porque fue algo que siempre quise desde niño. Mi ilusión siempre fue cumplir mi mayoría de edad y portar el uniforme del Ejército, irme para el Ejército de Colombia. Entonces fue más que todo como una ansiedad y una espera, porque soy una persona muy ansiosa. Esperar a cumplir mi mayoría de edad para lograr ese sueño siempre fue desesperante para mí, que soy tan impaciente.

Cumplo mis dieciocho años en el año 2002 e inmediatamente saco mi documento de identidad y me presento a la Cuarta Brigada a prestar mi servicio como soldado regular. Desafortunadamente, en esa vez que me presenté no me aceptaron. Entonces para mí fue una frustración muy grande porque yo era: «Madre, no voy a poder cumplir este sueño que tengo tan grande de pertenecer al Ejército». Esperé unos meses, me presenté a la siguiente incorporación y, gracias a Dios, en esa sí me aceptaron para prestar mi servicio en la Cuarta Brigada como soldado regular.

Antes de... bueno, yo gracias a Dios soy de la ciudad de Medellín. Vengo de una familia compuesta por mis dos padres, dos hermanas y yo. Yo ocupo el lugar del medio entre los hijos de mis padres. Nací y crecí en el barrio Aranjuez; un barrio que para el tiempo de mi niñez era un barrio complejo en temas también de seguridad, ¿cierto?, porque en

ese tiempo, pues, todos sabemos, y no es secreto, que en los años 80 nuestra ciudad, desafortunadamente, estaba siendo muy golpeada por los carteles y por todas estas violencias que se vivían por estos grupos.

Entonces crecí en un barrio que fue pesado. Fue pesado porque me tocó presenciar mucha violencia, aunque uno no dimensionaba, digamos cuando era niño, la magnitud de todos estos actos. Pero en medio de la inocencia sí me tocó ver, desafortunadamente, muchas masacres en mi barrio, en mi cuadra. Entonces crecí así con eso.

Gracias a Dios tuve unos padres, o tengo unos padres, que siempre nos trataron de inculcar el ser buenas personas, el no dejarse uno mucho influenciar por las personas de malos consejos, de malas actitudes. Entonces se puede decir que logré llegar a mi juventud invicto. Ya al cumplir mis dieciséis, o diecisiete, sí empecé como a dejarme permear un poco por todas estas situaciones, sin tener que meterme en cuestiones de grupos ni todas estas cosas. Pero entonces sí empecé con fiestas, y detrás de la fiesta sabemos que se vienen otras cosas, como el cigarrillo. Desafortunadamente, digo desafortunadamente, alcancé a probar drogas.

Hoy en día veo todo eso que pasó en mi vida como una historia que Dios hizo en mí. Más adelante les podría hablar del tema, si se permite. Entonces empiezo con estas cosas: fiestas, drogas, todas estas cosas que, digo yo, el haberme ido para el Ejército y el haber podido cumplir este sueño no permitieron que yo me fuera por caminos que no debería haberme ido. Entonces creo que el Ejército fue quien... no digamos que me rescató, pero sí me ayudó a escoger un camino que para mi vida iba a ser el mejor.

No, en mi caso no, porque lo mío con la institución fue algo hasta inocente. Yo hoy día... y es muy bonito cómo el transcurrir de la vida de un militar, o de mi vida militar, me fue cambiando el pensamiento. Mi pensamiento de niño, de joven, en cuanto a la institución siempre fue sano. Era portar el uniforme, montar en helicópteros, el combate, el patrullar... lo bonito que se puede vivir en el Ejército.

Ya cuando ingreso a la institución, que empiezo a estrellarme o a chocarme con realidades muy diferentes, es que empieza a cambiar el pensamiento. Pero en mi caso no influyó para nada en mi decisión de ingresar al Ejército. En el contexto de mi vida de joven no influyó.

Bueno, quisiera contar que yo presté servicio en la Cuarta Brigada. Es un Ejército totalmente diferente, porque la Cuarta Brigada, para los que somos militares, sabemos que es una unidad que no envía sus tropas al área de combate, o al monte, o al área de operaciones. Es una unidad en la que sus tropas o sus soldados están diseñados para prestar seguridad en la ciudad, alrededor de la brigada, como escoltas.

Entonces digo yo, es un Ejército muy diferente, porque cuando ya en el año 2004 decido continuar mi carrera como soldado profesional, me estrellé contra el mundo. Me estrellé contra el mundo porque fue vivir otro Ejército, estrellarme ya con la realidad de lo que de verdad es estar en el Ejército.

¿Y por qué lo digo así? Porque fue enfrentarme a cosas tan básicas, pero que en mi vida militar no las conocía: armar un cambuche, arrancar, prestar centinela en el monte. Son cosas que yo no vivía. Entonces me estrellé contra eso. Fuera, ya la realidad de la guerra: empezar ya a tener combates, el empezar ya a ver compañeros muertos, el empezar a tener que pensar: «Pues, madre, si no hago esto, mi vida corre peligro». Fue como ese choque que me impactó mucho.

Bueno, cuando yo decido seguir mi carrera como soldado profesional, en ese tiempo se fundaban muchas brigadas móviles, que eran unidades de choque para combatir directamente. Digamos, las unidades, por decirlo de alguna forma, de primera línea de combate.

Entonces entro para ese tiempo, a finales del 2004, que el gobierno decide fundar una brigada móvil en el Nudo de Paramillo, para que protegiera esta región. La conformamos en Urrá, en el departamento de Córdoba. Ahí fue nuestro reentrenamiento, ahí fue nuestro curso como soldados profesionales, y ya de ahí nos desplazaron a las zonas que íbamos a cuidar: el municipio de Peque, Antioquia; el Urabá antioqueño; parte del departamento de Córdoba y el municipio de Ituango.

A la unidad mía, al batallón al que yo ingreso a pertenecer, nos toca lo que es el municipio de Ituango, que para ese tiempo la guerra que se vivía en ese municipio era bastante pesada. Entonces termino mi curso como soldado profesional, nos desplazan o nos llevan a esta área, al municipio de Ituango, y ahí inicio a enfrentarme a la realidad que ya me iba a tocar vivir al ser soldado profesional.

En el municipio de Ituango duré, aproximadamente, cinco o seis años patrullando, entre Ituango y Peque, porque por lo general siempre nos rotaban entre estos dos municipios. Obviamente, fueron cinco o seis años complejos, porque la realidad que vivíamos en ese tiempo ahí no era tanto el combate cuerpo a cuerpo, por decirlo así, con el enemigo, sino las minas: las minas antipersonal siempre fueron el enemigo número uno de nosotros.

De hecho, nosotros teníamos días donde se nos caían dos o tres soldados en campos minados, muertos. Imágenes que impactan mucho, ¿cierto?, que es cuando yo digo que empieza a cambiar mi pensamiento de lo que es el Ejército, de lo que es la guerra, porque el empezar a ver personas o compañeros, casi hermanos, porque uno en la Fuerza construye una hermandad, más que una amistad, y ya empezar a ver esas personas tan cercanas despedazadas... Porque es la realidad: con estos artefactos explosivos, a veces de la persona que los activa no queda nada o muy poco. Entonces todo eso te va impactando mucho y era la realidad que vivíamos muy constante.

Cinco o seis años duré en esta zona. Luego nos envían a mi batallón, nos sacan de ahí para llevarnos a la zona de Urabá, entonces a patrullar lo que era Carepa y Apartadó. Allí duré aproximadamente dos años, hasta que me dio una enfermedad que es muy común que nos dé a los militares en zonas húmedas: me dio leishmaniasis.

No sé, para las personas que quizás no conozcan esta enfermedad, es un bichito que te pica y te dan unas llagas en la piel. Me pica esta enfermedad, me sacan a la brigada de Carepa al tratamiento, que el tratamiento es, diría yo, más complejo que la enfermedad, porque te ponen una inyección de «veneno», así lo llamo yo, por cada kilo de peso que tengas. Entonces a mí en ese entonces me pusieron sesenta y cuatro inyecciones. Este es un tratamiento muy delicado.

El caso es que el tratamiento me afectó el corazón y, debido a esto, me trasladan de la Brigada Móvil al Batallón de Niquía, aquí en el departamento de Antioquia, en el municipio de Bello. Llego a este batallón e inmediatamente se me da la orden de pasar a las filas de los grupos EXDE, que son los grupos expertos en explosivos y demoliciones.

Ingreso a estos grupos, hago mi curso para especializarme como explosivista, ¿cierto? ¿En qué me desempeñaba más que todo cuando estuve en esta unidad? En el despeje de torres y en la erradicación de cultivos ilícitos, que eran donde más requerían los servicios de nosotros, como localizar y destruir los artefactos.

El despeje de torres lo hacíamos más que todo en Antioquia, en los municipios de Campamento, Guadalupe, por esa zona del norte, que era para donde en ese entonces, te estoy hablando de los años 2009 y 2010, eran los lugares donde más estos grupos dinamitaban las torres de energía. ¿Cuál era el trabajo de nosotros? Por lo general, ellos dinamitaban la torre y la dejaban sembrada de minas antipersonales, muchas veces cilindros bomba, canecas bomba... Entonces el trabajo de nosotros era llegar y despejar la zona, que no hubiera artefactos explosivos para que luego las personas de las electrificadoras de ISA entraran a levantar de nuevo la torre. Y en las erradicaciones de cultivos ilícitos era casi lo mismo: revisar los cultivos, despejar de sospechas de explosivos para que los erradicadores, que eran personal civil, entraran a arrancar las matas. Eso era, más que todo, en lo que yo me movía, los dos años que hice parte de esta unidad.

En el mes de noviembre del año 2011 se le da la orden al comandante del batallón de agregar dos grupos EXDE a la Infantería de Marina, en el área de Tierralta, Córdoba. ¿Para qué? Para hacer operación de erradicación de cultivos ilícitos. Nos dan la orden, como grupos EXDE, de sacar dos grupos para desplazar a esta zona. Entre estos grupos, obviamente, voy yo, que ya para esos días había hecho el curso de guía canino y tenía mi binomio canino que me acompañaba a esas operaciones.

Arrancamos para el lugar, llegamos a la base de Urrá y de ahí nos sacan helicoportados para el área donde ya estaban los cultivos para trabajar. Llevábamos aproximadamente quince días en esa operación. El día 30 de noviembre salimos los dos grupos del Ejército, más las patrullas de la Infantería de Marina, porque nos íbamos a desplazar a un lugar que estaba bastante retirado. Entonces, para no ir y volver, nos fuimos con dos días de víveres «escoteros», llamamos nosotros como militares. Dos días de víveres para pernoctar en la zona y al otro día continuar con nuestra labor.

El primero de diciembre nos tocó a nosotros, los EXDE del Ejército, trabajar, despejar los cultivos para que los erradicadores entraran, y los grupos EXDE de la Infantería de Marina, ese primero, eran los encargados de prestar la seguridad. Al 2 de diciembre ya los papeles cambiaban: ya nosotros prestábamos seguridad y los EXDE de la Infantería revisaban los cultivos.

Ese día 2 de diciembre normal, nos levantamos siete de la mañana y arrancamos desplazamiento hacia los cultivos sin novedad. Más o menos a eso de las dos de la tarde llegamos a un cultivo bastante grande. El teniente de la unidad da la orden de que almorzáramos. Sacamos el almuerzo, la bolsita con el arroz y el atún, nos comimos el almuerzo. Estábamos relativamente cerca de donde ya se encontraba el mayor, comandante de esa operación, que era el lugar donde ya pernoctábamos.

Entonces da la orden de que arrancáramos hacia el lugar. Y no sé... yo desde ese acontecimiento que viví soy muy de creer en que las cosas, dice uno de militar, o en el argot de nosotros los militares, que la mina tiene su nombre. La mina tiene su nombre, ¿cierto? Dice uno eso como jocosamente, pero para nosotros eso es muy cierto.

Paramos en el cocal, almorzamos, da la orden el teniente de que los que quisiéramos arrancáramos para el lugar donde ya estaba el mayor, que era el lugar final de la operación, por decirlo así. Y me cogió un desespero, yo lo digo así, me cogió desespero por arrancar, por ir adelante de la tropa. Era algo que en mi vida militar yo nunca hacía, y no lo hacía por miedo, sino porque nunca me gustó patrullar estresado, que me acosaran, no. Entonces siempre iba en el medio o atrás de la patrulla.

Pero ese día yo quise puntear. Yo dije: «No, yo voy adelante. Yo punteo, yo punteo». Incluso uno de los compañeros me dijo: «No, hágale, yo punteo y usted vaya atrás». «No, hágale, que yo punteo». Y arrancamos desplazamiento para el lugar donde ya estaba el mayor. Arrancamos tres compañeros, yo adelante. Más o menos dos y media o tres de la tarde... Son cosas que uno nunca olvida, ¿cierto?, que siempre van a vivir frescas en la memoria.

Al llegar a un portón en el camino hice un alto y le dije al compañero que tenía miedo, que me daba como miedo. Y me dijo: «No, tranquilo. Hágale que yo voy aquí detrás». Entonces yo tomo la decisión de

no cruzar el portón y seguir el camino, sino de tomar un desecho. Que, desafortunadamente, cuando las cosas van a pasar, pasan. Al yo dejar el camino que tomo, doy unos siete u ocho pasos, siete u ocho pasos, y es donde activo el artefacto explosivo improvisado. Es un suceso que, en lo personal, me impactó mucho. No tanto la parte física, sino la parte psicológica. Porque es verse, y hablándolo escuetamente, verse uno despedazado, como lo llamo yo.

Yo piso la mina y, dentro de lo que recuerdo, di dos vueltas en el aire. Caí en el hueco que dejó la explosión. Humo, tierra, polvo y un pito en los oídos. Impresionante. Yo nunca imaginé que había pisado una mina porque, digamos, uno nunca se imagina que la tragedia lo va a tocar. La enfermedad, el accidente... Yo lo que pensé fue: «Nos están hostigando con una granada». Entonces quise pararme y, cuando quise hacerlo, fue que sentí que las piernas no me respondían. Lo primero que veo es mi pierna izquierda. La explosión me quita la bota, me quita la media, y veo que uno de mis dedos queda colgando. Ahí me asusté. Yo dije: «Madre, no fue una granada, pisé una mina».

Luego comienzo a mirar este dedo de mi mano derecha, que también me lo afectó mucho. Ya cuando levanto la pierna derecha, veo que ya no tenía pierna, desde un poco más arriba del tobillo. Ahí sí me entró mucho susto, porque las minas, por lo general, a la gran mayoría de las personas, cuando las pisan, la misma mina quema. Y al quemar, no te deja sangrar mucho, porque cauteriza. Pero a mí la mina me amputó y no me cauterizó. Entonces, al levantar mi pie derecho, el susto fue mayor porque veía mi sangre a chorros. Esa fue la impresión. Yo dije: «Me voy a morir».

Al segundo compañero, que venía detrás de mí, la onda explosiva también lo eleva y lo estrella contra un árbol. Queda, pues, obviamente loco por el impacto. Y el tercer compañero, porque íbamos tres, queda pasmado; queda pasmado en la parte alta del cerro. Yo recuerdo mucho que lo miraba y le decía: «Ey, sacame que me voy a morir. Mirá cómo estoy». Pero él se pasmó. Su reacción fue quedarse inmóvil, y es entendible: es el miedo.

Imaginate. Pasé ahí unos segundos, no sé cuántos minutos realmente, hasta que sentí que llegaron los compañeros que venían más

atrás. Veo que ellos sí se quitan el chaleco y se meten a sacarme. En ese momento yo no sentía dolor. Era el dolor psicológico.

Ya cuando ellos me sacan a la parte alta del cerro para atenderme, ahí sí comencé a sentir el dolor. Es un dolor que yo no creo que tenga una explicación. Eso es impresionante. Incluso recuerdo que les decía a los compañeros que me echaran agua porque sentía que me estaba quemando en vida. La explosión me quemó toda esta pierna, me quemó muchas partes del cuerpo.

Me sacan a ese camino y me toca esperar otros minutos más a que llegaran los enfermeros de combate y el enfermero de los erradicadores, del personal civil que estaba con ellos. Ellos llegan y me empiezan a lavar las heridas, a cortar la ropa, a ponerme medicamentos para el dolor. Es una lucha impresionante, ¿cierto?, porque uno siente: «De esta no salgo». Entonces aparece también ese miedo de: «Hijo de madre, hasta aquí llegué». Llegan ellos, me empiezan a lavar, hacen todo lo que tienen que hacer y me suministran el medicamento para el dolor. Afortunadamente, gracias a Dios, estábamos cerca de una base militar que tenía helicópteros. La demora fue que los compañeros abrieran el campo para que el helicóptero pudiera bajar a recogerme. Empiezan a hacer el campo, yo sigo ahí. Curaciones, dolores impresionantes.

Quiero hacer un paréntesis: yo no puedo contar mis historias sin hablar de Dios, porque Dios estuvo ahí siempre. Yo siempre estaba acostumbrado a cargar una cruz en mi camisa, en el bolsillo izquierdo. Cuando piso la mina, lo único que hago en ese momento es sacar la cruz y empuñarla en mi mano. La empuñé todo el tiempo. Tuve la cruz empuñada en mi mano. Y en uno de esos momentos, cuando ya me estaban atendiendo, yo llegué a resignarme a morir, porque decía: «Hijo de pucha, estoy en Córdoba. No voy a aguantar llegar a Medellín». Estaba desangrándome, y llega ese momento en el que lo único que le pedí a Dios es que me dejara llegar vivo a despedirme de mi mamá. Eso era lo que yo quería en ese momento. Y empiezo a ver los rostros de mi familia pasar por enfrente de mí: mi mamá, mis hermanas, mi papá. Y yo decía: «No, yo ya de aquí no salgo».

La verdad, yo estoy aquí porque Dios es misericordioso, porque todo estaba en contra mía.

Llegan los helicópteros. El helicóptero me saca, me extrae. Recuerdo mucho que le pregunté a los artilleros del helicóptero para dónde me llevaban. Me dijeron: «Para Medellín». Y yo, en medio de mi miedo, les dije: «No, llévenme a Montería, que está más cerquita». Me respondieron: «No, la orden es Medellín». Entonces yo dije: «Bueno, hijo de pucha, no voy a llegar». Arranca el helicóptero rumbo a Medellín.

Ya en el aire, llegando a Medellín, es como que me quedé. Digo que me quedé porque mi cuerpo dejó de reaccionar. Ya no podía abrir los ojos, solamente escuchaba el desespero de los compañeros en el helicóptero, tratando de reanimarme. En una de esas empecé a sentir como si me dieran golpes en el pecho, pero era que me estaban poniendo esos choques. No sé cómo se llamarán. Fue en una de esas que vuelvo y abro los ojos. Entonces me cachetean, me ponen suero en la boca y me dicen: «Ya no se duerma, que ya vamos a llegar. Luche para no dormirse». Porque es impresionante el sueño y la sed que le dan a uno en ese momento.

Llegué a Medellín. Gracias a Dios me estaban esperando en el Batallón de Belén. La ambulancia del Ejército me recoge y arrancamos para el Hospital Pablo Tobón Uribe. Llego al Hospital y había muchos médicos militares. Recuerdo mucho que se me acercó una de las médicas y yo le pregunté que si ya podía dormir, porque tenía un sueño impresionante, que si ya me podía dormir. Ella me dijo: «Sí, ya puede descansar». Entonces le entregué mi cruz y, pum, me quedé ahí.

Hoy día puedo decir que para mí fueron más difíciles los dos meses de hospitalización que el haber pisado la mina, porque psicológicamente esos dos meses me tumbaron, me devastaron. Primero porque, en medio de la tragedia y de la conciencia que pude tener antes de entrar al hospital, yo vi que me había quedado la rodilla, que para una persona que pierde una pierna es importantísimo, porque vas a tener una vida más fácil, por decirlo así.

Pero cuando ya despierto de la cirugía y me veo sin rodilla, eso me tiró al piso, porque yo decía: «Bueno, me quedó la rodilla, va a ser más fácil». Pero me quitaron la rodilla porque la mina tenía materia fecal y, al tener materia fecal, me cuenta mi mamá, que los médicos le explicaban después a ella, los médicos tenían que ir cortando por partes para

detener la infección. Entonces, obviamente, no me pudieron salvar la rodilla, y fueron dos meses psicológicamente durísimos.

Tuve que tumbar veintisiete años que tenía yo en ese entonces. Tumbar el ego de veintisiete años, el ego de decir: «Yo me valgo por mí mismo. Yo me baño, yo me afeito, yo voy al baño». Y en esos dos meses yo no pude hacer nada de eso. Me tenían que bañar, me tenían que limpiar... andaba con pañales. Entonces fueron cosas que psicológicamente me afectaron mucho; que otra persona venga y haga las cosas que tú hacías antes es muy complejo.

En esos dos meses me iba a enloquecer, lo llamo así, porque el encierro... y fuera de lo que me sucedió, tenía bacterias y tenía esta pierna inmóvil, con tutores y varillas. Entonces no me podía mover de la cama. Las visitas eran restringidas, y para lo único que salía era para cirugía. Psicológicamente eso me tenía muy afectado.

Después de esos dos meses de hospitalización salgo del hospital y me voy para mi casa. Al irme para mi casa también fue muy complejo, porque ya lo que hacían las enfermeras les tocaba hacerlo a mi mamá y a mis hermanas. Entonces para mí era muy frustrante ponerlas a ellas en esos trabajos, porque siempre he sido una persona a la que no le gusta molestar y que prefiere hacer sus propias cosas. Entonces entender que la vida me había acomodado ese: «Es que te toca, porque no puedes hacer más», fue muy difícil.

Duré un mes en mi casa, con mis hermanas y mi mamá haciéndome todo, hasta que tomé la decisión de irme para el Batallón Girardot, en el barrio Buenos Aires, en Villahermosa, aquí en la ciudad de Medellín, que era donde en ese entonces agrupaban a todos los militares que íbamos quedando heridos. Llegar allá para mí fue abrir los ojos: fue estrellarme de frente contra la vida que me iba a tocar vivir de ahí en adelante.

De las cosas que a mí me dieron más duro cuando me sucede esto, fue algo tan básico para las personas que tienen sus pies, y es que ya no iba a poder jugar fútbol, que a mí me encantaba. Yo siempre andaba con un balón de fútbol donde estuviera. Estábamos en un batallón y manteníamos jugando fútbol. Inclusive en el área, patrullando, llegábamos a partes que eran seguras, o donde podíamos tener esos momentos, y jugábamos fútbol en la escuelita con los niños.

Era muy bonito y el fútbol para mí era una pasión impresionante. Entonces, de las cosas duras que me trajo esto fue ese pensamiento de: «Hijo de pucha, ya no puedo jugar fútbol, ¿qué voy a hacer?». Son muchas las preguntas que llegan: ¿qué voy a hacer?, ya ninguna mujer me va a parar bolas, me van a tener que lidiar de por vida, mi vida se acabó, me quiero morir, me quiero matar. Todo eso pasa por la cabeza; es inevitable que no pase.

De los cambios que me trajo esto... Familiarmente también hubo algo que quiero contarles y que marcó mucho a mi familia. Ese 2 de diciembre del año 2011, cuando ocurrió este suceso, ese mismo día se estaba graduando mi hermanita menor del colegio. Mi hermanita se graduó a las dos y yo pisé la mina a las tres. Entonces imagínate el impacto que eso trajo a mi familia, porque eran dos noticias: una buena y una tragedia. Fue muy impactante para mis hermanas porque, indirectamente, se dañó una fiesta que era la de los grados de mi hermanita menor.

Me cuentan después, mi mamá y todas ellas, me cuentan la historia, que a las dos se graduó mi hermanita. Obviamente, cuando me sucede esto no había nadie en casa. Del Ejército y del batallón llamaban mucho para dar la noticia y nunca les respondieron. Ya cuando llegan de los grados se encuentran con esta noticia. Los vecinos les dijeron: «Estuvo un militar aquí preguntando por ustedes». Al rato vuelven y llaman, reciben la llamada, les dan la noticia y, obviamente, se desplazan al hospital.

Esto deja muchas enseñanzas, si así lo quiere ver uno, porque esto te puede impulsar o te puede estancar la vida. Hay muchos que sufren esto y no salen de ahí. Hay muchos casos de compañeros que, desafortunadamente, viven estas situaciones y se meten al alcohol, a las drogas. O, si lo quieres ver de la forma en que te impulse, te vas a meter a trabajar, a estudiar, al deporte o a tantas otras cosas.

Al principio a mí me dio muy duro esto, porque también fue una pelea con Dios. Era el: «¿Por qué a mí?, ¿por qué me pasó esto a mí? Si yo soy bueno, si yo no mato, si yo no robo». Siempre encasillamos el bien en eso, en no matar y en no robar, pero es un cúmulo de cosas lo que realmente constituye el bien. Entonces entender hoy día el «para qué» fue difícil en ese momento, porque uno se sumerge en el llanto. Yo lloraba todos los días y peleaba con Dios todos los días. Decía: «¿Por qué a mí?». Renegaba.

Incluso cuando me voy para el Batallón Girardot, allá, cuando sucede esto, a uno le brindan estudio, recreación y todo lo que usted quiera para dispersarlo y para que haga otras cosas. Pero yo me sumergí en mi cama a llorar y a pelear mucho tiempo, hasta que conocí a David Arredondo y conozco el deporte, que es, como yo digo hoy día, una de las cosas de las que Dios se valió para levantarme. El deporte fue y ha sido fundamental en esta historia de mi vida.

En mi caso, yo no tengo quejas, porque, gracias a Dios, y también he corrido con suerte y bendición, las cosas se me han dado muy fácil. En el año 2013, a mitad de ese año, llega el momento en que, por normativa, tenemos que hacer lo que llamamos «la junta médica», que es como el examen médico que nos va a dictaminar la discapacidad con la que quedamos. El porcentaje lo califican, y ese es el trámite que ya nos hace dar ese paso a la vida civil, por decirlo así.

Desde ese momento me ha ido muy bien, gracias a Dios, porque salí bien calificado. En cuanto a la recreación, la educación y todas estas cosas, siempre hubo oportunidades. Siempre estaban preguntando: «¿Quieren estudiar?». Y nos decían que había cursos en el SENA, o que podíamos terminar la universidad. Nos llevaban a piscina, nos presentaban este deporte, nos presentaban otro; nos hacían actividades lúdicas; nos llevaban a fiestas, a la Feria de las Flores, a diferentes actividades.

Siempre estuvieron muy pendientes, y más porque en ese tiempo teníamos un sargento que fue la luz de muchos de nosotros, que fue quien nos ayudó a levantarnos de todas esas cosas: mi sargento Torres. Él mantenía muy pendiente de nosotros, de brindarnos todas esas oportunidades: el estudio, la recreación, el deporte. Nos llevaban a piscina, nos decían que Comfama abrió este cupo, que vaya. Siempre nos llevaban y siempre estuvo muy pendiente de nosotros. Incluso hoy día, para los pelados que apenas están afrontando estas situaciones, también ha sido bueno en cuanto a eso. Siempre la institucionalidad ha estado muy pendiente.

Si me preguntas a mí, desde mi punto de vista como víctima, como afectado, nunca va a ser suficiente, porque esto va a ser una secuela que va a estar toda la vida y que siempre vamos a estar necesitando más. No hablemos de la parte económica ni de estas cosas, pero

siempre vamos a estar necesitando más atención, más prontitud en muchos trámites, en muchas cosas.

Desafortunadamente, y lo voy a decir, estamos en un punto del país donde los privilegios llegan más a otras personas. Sabemos a cuáles personas. Entonces es complejo, porque muchas veces a nosotros no nos basta con querer salir adelante, porque no encontramos los apoyos o nos ponen miles de trabas y cosas. Entonces, en cuanto a ese punto, yo diría que falta mucho, porque desafortunadamente hoy día la historia o el punto del país nos está pasando a ser los malos, a que nos vean como los malos de la historia. Entonces eso trae muchas consecuencias, tanto en la parte social como en todas estas cosas de ayudas y prebendas que a veces no llegan a nosotros como deberían llegar.

La palabra «víctima», para mí, fue algo que conocí, podría decirlo, hace muy poco tiempo, con mi coronel, con don Andrés. Porque uno siempre tiene la idea de que, al ser militar y estar en este trabajo, uno no es víctima; es una consecuencia de tu trabajo. Ya cuando entra uno a comprender que la guerra tiene normas, que la guerra tiene formas de pelearla y que hay elementos que no hacen parte de esas formas, entonces ya empieza uno a decir: «Hijo de madre, sí, soy víctima». Víctima porque una mina antipersonal es algo que está prohibido por todas las normas de la guerra y por todas estas cosas. Entonces hacer esa transición de «era mi trabajo» a «hijo de madre, soy víctima» fue bonito, porque también me ha permitido mostrar otras cosas de nosotros, los militares.

Ha sido bonito poder llevar ese mensaje de que nosotros también somos humanos. El hecho de que tengamos un uniforme no quiere decir que seamos diferentes o que merezcamos que nos traten mal o que merezcamos que todo esto nos afecte, no. Somos iguales a todos, solo que decidimos portar un uniforme en la defensa del país.

Desde mi experiencia, podría decirse que los únicos que cumplimos esas normas de guerra somos las Fuerzas. Porque, de resto, la forma de la guerra en este país siempre ha estado violentando esas normas o evadiéndolas. Aquí podría decirse que esas normas nunca se han cumplido. Y diría que la falta de cumplimiento de esas normas es lo que tiene tantas víctimas hoy día: de secuestro, de minas. Entonces es complejo, porque a veces la pelea es muy compleja.

Hemos cometido errores, como toda institución, como toda entidad. Se han cometido errores y, desafortunadamente, el Ejército y las Fuerzas no han sido la excepción, pero han sido más las cosas buenas que hemos tenido. Porque, ¿dónde estaría este país sin estos años del Ejército y sin todo lo que hemos hecho por salvaguardar la libertad y la defensa? Entonces es complejo para uno escuchar muchas veces a personas hablar de forma denigrante. Te cuento algo personal: es algo que a mí me afecta, o ya no me afecta tanto porque he sabido hacerle el quite, pero al uno ir a una red social, ver un comentario o una noticia que involucre a un miembro de la Fuerza y leer los comentarios... Es impresionante cómo le desean a uno que todo esto le pase, que uno se lo merece. Entonces es muy teso; es muy teso cómo hasta personas que ni conocen esa historia vienen a replicar algo que escuchan. Es muy teso.

Por eso, en lo personal, cada que se me da la oportunidad de exponer mi historia, mi caso, de contarla, lo hago. Porque lo decía ahorita: nosotros también somos personas, también sentimos, también tenemos familias, también tenemos madres e hijos. Y que cuenten las historias de nosotros desde el otro punto de vista es muy importante, porque podemos quizás ayudar a cambiar pensamientos, a que también conozcan este lado de la historia, este lado de Colombia que también está ahí y que también debe conocerse.

Este balón... Ya les decía ahorita que el deporte para mí fue una de las cosas de las que Dios se valió para sacarme adelante, porque de verdad esto me dio muy duro, demasiado duro. No pensé que me fuera a parar. Cuando inicié mis terapias físicas para la adaptación a la prótesis lloraba, y me cerré en la idea de que yo no iba a volver a caminar. Entonces me creé ese pensamiento y ahí me quedé. Yo decía: «No, no voy a volver a caminar». Pero nos presentaron el deporte, varios deportes: rugby subacuático, natación, rugby en silla de ruedas, voleibol sentado. A mí me gustaba mucho el fútbol, como ya les conté, y el voleibol es algo muy similar para mí porque es un deporte de conjunto. Es un deporte que me mantiene activo, me mantiene físicamente en constante movimiento y me enamoré. Lo mío con el voleibol sentado fue amor a primera vista.

Yo lo conocí en el 2012, a mediados de ese año, que es cuando llega a Antioquia la demostración de este deporte. Nos lo llevan a la compañía de sanidad para presentárnoslo como una de las opciones para quienes quisieran practicar un deporte o seguir algún proceso. Yo conozco este deporte, tengo el primer contacto con el balón de voleibol y me enamoré. Eso fue para mí amor a primera vista. Nunca había practicado voleibol, solo lo básico que le enseñan a uno en el colegio. Empiezo a meterle duro la ficha porque cada vez que lo practicaba era como si me olvidara de lo que me había pasado. Era como: «Madre, hay que entrenar, vamos». Uno se olvida por un momento de toda esta situación.

Llega la Selección Colombia en ese año 2012, nos hace la demostración, nos lo presenta y empezamos a practicarlo en el batallón de una forma muy recreativa, muy terapéutica, por decirlo así. Éramos muchos, porque había casi treinta personas. Entonces era muy bacano reunirnos todos a practicar este deporte, porque era recocha, era reírnos, era salir de todo esto.

Hacemos el trámite del que te hablaba ahora, el de la junta médica, y nos llega la pensión; «la baja», como decimos nosotros. El entrenador que teníamos en ese entonces nos dice que los que quisiéramos seguir con este proceso del voleibol sentado como Selección Antioquia lo hiciéramos. Bacano. Él nos iba a entrenar, pero ya cambiaban muchas cosas. Ya era pasar a ser parte de la Liga de Voleibol de Antioquia, a entrenar en el estadio. Entonces eso ya era subir de nivel, por decirlo así.

Ya fue más exigente, porque era pasar a representar al departamento. En ese trámite de la junta médica, al pasar a conformar el equipo, se fueron muchos, porque había muchos soldados que eran de la Costa, del Valle y de muchas otras regiones. Entonces, al hacer su proceso, su junta médica y obtener su pensión, se iban para su casa, para su región. Quedamos muy pocos. Los pocos que quedamos decidimos seguir de lleno en esto. Eso fue en el año 2013. Yo siempre he sido una persona muy competitiva, me ha gustado mucho el deporte y competirlo. Todo lo que hago siempre quiero ganarlo, porque está en mí. Entonces, desde el principio, le quise meter mucha ficha a esto.

Es un deporte que es para personas altas, entonces se me ha hecho difícil escalar por mi estatura, que no es mucha, pero la he sabido com-

pensar con otras cosas: con agilidad, con rapidez, con muchas otras habilidades que también son muy necesarias. Y gracias a Dios, en ese transcurso del 2013 a hoy día, hemos podido obtener logros personales en este deporte, como mejor armador dos años consecutivos. Pude ser parte de la Selección Colombia un tiempo; ahora soy capitán de la Selección Antioquia. No he parado.

Para mí, el voleibol, no digamos que es todo, porque el primer lugar siempre debe tenerlo Dios, pero el deporte ha sido fundamental en mi vida. Inclusive cuando me han llegado esos momentos de depresión, de ansiedad, de muchas cosas que nos afectan, también psicológicamente, ha sido el deporte el que me saca de esos momentos. El entrenar, el practicar, el competir siempre me ayuda a salir de ello.

La pava es para mí un símbolo de lo que fue mi sueño y lo que sigue siendo mi sueño, porque yo soy de los que dicen que cuando uno es militar de corazón, uno es militar toda la vida. Entonces yo digo que para mí la Fuerza, la institución y el Ejército hasta que me muera. Yo el Ejército lo amo, en el buen sentido de la palabra: aprendí mucho, me dio muchas cosas y es la institución a la que siempre voy a estar agradecido y a la que siempre querré volver. Y el rosario porque, en medio de mi proceso después del suceso, tuve un encuentro con Dios muy cercano que lo necesitaba y que me cambió la vida, que me cambió la forma de ver muchas cosas. Fue Él el que me mostró el para qué viví todo esto, el para qué tuve yo que pasar toda esta situación: para hoy en día poder ayudar a otros, para poder, en medio de estas historias que cuento en estos espacios, tocar el corazón de alguien que esté viviendo algo similar y que mi historia, mi vida, lo pueda inspirar a que también pueda salir. Yo creo que eso es para lo que nos suceden las cosas en la vida.

Uy, ¿qué creo que necesita Colombia para repararse? Mujer, si te respondo como militar, yo te diría que justicia, porque los actos deben tener consecuencias: los buenos y los malos. Es muy complejo si las personas que hicieron tanto daño, que tanto desangraron a nuestro país, no se responsabilizan de sus actos. Si me preguntas como persona, lo que necesita Colombia, y lo que necesita todo el mundo, es Dios. Yo, cuando fue todo lo del proceso de paz, estaba viviendo un proceso espiritual muy fuerte y yo pensaba: «Es que la paz no es un papel, la paz no es

una firma. La paz nace de aquí». Yo podría firmar mil papeles, pero si en mi corazón quiero seguir haciendo maldad, la paz nunca va a existir. Yo pienso que Dios es fundamental para que cada corazón, cada persona, cada grupo entienda que estamos equivocados en muchas cosas. Y para reparar al país, yo creo que más fe, más espiritualidad. Entender que todos cometemos errores, y que el perdón es importantísimo.

Bueno, ya se extendió mucho, pero tengo una historia muy bonita de un acto de perdón que pude hacer y que Dios me dio la oportunidad de tener con un guerrillero, porque estaba muy cargado de mis odios, de mis cosas. Y gracias al deporte y gracias a un proceso espiritual, Dios me permite tener un encuentro con un guerrillero amputado y tener un momento de perdón. Eso para mí fue sanadorsísimo, me enseñó muchas cosas. Aprendí la historia del otro, que el otro tiene una historia difícil y que, gracias a esa historia, quizás también se comporta como lo hace; y que mi deber es siempre eso: entender su historia y, partiendo de ella, también ofrecer un perdón y ser consciente de que todos cometemos errores. Yo también he ofendido, yo también dañé. Quizás en mis años de Ejército también quité la vida de alguien en un combate, porque es algo que puede pasar. Entonces es comprender todas esas cosas. Yo creo que Dios, el perdón y la justicia son fundamentales.

El hecho victimizante trajo bastantes repercusiones en las dinámicas familiares porque, bueno, fue algo que indirectamente afectó a mi familia, porque fue que a ellos también les llegara en ese momento el cuidado, el cuidarme, el estar pendientes de mí; el alterar sus situaciones diarias: el estudio de mi hermana, los quehaceres de la casa para mi mamá, el trabajo de mi papá, para muchas veces cuidarme en el hospital. Luego de que salí del hospital también, pues, el estar de nuevo en casa incrementó muchas cosas, porque entonces ya eran mis familiares los que me tenían que bañar, cuidar, ayudar a vestir, sacar en la silla de ruedas, llevarme a las citas médicas, entonces fue algo que nos afectó bastante, bastante, bastante.

El apoyo de mi familia siempre fue muy constante. Siempre, de parte de ellos, estuvo como el que yo me iba a levantar de eso, que iba a salir adelante, que todo iba a estar bien. Ellos siempre estuvieron apoyándome mucho en presencia y también con las palabras y

con los actos; estuvieron siempre muy presentes conmigo. También creo que los factores principales en mi rehabilitación, o para ayudarme a pararme de la situación que viví, pues, fundamentalmente, fue Dios, porque fue una situación que me llevó mucho como a buscar y a profundizar en la vida espiritual. También el deporte, el voleibol... Yo creo que Dios se valió del voleibol, del deporte, en mi camino, para ayudarme también a levantar de la situación, porque cuando el voleibol llega a mi vida es como que hubiese sido un nuevo despertar, una nueva forma de ver la vida, que hasta hoy ha sido fundamental. El deporte, digamos, por decirlo de alguna forma, lo ha sido casi todo en esta rehabilitación, en esta recuperación.

Labores que realizo para el beneficio de la comunidad... Pues, siempre se me es muy grato poder acercarme a la gente, a los jóvenes en universidades, donde sea pues que me requieran, y poder contar un poco de mi historia, de mi testimonio de superación. Me gusta mucho eso porque creo que es una de las cosas para las cuales me sucedió este incidente en mi vida; que cada situación difícil que vivimos, cada situación compleja, es una enseñanza, y que si profundizamos pues va a ser de mucho bien para nosotros y para las personas que nos rodean, entonces yo creo que ha sido ese como el punto, el poder acercarme a la sociedad desde mi testimonio y poder tocar corazones. Mostrarle a la gente que la vida continúa a pesar de que se nos pongan difíciles algunas situaciones en ella.

Gustavo Adolfo Vázquez Osorio

*Soldado profesional (pensionado) y deportista de alto rendimiento
(tiro paradesportivo)*

Yo soy Gustavo Adolfo Vázquez Osorio. Nací en Campamento, Antioquia, pero me crié en Yarumal hasta los dieciocho años que me fui para el Ejército; toda la niñez la pasé en Yarumal.

Fue una niñez, pues, yo creo que de lo mejor del mundo. Había pobreza, pero en ese tiempo uno no sentía esa pobreza. Sí había, pero un niño no siente eso. Era una niñez en la calle, jugando diario. Ya es otra época; ya los niños no pueden jugar en la calle por tantas motos y carros. Es otra cosa distinta y hay mucha tecnología. En ese tiempo no había tecnología. Entrábamos por ahí a las diez, diez y media, porque teníamos que estudiar y ya no nos dejaban más en la calle. Era una niñez muy distinta a la de ahora, buena.

Mi familia estaba conformada por mi papá, que falleció en el 2013. Éramos cuatro: mi papá, mi mamá, mi hermano y yo. Mi hermano murió en el 2002 y mi papá murió en el 2013. En una familia se mueren dos y prácticamente se acaba. Entonces quedé yo solo con mi mamá, y mi mamá sigue viviendo en Yarumal. Yo, pues, por el Ejército, ya duré dieciocho años en el Ejército y, por la mina, ya no quiere uno regresar al pueblo, sino que ya se queda uno en la ciudad.

Al Ejército yo no me quería ir. A mí me cogieron cinco veces en Yarumal, hasta que me caí de un carro cuando trabajaba en una empresa que se llama Tablemac; me caí de un carro y ya no pude seguir en la empresa. Después del accidente, estando en reclutamiento, me dijeron que llevara unos papeles de un ortopedista de Medellín. Nos los sacamos en el Tulio Ospina, en Bello, y llevé los papeles del ortopedista. Cuando me revisaron me dijeron: «No, pase para allá». Ya ahí me quedé y presté servicio militar.

Yo presté servicio y ya no seguí. En ese tiempo era muy peligroso. Yo presté servicio en el 96, entonces a uno le daba miedo porque todo era a pie y había mucha violencia. Morían policías y militares. No era uno o dos; volaban un carro y los mataban. Era demasiado.

Entonces nos fuimos a fundar un batallón en La Guajira. Yo me fui a presentarme, pero el sueño mío era tener una moto. Yo decía: «Hijo de pucha, voy a prestar servicio, me compro la moto y me salgo». Pero no. Después de que usted se va... En ese tiempo no eran soldados profesionales, sino voluntarios. Entonces yo fui soldado voluntario, y después de que usted se mete allá, usted se queda allá.

Entonces fundamos el batallón. En ese batallón duré cuatro años. Cuando necesitaban cuatro soldados para las Fuerzas Especiales me llamaron a mí porque no era vicioso. Yo nunca he sido vicioso, no tenía sanciones y tenía una conducta excelente. Entonces escogieron del batallón, que era un batallón de contraguerrilla de trescientos hombres, y escogieron cuatro. Ahí me escogieron a mí para las Fuerzas Especiales.

Entonces ya dijeron que tenía que ser paracaidista, que tenía que hacer cien de pecho y cien abdominales. Yo decía: «No, yo no me tiro». Entonces le dije: «No, yo para allá no me voy». Me respondieron: «No desaproveche esa oportunidad, que eso es otro Ejército». Y yo: «Bueno, anóteme». Como al mes bajé por allá con unos víveres y me dice el capitán: «Entregue todo, que usted sale trasladado para las Fuerzas Especiales».

Llegué a Tolemaida en el 2002. Hice curso de paracaidista y curso de Fuerzas Especiales. Para operar en las Fuerzas Especiales le toca hacer esos cursos; si no, no entra al área. Hicimos los cursos. Llegamos como ochenta y ya éramos comandos. Eso es otro Ejército. Allá, si usted es vicioso, si fuma marihuana, los mismos comandos lo sacan. Entonces al mes sale trasladado. «No, ese man es vicioso», y sale trasladado. Pero llegar a las Fuerzas Especiales es un trato distinto, es otro Ejército y una disciplina... Mejor dicho, como dicen por ahí: el mejor Ejército del mundo. Yo creo que aquí, pues, ustedes ven los soldados por ahí en las carreteras haciendo labores regulares o en batallones de contraguerrilla, pero las Fuerzas Especiales aquí están bien entrenadas para lo que sea. Entonces es otro Ejército, prácticamente.

En el 2006 salí para el Sinaí. Estuve en el Sinaí y duré ocho meses. Cuando uno tiene resultados lo mandan para allá como premio. En el Sinaí estuve ocho meses y ya volví aquí otra vez. Eso queda entre Egipto e Israel. Es un premio que le dan a los militares por los resultados que tiene, entonces lo mandan a uno como premio para allá.

Es una fuerza multinacional de paz que interviene entre Egipto e Israel, allá en el Sinaí. Por eso es que ahorita hay guerra allá, pero Egipto no está metido en nada. Ahí está la Guardia Multinacional de Paz en la mitad y no los deja pelear. Para eso está allá la Guardia Multinacional de Paz, que es el Sinaí. En el Sinaí hay once países, y ahí está Colombia. Cada país tiene una misión: Estados Unidos está encargado del mar, Colombia de la seguridad, y cada país tiene su misión allá. El más grande es Colombia, el que más gente tiene, porque hay países que tienen treinta y tres militares no más.

Luego vuelvo a las Fuerzas Especiales, que son duras. Usted entra en operaciones y, dentro de una hora o dos horas, están bombardeando, y usted está entrando mientras están bombardeando y van cayendo las bombas. Entonces cuando llegué me daban traslados: me pidieron para el Bloque de Búsqueda en Cali, y no me dejaron ir de las Fuerzas Especiales. Como yo duré dieciocho años en el Ejército, por la antigüedad ya me decían: «Váyase trasladado para un batallón de helicópteros», pero a mí me gustaba estar ahí.

Y en el 2012, el 12 de febrero, la siguiente mina fue mía. Eso fue en una operación, pues casi todas las operaciones son así. Desde que usted entraba no dejaba de sonar un tiro hasta que salíamos. La operación fue así: a nosotros, los comandos, nos reunieron en un salón con pilotos y todo. Entramos a una reunión y dijeron: «Bueno, listo, van a dar un golpe en el Caquetá. Van a entrar a las doce de la noche». Entramos a las doce de la noche, pero primero hicieron un croquis, una maqueta y todo eso. «Aquí cae un destacamento, acá hay una compañía, destacamento, cierre, cierre, y el que va a caer aquí es el objetivo». Entonces, cuando estábamos viendo el croquis, dijeron: «Toda esa zona está minada». Y yo pensaba: «¿Toda la zona está minada? Si está minada, ¿por qué nos van a meter? Este sector está minado, ¿por qué nos van a meter allá?». Precisamente, donde iba a caer yo, estaba minado.

Cuando usted entra, eso se le olvida, porque ya es una atención distinta: bombardeando, cayendo bombas. Hijo de pucha, se le olvida que hay minas y todo eso. Entonces yo digo: si hay minas, ¿por qué no meten primero un grupo EXDE para que usted no caiga en las minas? Si está minado, es como mandarlo a morir a uno allá. Es una cosa injusta. Si dicen que el terreno está minado, ¿por qué lo meten a usted? ¿Por qué no meten un grupo EXDE o un perro guía canino para detectar las minas y que usted no caiga?

Eso fue lo que pasó. Entramos allá y, como le digo, en ese momento a usted se le olvida que hay minas y todo eso, a no ser que el puntero las vea, porque a veces las ponen a alturas, pero las minas están ahí en el piso. Entramos a las doce, bombardearon toda la noche. A las nueve de la mañana me dio por irme a recibir de centinela, de guardia. Mi destacamento estaba de cierre. Entonces me fui a recibir guardia a las nueve. Sentí que venía un carro. Yo dije: «Sí, viene un carro». Entonces me acosté para que no me viera, pero no venía un carro, sino una moto.

Cuando vi que era una moto me incorporé y me quedé arrodillado esperando que pasara, porque nuestra misión era de cierre. Cuando pasó la moto me paré, y me paré fue en la mina. Cuando me paré y volteé ya estaba en el aire. Cuando eso explota, usted no siente que le voló nada. En ese momento usted no siente nada. Usted se revuelca a coger el fusil porque dice: «No, pues, aquí me van a matar».

Cuando me arrastré con el fusil y miré el pie, lo tenía colgando, pero yo no sentía nada. Y ese olor a azufre... un olor muy maluco. Yo creo que cuando estaba en el aire ya los compañeros estaban ahí conmigo, porque nosotros no nos quitábamos las botas ni nada. Usted duerme con todo puesto. Cuando la mina me levantó y yo cogí el fusil, ya el destacamento estaba al lado mío. Eso es rapidito. Uno también ya está muy listo para todo eso. Entonces ya me sacaron. Mientras me canalizaron, pidieron el apoyo.

En las Fuerzas Especiales todo eso es muy rápido. Me sacaron para San Vicente del Caguán. De San Vicente del Caguán me llevaron a Villavicencio. En Villavicencio duré un mes y nada que me sanaba el pie, entonces me mandaron para el Hospital Militar en Bogotá. En el Hospital Militar ya es otra cosa muy distinta: es un dispensario, es algo

muy diferente. Allí duré como quince días y después me mandaron para Sanidad Militar, para el Batallón de Sanidad. En el Batallón de Sanidad ya le ponen psicólogo a uno, le ponen terapias y empieza todo el proceso de la amputación. Uno ve tanta gente amputada de pies, de manos, de la vista, y uno dice: «Pues, quedé discapacitado, pero al menos estoy vivo y voy a poder caminar».

Al principio a usted se le viene el mundo encima. Usted acostado allá en el Hospital Militar, mira para la calle y dice: «Jueputa, yo así no tenga un peso, pero yo quiero caminar, así como va caminando la gente allá». Eso es duro. Le ponen un psicólogo y lo hacen llorar a uno. Le vienen las lágrimas porque usted está ahí con la señora o con la familia suya, pero es un proceso duro.

Usted sale del Hospital Militar ya caminando. Tiene que adaptarse a eso, pero eso es como si el mundo se le viniera encima a uno. Después, con el tiempo, a uno hasta se le olvida que tiene la prótesis. Yo, así como estoy, gracias a Dios, troto, corro y camino. Es como si no tuviera nada. Uno se tiene que acostumbrar, pero eso es una cosa brava.

Mientras uno está en Bogotá le llegan muchas opciones. Le dicen que se meta a voleibol, que estudie. Le dan muchas oportunidades... Por ese lado sí es bueno. Entonces yo me vine para Medellín y un compañero me dijo que me metiera a tiro. Yo le dije: «No, a tiro no». Entonces le dije a la mujer mía...

Mi mujer falleció hace tres años; yo llevaba con ella veinte años y hace tres años se me murió. Jueputa, casi me lleva también a mí. Entonces ella me metió ahí. Yo había pensado en salirme, pero dije: «No, pues, voy a hacer algo. No me voy a quedar en la casa sin hacer nada», y me metí a tiro. Ya llevo ahí como tres años largos disparando. Todos los días vamos, disparamos, competimos, y el deporte es muy bueno. El Ejército también ayuda mucho en eso.

Eso es una cosa que yo no sé. Hay gente que se cree como dueña del Ejército. Usted llega allá y no ven cómo legalizarlo a uno. Va donde un médico y es: «¿Será que le damos este puntaje? ¿Será que no?». Entonces son calificaciones y uno dice: «Jueputa, ¿pero por qué es así?». Y lo que pasa es que no saben cómo sacarlo a uno de allá. Cuando yo estuve allá, había tantos que decían: «No, es que necesitamos la cama,

váyase para la casa». «Pues, ¿cómo así que me vaya para la casa? ¿No ve cómo estoy?». Entonces eso es complicado; no ven cómo legalizarlo a uno y sacarlo. Váyase para allá y ande usted en informativos, vueltas en el dispensario y todo eso. Entonces empiezan: que quedó sordo, que quedó esto, que le falta una hueva, que qué es. No saben cómo legalizarlo a uno. Y usted no tiene nada, según ellos. Usted ve, usted escucha y usted está jodido.

A mí me dieron tres leishmaniasis, y eso no aparece por ninguna parte. A ver, pues, ¿a dónde las pagaron? Como tres leishmaniasis. Me operaron de los ojos cinco veces. Eso no aparece por ninguna parte. Cinco veces me operaron a mí, y eso no es que se lo paguen a uno. Debería haber un registro: «Operado de ojos. Tres leishmaniasis». No, eso no, y uno no tiene dónde guardar los papeles.

Entonces sí, eso es muy triste, que uno está haciendo vueltas para pensionarse y no ven cómo legalizarlo y sacarlo. Hay mucha gente todavía por ahí haciendo vueltas desde hace muchos años y no le solucionan nada. Pero yo ya estoy pensionado. Entonces, con la amputación, metí los papeles para la Ley del Veterano, porque a nosotros nos dieron unos formatos para acreditarlos como Ley de Veteranos, y eso le sube el sueldo a uno. De pronto no sube mucho, pero algo le sube a uno; y, sin embargo, lo ponen a uno a hacer vueltas: toca meter un derecho de petición para que lo acrediten como veterano.

Y eso es un problema para todo... Eso debería estar registrado, todo. Literalmente, si es por amputación de mina, no necesita meter formatos; de una vez debería ser automático: «Veterano». Pero no, eso es una demanda y un viaje de cosas para todo. No debería ser así.

Yo soy de Yarumal, o Campamento, y no puedo ir porque me da miedo. A Angostura me da miedo ir. Entonces necesita mano dura, digo yo. Nadie quiere que nadie muera. Yo no quiero que muera ni guerrillero, ni soldado, ni policía. No queremos que muera nadie. Pero de pronto una mano dura sí hace falta, unas órdenes claras.

Un campamento toca bombardearlo. ¿Cómo entra usted si no? Yo estuve en las Fuerzas Especiales doce años, y en esos doce años era otro Ejército distinto. Había un bombardeo y usted caía. No se puede rematar a nadie que quede vivo, no se puede matar; los sacábamos.

Pero si no hay mano dura no hay bombardeos, no hay ametrallamiento por el aire, ¿cómo vamos a entrar? Necesitamos ese apoyo de arriba, con mano dura. Si van a tirar una bomba y Colombia da la orden de tirarla, pues tírenla; pero si no quieren que bombardeen, y tampoco quieren que los militares o los policías entren, entonces ¿cómo vamos a entrar? No nos dejan. ¿Qué necesita este país? Una mano dura.

No estamos aquí pidiendo ni izquierda ni derecha, ni nada de eso, porque nosotros, los militares y policías, no tenemos preferencia. Cuando estamos activos no podemos votar, no podemos opinar. Para nosotros, estando activos, es lo mismo cualquier presidente. Estamos con él. Pero sí se necesita una mano dura, que tengamos un presidente que dé la orden. Porque allá en el Cauca están matando, y matan hasta al hijo de su madre. Entonces, ¿cómo así que los civiles nos van a quitar los fusiles? Tiene que haber una orden.

Cuando usted va al Sinaí, en Bogotá lo entrenan un mes. Si usted va al Sinaí y una persona lo va a atacar, a usted le dan una orden: si no la acata, usted lo hiere. No lo mate. Si se le viene encima, vuelve y lo hiere. Aquí debería haber una ley también. ¿Cómo un civil me va a quitar el rifle a mí, si yo soy la ley? No me lo puede quitar. Si se viene encima, hiéralo, defiéndase. No lo puede tocar a usted. Entonces hay unas órdenes. Ya si se viene muy agresivo, debe haber otra ley para que no le quiten el armamento a uno. Pero usted, ¿cómo le va a quitar el rifle a un militar? Debería haber una ley que diga: «Al militar no se toca». No los pueden secuestrar. Tienen las armas y tienen que defenderse. Pero no, nos están quitando las armas. Eso no se puede hacer. O sale uno corriendo o lo dejan secuestrado o lo matan.

Hay muchas cosas. A veces uno no sabe expresarse bien, de pronto, pero yo creo que estas entrevistas son buenas. Uno se desahoga y dice lo que piensa. Hay muchas cosas injustas, pero sí hay leyes para todo.

A la familia le avisan, pero se le viene el mundo igual que a uno. Todos tenemos situaciones distintas: hay unos que tenemos los padres vivos, otros no; tenemos mujer, tenemos hijos, tenemos hermanos, pero son situaciones muy distintas. Llegamos a Bogotá, la mayoría llegamos a Bogotá o a la Cuarta Brigada, donde tenemos psicólogos, tenemos médicos y viene un proceso después, un proceso larguito, pero todo es

con ayuda de la familia. Sin ayuda de la familia yo creo que le da duro a uno, porque usted empezando le ponen psicólogo y usted llora todos los días; ya después va conociendo compañeros y va uno saliendo adelante, pero la familia es el principal apoyo en todo este proceso.

En mi caso, yo escogí el deporte. Yo ahí me apoyo en el deporte. Me gusta porque viajo demasiado, viajo todo el año. Viajo aquí en Colombia; viajamos a otros países, también. Yo soy selección Antioquia de tiro al aire. Y respecto a las labores que realizo en beneficio de la comunidad... No, yo también soy comunidad y hay proyectos, iniciativas. Ser buena persona, mejor persona de lo que siempre he sido.

Jorge Andrés Suárez Quirós

Primo del soldado bachiller Juan Roberto Mejía Suárez

Mi nombre es Jorge Andrés Suárez Quirós, soy historiador de la Universidad de Antioquia. Vengo en representación de la familia Mejía Suárez. En este momento es un poco doloroso para la familia hablar de estos temas, porque es un hecho que nunca deja de estar presente, muy latente, que fue la desaparición de mi primo Juan Roberto Mejía Suárez, el 12 de junio de 1998. Es una de las grandes tragedias familiares.

Realmente él estaba prestando el servicio militar. Tenía cerca de dieciocho años recién cumplidos y lo bajaron del vehículo cuando se desplazaba del municipio de Concordia hacia Puerto Berrío. Tenía que hacer tránsito por Medellín y lo bajaron en el camino de Concordia, según los relatos de la gente, en el sector de La Albania, en jurisdicción de Titiribí.

Obviamente, como en estas cosas del conflicto, lo primero que muere es la verdad. Hay muchos testimonios encontrados y gente que realmente no aporta, sino que genera zozobra en las familias. Circularon muchos rumores sobre su desaparición: que quién había sido, que qué tan bueno era... sabiendo que él iba a cumplir la licencia. Él ya iba a terminar de pagar la licencia, solo que le dieron unos días para que estuviera en compañía de su hijo, el que alcanzó a tener. Como en los pueblos la vida es tan rápida él encargó familia muy pronto y quedó el recuerdo del niño, que ya es un hombre de casi treinta años, pero que creció sin su padre por un hecho inexplicable del conflicto.

Él era un bachiller prestando su servicio militar que fue bajado en el camino, básicamente como cualquier estudiante de aquellas épocas. El servicio era realmente obligatorio y era muy difícil que alguien se salvara; era una obligación casi estatal. También era una época muy conflictiva de nuestra historia. Se venía ya el proceso de paz en la zona

de despeje, había diferentes participantes en la guerra o actores del conflicto y se requería el pie de fuerza necesario para cubrir ciertas actividades. Obviamente esos bachilleres no salían a combate ni nada, pero sí los ubicaban en algunos batallones.

Recuerdo a muchos compañeros del colegio, y lo mismo pasó con mi primo. Todos los estudiantes de Concordia tuvieron que hacer el examen médico y hacer la balota. Los que salieran aptos iban a prestar el servicio. Los que a veces tenían con qué pagar la libreta lo hacían, pero era muy costoso. En esa época prácticamente nadie en un pueblo podía hacerlo. Entonces, él decidió prestar el servicio.

Él era muy activo. Perteneció a la brigada de los bomberos del municipio, como en ese proceso de formación que tienen con los niños y con los adolescentes de enseñarles el servicio. Yo siento que eso lo motivó a tomar la decisión de seguir en el Ejército, como que dijo: «Si voy a prestar el servicio, voy a vivir la experiencia».

Hay que recordar que él era hijo de una maestra. Una maestra que dio todo por él y que murió de cáncer. Dejó dos niños, que los crió otra tía. Juan Roberto se crió con una tía también maestra. Era una familia de maestras. Entonces quienes los conocen en el municipio saben quiénes son y la vocación de servicio familiar.

Yo creo que él tenía eso, y el Ejército iba a potenciar eso mucho más: vivir la experiencia, alejarse un poco del pueblo, buscarse un futuro tal vez en la ciudad... porque ya tenía un niño. Igual, era una actividad que hacían muchos estudiantes. Incluso había estudiantes que los mandaban al Chocó, y lo máximo que les pasaba era el paludismo o algo así. Era a lo que se enfrentaban los bachilleres de esa época, porque estaban plenamente identificados.

Él hizo su juramento de bandera en ese proceso formativo, que creo que son los tres primeros meses. Luego estuvo un tiempo en el batallón. No recuerdo qué actividades realizaba allá, seguramente de control o vigilancia; lo que hacen los reclutas: aseos y la parte formativa.

En esas le dieron un fin de semana largo y él aprovechó y regresó a su municipio. Estuvo con su hijo y, lamentablemente, en su regreso, vestido de civil, lo bajaron de un colectivo en el que iba. Era una práctica muy común en esa época para los integrantes de la Fuerza

Pública: lo mal llamado «pescas milagrosas». Ese fenómeno, si no lo recuerdo mal, estaba asociado a épocas como Semana Santa, cuando los combatientes aprovechaban para bajar a las personas de los buses y revisar quiénes eran. El que resultaba ser soldado o afín a la institución lo separaban y lo secuestraban. Muchos eran para canje, a otros, lamentablemente, los mataban en el acto.

Con mi primo no se supo qué pasó. Fueron muchos testimonios horribles, uno más desgarrador que el otro, pero al final eran simples chismes; nunca nada concreto. Todo se contradecía. Simplemente lo bajaron y nunca más supimos de él.

Yo recuerdo mucho que estábamos en la casa cuando llegó la noticia y no la podíamos creer. Realmente, quien contó todo, fue el conductor del taxi. Era un taxi colectivo que viajaba de Concordia a Medellín con diferentes ocupantes. Lo bajaron en el camino y amenazaron a todo el mundo para que no dijeran nada y siguieran derecho. El conductor, cuando llegó a Medellín, se comunicó con la familia. Como les indiqué, la familia era de maestras y en el pueblo sabían quién era; entonces llamaron y contaron lo sucedido. Desde esa época se guarda la esperanza de que aparezca alguna noticia.

Y no, lamentablemente no hay responsable claro, porque ninguno ha asumido esa responsabilidad en el conflicto. Fue un mecanismo que utilizaron muchos grupos. ¿Con qué objetivos? No lo sabemos. En todo caso, ocurrió este hecho victimizante.

Obviamente, se hizo el llamado a las autoridades, al batallón. El batallón prestó los servicios de búsqueda inicial; ellos tienen sus protocolos. La familia procuró facilitar imágenes para el periódico y salió publicidad en *El Colombiano* durante diferentes días; también ahí empezó la operación de preguntar, de buscar. Pero hubo muchos comentarios infortunados. No falta el malintencionado que quiere entorpecer el proceso diciendo que cree saber algo, cuando realmente no sabe nada.

Las dificultades creo que son las mismas que enfrentan todas las víctimas del conflicto armado: el drama familiar es impresionante, sobre todo porque había un niño pequeño. Gracias a Dios la familia tenía algunos recursos para ayudar a la crianza del niño. Él había heredado algunas propiedades de la mamá y con eso pudieron sacarlo adelan-

te, pero el niño creció sin su papá. Luego, como es una desaparición, no hay un cuerpo. Para que haya compensación económica hay que esperar un proceso largo. Tengo entendido que duró como siete años, porque siempre existía la posibilidad de que apareciera. Finalmente, creo que mediante un proceso notarial, se le dio por muerto. Así pudieron acceder a una pequeña ayuda por parte del reconocimiento de víctimas para la crianza y los estudios del hijo de Juan Roberto.

Además, había mucho temor de ir al pueblo para todos. La seguridad de los primos y hermanos que estaban en el municipio se vio afectada. Muchos se tuvieron que venir para Medellín a trabajar. Afortunadamente, ninguno más corrió con esa suerte y lograron ubicarse laboralmente y hacer vida, pero la relación con el pueblo cambió durante esos años. Tuvimos mucho tiempo en que no íbamos, o íbamos muy poco, hasta que las cosas empezaron a cambiar y hubo un poco más de tranquilidad.

El conflicto en el suroeste antioqueño no tiene los titulares del oriente o del occidente, pero también tuvo un impacto muy grande. Y las víctimas deben ser muchas más de las que están registradas, por desconocimiento de las personas de sus derechos o por temor a ser revictimizadas. Entonces, sí, cambió mucho la dinámica familiar en torno a ir al municipio, y las relaciones con las personas del pueblo cambiaron. Fue como un retroceso en todo. Todo se quedó quieto muchos años por esos mismos temores, porque no nos explicamos por qué Juan Roberto pasó por esto simplemente por cumplir una obligación.

Ahora, la responsabilidad del caso... es que eso ya les compete a las entidades. Nosotros hacemos como un esfuerzo de memoria para que no se pierda el nombre. Esperamos, pues, que se visibilice un poquito más el caso de Juan Roberto, que es, tal vez, el único soldado bachiller en esa condición de desaparecido en el país. Entonces queremos como visibilizar eso, que no se pierda el nombre, porque no es justo que alguien de pronto se atribuya su autoría sin ver realmente qué pasó. No importa, pues, qué haya pasado, ni cómo fueron las circunstancias, pero sí es importante hacer un ejercicio más de memoria que de justicia.

¿Por qué no de justicia? Porque no creo que pueda existir en tantos años y, obviamente, sobre todo se necesita el esfuerzo de memoria para mostrarle a un niño que creció sin padre el porqué le hizo falta

su papá. Muchas veces, por mucho que le cuenten, realmente necesita más respaldo institucional de todos los estamentos y, claro, de la memoria histórica. Realmente mostrar las dimensiones del conflicto y que las mayores víctimas fueron de la población civil, asociadas también, pues, a entidades, como en el caso de mi primo. Si bien hizo parte de una institución, él solamente estaba de tránsito; no era soldado ni tampoco un actor del conflicto, simplemente era un ciudadano que quería ser patriota.

Bueno, para la paz se necesitan varios ingredientes, no es una única receta. No creo que haya un único camino, pero sí con los mismos ingredientes: solidaridad entre todos, entender que hay otra persona, que estamos como en el mismo sitio o lugar, que compartimos un mismo destino y que necesitamos empatía; empatía desde saber que el otro también es persona, que tiene sus necesidades; ponernos en los zapatos de los otros, como se dice. Y bueno, el ejercicio de memoria también se necesita, porque eso es un asunto generacional. No creo que las nuevas generaciones tengan conciencia de eso.

Entonces, haciendo esos pequeños apuntes de dimensión, porque realmente, en términos históricos, nuestro conflicto es muy reciente y todavía no lo hemos desmenuzado. Apenas hay cosas que están saliendo a la luz, porque los procesos, lamentablemente en Colombia, los judiciales, pueden tardar hasta veinte años. Entonces, por muchos testimonios que aparezcan, es muy difícil para las entidades dar como verdaderas cuentas de lo que pasó. También para los historiadores, ese dar cuenta del asunto, los sociólogos, los antropólogos; apenas estamos en la superficie de lo que realmente pasó en Colombia y es un asunto generacional que hay que empezar a formar en las nuevas generaciones, en estos valores y en estos ingredientes que se necesitan para, de pronto, con más procesos de paz, que se necesitan en una o dos generaciones, realmente tener una Colombia más en paz.

Bueno, por otra parte, hay mucho desconocimiento, desde las familias, del derecho. Muchos no conocemos las entidades ni cómo acercarnos a rendir testimonios. A veces nos presentan trabas, porque son víctimas de ciertas instituciones. En este caso, pues imagínese: era un soldado bachiller. Todo el mundo le decía que qué derecho iba a tener

si estaba participando en el conflicto, pero la norma y la ley lo protege, y muchos desconocen eso. Incluso, a veces han limitado el acceso a los programas que tiene la ley para reconocerlos como víctimas. Aunque ellos no se reconozcan muchas veces como víctimas, esa es la categoría que les ha dado el Congreso para poder ayudarles, y muchos desconocen ese tipo de ayudas. Es un desconocimiento total. Eso es lo que creo que le faltaría a las campañas institucionales.

Por último, no, no solo hay un tipo de víctimas: son diversas, son muchísimas y, prácticamente, como para concluir, casi todas las familias colombianas fueron y son víctimas del conflicto armado colombiano, de una manera u otra.

Julio Aníbal Jaramillo Ávila

Soldado voluntario

Mi nombre es Julio Jaramillo, yo soy nacido en Cáceres, Antioquia, el menor de siete hermanos campesinos y pescadores. Bueno, pues era normal. Mi papá se dedicaba a la minería artesanal, y también a la agricultura y a la pesca. Vivíamos en familia, vivíamos unidos. Los que podían estudiar, estudiaban; los otros acompañaban a mi papá en el trabajo. Había una rutina diaria de quehaceres, porque en el pueblo no había acueducto ni luz. Entonces había que cocinar con leña, ir a lavar a la quebrada, llevarles agua a los familiares lejos, también para poder consumirla. En fin, era una rutina de quehaceres diaria.

Nosotros, siete hermanos; había una mujer que se casó con un señor que era policía y se fue a vivir a Popayán. Entonces quedamos los seis hermanos, y el que me seguía a mí murió de cáncer. Como vivíamos los dos solos en la casa, porque ya mis hermanos se habían ido, habían formado sus propias familias, mi papá había muerto y mi mamá había conseguido otra pareja, yo me quedé solo con mi hermano en la casa. Él falleció, y mi hermana, cuando vino al entierro, me vio muy afligido y me invitó para que me fuera con ella a Popayán.

Entonces me voy para Popayán. Tenía yo quince años cuando me fui con ella. A los quince o dieciséis años, cuando llegué, empecé a trabajar allá como ayudante de construcción, luego en los invernaderos de tomates, y después terminé trabajando en la Federación de Cafeteros como cotoero, hasta que cumplí los dieciocho años.

A los dieciocho años ingresé al Ejército como soldado regular. Fue una experiencia bonita, muy bonita, buena, a pesar de que había muchas exigencias físicas. También se podía ver la disciplina, el orden y que uno sentía mucho cariño y amor por la población, por la gente de

los pueblos y municipios. La experiencia como soldado regular prestando servicio me pareció muy linda.

En ese tiempo, estamos hablando del 95, como soldado regular, había mucho conflicto. A mí me tocó en Popayán, Batallón José Hilario López. Hubo algunos encuentros con la subversión; fui testigo de algunas tomas guerrilleras hacia soldados que apenas estaban prestando servicio, como fue el caso de Las Delicias y la masacre y muerte de los soldados de Puerres, cuando venían a licenciarse y fueron emboscados con canecas de leche llenas de explosivos, que fueron detonadas cuando venían de regreso a sus casas. Se había activado una ola de violencia y de terrorismo hacia los soldados que estaban prestando servicio, y me tocó vivirla en carne propia.

Por ejemplo, en el caso de Puerres, nosotros estábamos haciendo reentrenamiento cuando los muchachos habían sido enviados a buscar los carros para sacarlos hacia el batallón y licenciarlos, y en la salida fueron emboscados con canecas de leche que antes utilizaba el campesino, pero cargadas con explosivos. Murieron aproximadamente cuarenta o cincuenta compañeros; inclusive los carros los quemaron, los incineraron. Esto ocurrió entre el 95 y el 96. Después de esa toma, también me tocó una en Mondomo, Cauca, en la que el bloque Jacobo Arenas de las FARC amenazaba la zona. Me tocó apoyar la seguridad de la población civil, mientras ellos mataron a algunos policías.

Yo terminé de prestar mi servicio militar el 28 de diciembre de 1996. Luego ingresé como soldado voluntario a las filas del Ejército. Me incorporé al Batallón de Contraguerrillas número 11, Cacique Coará de Montería. Tuvimos un entrenamiento en Tierralta, en la represa de Urrá, zona de entrenamiento del personal del Bajo Cauca. De allí fuimos asignados al cañón de La Llorona, que se extiende desde Chigorodó hasta arriba de Dabeiba.

El cañón de La Llorona era muy transitado por la guerrilla, que tenía control total y no permitía el desplazamiento de vehículos de transporte público; retenían a la gente, la mataban o la desaparecían. El Ejército intervenía para permitir que la población pudiera desplazarse, pero era muy difícil porque era una tierra quebrada. Allí se presentaban muchos actos de terrorismo, violencia, secuestro, robo y

saqueo. Cuando los carros bajaban con ganado o víveres, la guerrilla los secuestraba y se llevaba los bienes; al personal civil que tenía alguna vinculación con las Fuerzas Militares o conocidos militares, lo desaparecían, secuestraban o torturaban. Todo eso me tocó presenciar como soldado voluntario.

Muchos compañeros también fueron bajados de los buses cuando iban de permiso; los mataban con tiro de gracia o los desaparecían; los tiraban al río. Fue un tiempo muy difícil para la población y para la tropa. Estar de permiso era poner en riesgo la vida; uno podía durar hasta diez meses o un año sin salir porque no había forma de hacerlo. A veces un helicóptero apoyaba, pero solo hasta Carepa; de allí uno tenía que continuar el recorrido solo, y la zona de orden público era muy peligrosa. Además, había enfermedades como la malaria, aguas pesadas; todo complicaba la situación.

En ese orden de ideas, se presentó un caso muy difícil, que mostró cómo la guerrilla había sembrado el terrorismo en toda la población. Tomaron una base en el corregimiento Pavarandó, perteneciente al municipio de Mutatá. Allí había soldados regulares prestando servicio, algunos costeños, de dieciocho o diecinueve años. La guerrilla, el Frente 5 y 58, se metió, mató a los muchachos, tomó la base, asesinó a once militares y secuestró a unos nueve. A nosotros nos ordenaron ir a apoyar el corregimiento y el área para tomar control de ella, pero entonces ellos habían...

Ellos tenían dominio total de toda la zona porque tenían guerrilla por todos los alrededores. Entonces, cuando usted iba entrando al pueblo, era combate constante, y nos mataron muchos compañeros antes de llegar allá en muchas emboscadas con artefactos explosivos como cilindros, bombas, tatucos y minas antipersonal. Llegar hasta el corregimiento de Pavarandó nos costó la vida de muchos compañeros desde el cañón de La Llorona, cruzando el río o por el puente. Era un trayecto muy largo; usted podía tardar hasta seis, siete u ocho horas para llegar allá combatiendo.

Una vez recuperada el área, la orden fue hacer un registro para ver si encontrábamos los cuerpos de los muchachos que habían sido secuestrados. Duramos cinco días en el pueblo, calmando a la po-

blación, dándoles confianza y tranquilidad. Al quinto día iniciamos el registro, que se fue extendiendo hasta seis, siete u ocho días, y nada. Como a los diez o doce días, ya teníamos gente deshidratada, muchos enfermos, otros con paludismo. No teníamos mucha comunicación; en ese tiempo dependíamos de baterías grandes con un radio grande y se nos estaban agotando.

La orden fue llegar a un claro. Ya estamos hablando del área de Pavarandó hacia Puerto Lleras, en el río Tamborales. Llevábamos doce días monte adentro y necesitábamos un claro para que llegara un apoyo helicoportado que nos pudiera abastecer, oxigenar, traer medicamentos, evacuar a los enfermos y restablecer la comunicación. Esto fue el 13 de agosto de 1998, porque la toma en Pavarandó ocurrió el 9 de agosto de 1998, cuando mataron a los soldados regulares y secuestraron a otros. Nosotros ya habíamos entrado al área el 13 de agosto, dirigiéndonos hacia una zona clara y amplia para asegurar la llegada del helicóptero.

Pasamos el río tipo cuatro y media, cinco de la tarde. Éramos aproximadamente entre 160 y 180 hombres: tres batallones, cuatro compañías en total. Éramos militares, pero como éramos de batallones diferentes, no nos distinguíamos mucho. Reconocíamos a los de nuestra compañía, pero los demás batallones también estaban presentes; nos presentábamos, pero sabíamos que éramos tropa.

Cuando pasamos el río Pavarandó, tipo cinco y media o seis, la montaña era muy espesa, los árboles gruesos y el clima muy frío. Nos organizamos por compañías para descansar. En la noche, tipo nueve o diez, anocheció con un torrencial de agua muy fuerte, casi como un huracán. En mi caso, me tocó estar de centinela, puesto doble, porque el tema de orden público estaba muy difícil y el enemigo era inminente. La doble vigilancia era para que ningún compañero quedara solo y el puesto estuviera protegido.

Cuando mi compañero fue a llamar al relevo, porque ya habíamos prestado dos horas cada uno, me dejó solo. Entonces, cuando llegó el agua torrencial, me corrí a un lado. En ese puesto había otro muchacho, que tenía plástico; nosotros no usamos plástico, sino telas o ponchos. Me acerco, y el muchacho me pregunta: «¿Tú de qué frentes eres?». Yo, no sé por qué, le contesté de inmediato: «Soy del quinto».

Le dije también que ya estaba llegando la otra tropa y que nos íbamos a reunir todos. Él respondió: «Aquí nos vamos a reunir todos, porque creo que esta toma la vamos a hacer en dos o tres días». Así quedó la situación bajo ese aguacero tan intenso. Luego aproveché para ir a llamar a otro compañero y avisarle a nuestra tropa: «Estamos dentro. Se metió la guerrilla».

Bueno, uno de los oficiales nuestros, pues en la noche, cuando fue a hacer el relevo, se perdió del camino y se tropezó con toda la guerrilla. Ahí, relativamente, comenzó el combate, cerca de la medianoche, pero sonaron los disparos y, debido al aguacero y el torrencial que estaba cayendo, pasó desapercibido. Continuó la jornada normal.

La orden era que a las cinco y media de la mañana todos debíamos estar listos para continuar el camino hacia la parte clara y recibir el apoyo. Bueno, a las cinco y cuarto todos poniéndose de pie, pero había un cabo que nada que aparecía. A las cinco y cuarenta apareció el cabo, desquiciado y trastornado, diciendo: «¡Estamos en la guerrilla! ¡Esto es pura guerrilla! ¡Esto es guerrilla, guerrilla!».

Cuando nos montamos el equipo y avanzamos unos cinco o diez metros, sonaron los primeros disparos y mataron a los primeros cinco compañeros. No todo el mundo había alcanzado a montar el equipo cuando empezaron los punteros. Ahí se formó el infierno: disparos continuos, niños llorando, mujeres gritando. Cayeron cilindros, bombas, tatucos; había gente herida por todas partes, soldados muertos. Ya a las diez de la mañana no se cambiaba de proveedor, se cambiaba de fusil.

Éramos aproximadamente 160, 170 hombres, y nos mataron unos 120 compañeros ese día. Había mucha guerrilla. Ya no se distinguían soldados de guerrilleros. La guerrilla se concentraba ahí porque se iban a tomar cinco municipios al mismo tiempo: Mutatá, Dabeiba, Frontino, Peque y Cañasgordas. La operación la llevaban el Bloque José María Córdoba y el Bloque Caribe. Ellos estaban uniformados con ropa y armas del Ejército, por lo que nadie sabía quién era soldado y quién guerrillero.

Durante el combate, uno debía ponerse brazaletes como identificación. No se veía a los compañeros. Había muchachos muertos o heridos, pidiendo que los terminaran. Se calcula que ellos tenían concentrados aproximadamente 4 000 hombres. Por ejemplo, estaba Efraín Guzmán,

fundador de las FARC, con Marulanda y Jacobo Arenas, uno en Cauca y otro en Meta. Marulanda y Efraín Guzmán lideraban los dos bloques; Iván Márquez era segundo al mando del Bloque Caribe; Rubén era el ideólogo; Andrés era comandante militar de los dos bloques. Karina, que estuvo en Pavarandó, casi mata a un soldado de los nuestros; le rozó el tiro por el ojo, por lo que no participó directamente, pero estaba en atención médica cerca del combate. También estaba Erika Trujillo.

En mi caso, el combate duró hasta las dieciocho horas, hasta que logré salir del eje del anillo que ellos tenían contra nosotros. Para entonces, prácticamente habían liquidado a casi todos los compañeros. Los soldados heridos recibían tiros de gracia; se escuchaba: «Aquí no va a nadar nadie herido, ni nadie va a cargar con heridos». Eso, de una vez, era la orden que venía dando quien estaba al mando de la confrontación, de la parte de combate de ellos. Entonces venían dándoles tiro de gracia a los compañeros heridos. Algunos alcanzaron a salir heridos porque los tiraron al río Tamborales, que les quedó muy cerca.

Bueno, yo logré salir del anillo en el que nos habían encerrado. Cuando estaba a punto de tirarme al agua, ya como a las seis y media, que me había escondido detrás de un palo caído cerca del río, me encontré que del otro lado había un frente de la guerrilla resguardándose del fuego cruzado que venía desde arriba, desde donde yo venía. Ellos aseguraban la orilla del río para que nadie se escapara.

Como había tanto fuego, me tiré de este lado. El palo era grueso, tendría aproximadamente metro y medio de ancho y metro y medio o dos de alto. Cuando crucé al otro lado, la guerrilla también estaba protegiéndose del fuego que les caía encima. Ahí me capturaron. Pasé a ser un secuestrado más de la guerrilla y me llevaron a un «teatro». Al día siguiente se escuchaban bombardeos y todavía lanzaban RPG y ataques a los helicópteros.

Cogieron a nuestro radioperador de la compañía, Norato Guerra, que en paz descanse. Le pusieron una pistola en la cabeza y lo obligaron a decirle al piloto que aterrizara para evacuar heridos. Los guerrilleros se hicieron pasar por heridos, montándose en hamacas con otros cargándolos. El piloto, al darse cuenta de que eran guerrilleros y no soldados, se elevó otra vez, pero recibieron el impacto de un

tatuco, dañando la aeronave. Finalmente, el piloto logró aterrizar en Mutatá. No lograron capturar al radioperador, pues querían mantenerlo vivo para usarlo en chantaje.

Ahí comenzó mi cautiverio: tres años de secuestro, tortura, humillación, encierro, hambre, frío y enfermedad. Allá me dio tifoidea, casi muero. Intenté fugarme y me capturaron a los dos días. Por ese intento de fuga me metieron en un búnker subterráneo de cinco metros de profundidad, cuatro de ancho y tres de alto. Estuve seis meses allí; cuando salí, parecía un papel. Ahí me echaban la comida por un huequito que habían dejado. Alguien bajaba y alumbraba, pero no entraba hasta donde yo estaba, sino que alumbraba y me veía. Ahí me pasaban la comida. Para hacer las necesidades me pasaban un tarro. Yo hacía las necesidades en el tarro y ellos lo sacaban. No me bañaba; simplemente me limpiaba. Me pasaban un pedazo de toalla y un tarrito con agua, y con eso me limpiaba. Así duré seis meses. La orden era que me asesinaran, pero al final también querían darle una lección a los otros compañeros que estaban secuestrados. Querían sembrarles ese temor para que no lo intentaran, para que no intentaran escaparse.

El tema del secuestro para mí fue muy duro. Ver compañeros que intentaron fugarse, pero que los capturaron y luego los mataron. Los fusilaron, les dieron el tiro de gracia y, fuera de eso, les echaron ácido. Como fue el caso de Norato Guerra, que intentó fugarse en dos ocasiones. La primera vez no le hicieron nada: se fugó y duró cinco días libre, pero lo capturaron. Después, como al año, se fugó con un guerrillero y nuevamente los capturaron. Ahí sí los mataron, los fusilaron. Al guerrillero lo mataron y lo desaparecieron. A Norato Guerra, según entiendo, lo entregaron a la Cruz Roja Internacional para mostrarle al resto de los secuestrados la noticia y generar miedo entre quienes permanecían cautivos a nivel nacional. También está el caso de Jiménez Oviedo, un compañero que intentó fugarse con una guerrillera. Fueron capturados los dos y posteriormente asesinados y quemados.

A mí me tocó convivir con varios compañeros que, después de que me liberaron, quedaron allá secuestrados. Fue el caso del cabo Marín; del teniente Ledesma, que era de la Armada; del cabo Navarrete; del intendente Tapias y de otro cabo, López. Fueron diez compañeros.

Ellos eran comandantes y, en las negociaciones de canje y toda esa cuestión, liberaron a los muchachos que no teníamos grado. Ellos se quedaron allá. En esos días los reunieron con el exgobernador Aníbal Gaviria Correa y con Gilberto Echeverri Mejía. Cuando intentaron rescatarlos, los mataron vilmente. Los sacaron y los asesinaron.

Yo conviví con ellos durante todo mi secuestro. Tres años conviví con ellos y me duele que los hayan matado así, cobardemente, y que hoy en día nadie alce la voz por ellos, ni por tantos otros que vivieron situaciones similares. Así como yo, que también nos dejaron en el olvido, sin recursos, sin apoyo, sin emprendimiento... nos dejaron a la deriva. Yo quisiera decirle a quien corresponda, quien pueda ayudar a uno, quien pueda velar por la vida del campesino, de la gente de bien, de esos militares que trabajan duro día y noche por proteger la integridad física, los derechos y los bienes de la población, que le den más apoyo, más respaldo, que estén más pendientes de ellos, que no los dejen abandonados en esta situación, porque la guerra es dura, y cuando uno no tiene quien lo respalde, sufre. Todo el mundo sufre mucho: el soldado sufre y la población también, porque se siente desprotegida. La guerrilla no tiene piedad de nadie; ellos atacan con armas no convencionales, no les importa que caiga un niño, un anciano o un campesino, con ataques de tatucos, cilindros o bombas, y ahora con drones y minas antipersonal. A ellos no les importa quién caiga.

Es duro vivir, pasar por esa situación y saber que te toca continuar viviendo con ese recuerdo. Además, todavía se vive esa violencia, todavía se violan los derechos humanos y el derecho internacional humanitario, acabando con la tranquilidad y con las vidas de la gente.

Hubo una negociación en el Caguán, creo que con el presidente Pastrana, y resulta que allá no llegaron a ningún acuerdo. La guerrilla quería continuar con la zona de distensión, pero había un tiempo para que hubiera un acuerdo de paz. Al ver que no hubo, entonces ellos decidieron extender la zona de control a cambio de liberar a los secuestrados que tenían. Hablaron de un caso de cáncer, creo que era algo política y jurídicamente comprometedor, y por ahí no fue el tema. Se metieron por los enfermos, por los guerrilleros que estaban en cautiverio enfermos y por los militares secuestrados que estuvieron enfer-

mos inicialmente. Después, al final, creo que en las negociaciones de paz, se decidió liberar a los secuestrados y extender la zona de control.

El tema, personalmente, es muy complejo, muy complejo, porque nosotros salimos de allá con tortura física y psicológica. La tortura no era esporádica; era continua, las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Cuando uno recibe ese daño, el daño continúa porque el Estado no está preparado para recibirnos y darnos la atención adecuada que realmente necesitamos: atención médica y psicológica. Nos esconden del mundo, nos esconden de la sociedad, nos esconden de los medios internacionales.

Hoy en día, muchos de estos muchachos hemos resistido. Algunos hemos resistido y hemos llegado hasta aquí, pero quedó una secuela. Fue un parásito que quedó después de salir del secuestro. Hay muchas consecuencias: estrés postraumático, esquizofrenia paranoide, desempleo, necesidad económica, falta de capacitación para que puedan tomar control de su vida y reincorporarse a la sociedad. Tenemos compañeros en este momento en las calles, reciclando, en el olvido, porque realmente son incontrolables.

Las familias dicen: «No soy capaz con él. No hemos tenido ni tenemos la capacidad de darle el tratamiento que necesita. No tenemos la capacidad de brindarle el apoyo en todos los campos que ese muchacho requiere». Por eso, a nosotros se nos sale de las manos. Es un tratamiento muy profesional, donde se necesitan recursos: recursos económicos, recursos profesionales, recursos de impulso y acompañamiento.

Tengo compañeros aquí en Medellín, en la calle, que fueron secuestrados y no están reciclando. Ojalá estuvieran reciclando; están durmiendo en la calle, en malos hábitos, porque los dejaron solos en el momento en que tenían que acogerlos y atenderlos profesionalmente. A nosotros no nos atendieron. A mí me tocó irme de la ciudad porque no tuve la capacidad de controlarme, de autocontrolarme. Profesionalmente, no nos dieron ayuda. Nos apoyaron en lo académico, nos dieron educación en entidades profesionales a largo plazo, pero después de dos años, quisieras que todo fuera diferente, y a los dos años nos echaron.

Después de tres años de secuestro y dos años de estar escondidos nos echaron, y para poder habernos dado un beneficio que no nos ga-

namos, hubieran dejado que nos lo ganáramos trabajando en el Ejército como militares y comunitarios que éramos. Nos echaron. Me duele ver al compañero mío en la calle en este momento, mucho, me duele mucho. Yo me lo encuentro cuando vengo a Medellín.

Mi mensaje quizás no es tanto para el secuestrado, sino para las familias: acompañenlo, búsquenle personas profesionales que realmente lo traten. Es un tratamiento de largo plazo, de mucho seguimiento, de armonía familiar. Hay que decirle: «No estás solo, no estás solo. Esta es tu casa, esta es tu familia, quédate aquí». Les garantizo que ese muchacho no necesita terapia de nadie: el mejor apoyo y la mejor terapia es la familia. Pero cuando la familia es incapaz de sostener la enfermedad que él adquirió en el secuestro, porque es una enfermedad que uno adquiere allá, la familia no tiene por qué soportar eso sola. La familia es familia, hasta cierto punto; pero cuando dicen: «Sí, es familia mía, pero yo no tengo por qué cargar con este problema», hay que entender que este problema lo generó la profesión. Entonces deben venir profesionales y ayudar. Pero si tampoco vienen, la familia también se ve sobrepasada.

La familia, con esa persona que salió del cautiverio y sufrió tortura, no la puede dejar sola. No la puede dejar sola porque es una enfermedad que no se puede contar a todo el mundo, porque le crean otra enfermedad: lo tildan de loco, de fantasioso, de peliculero. Por eso estas historias no se las pueden contar a cualquiera; solo a la gente que haya vivido cosas muy parecidas, muy cercanas, que diga: «Yo también lo viví, es verdad». Porque si lo dejan solo y él empieza con ese delirio, y a creerse un héroe contándole a todo el mundo lo que vivió, la gente lo va a rechazar. Y ahí es donde sentirá ese rechazo, no solo el de la calle, sino también el de la familia: «¿Para dónde vas? ¿Por qué te vas? Quédate ahí».

La terapia es grande y larga; es un proceso a largo plazo. Mi consejo va para la familia: no dejen sola a esa persona que salió del cautiverio, ni a ninguna persona que esté atravesando una enfermedad o una situación similar. La mejor terapia es la familia: ser equitativos con todos, en todos los ámbitos. Denle la oportunidad a toda la gente de progresar, de estudiar, de emprender, impulsando tanto a niños como a adolescentes y adultos, siendo equitativos en todos los derechos.

Manuel Castillo Osten

Soldado profesional (pensionado) y abogado

Mi nombre es Manuel Castillo, yo nací en un pueblo de Antioquia, soy del Bajo Cauca, pero me crié muy poco allí. Conozco esa región del Bajo Cauca, pero mi infancia transcurrió más en Caldas y Manizales, Mariquita, Honda, Tolima. Esa fue mi infancia, en una región con bastantes grupos armados también, porque vivía al lado de una hacienda. Mi mamá tenía una finca al lado de la hacienda de el Mexicano, Gonzalo Rodríguez Gacha.

En mi infancia conviví y compartí con esas personas, aunque nunca se metieron directamente con uno; sabía muchas cosas de la gente armada, pero no se veía violencia, entonces para mí fue una infancia tranquila. Ahí hice mi primaria, en la escuela rural Malambo. Caminaba aproximadamente todos los días, para ir a estudiar, unos cuarenta minutos bajando, y más de una hora subiendo, porque para llegar a la escuela desde mi casa era bajando, y para volver era subiendo, por trocha. Entonces, así fue mi infancia, mi primaria. Y ya, supuestamente, donde nací, fue en esa zona del Bajo Cauca, pero no tengo mucha información de eso. Me considero más de «acá arriba», como del Magdalena Medio y parte de Antioquia.

Ya con el Ejército uno anda demasiado, entonces pierde esos rasgos culturales de una sola zona, porque uno recorre muchos departamentos: Santander, Boyacá, Caldas; algunas veces Antioquia, Bolívar y otras regiones, por la obligación y el compromiso que uno tiene con lo que hace. Cuando entré al Ejército, yo estaba estudiando. Anteriormente, el Ejército iba a los colegios para hacer incorporaciones y sorteos; yo ingresé al Ejército por medio de las balotas. Estudié en un colegio llamado Politécnico Instituto Técnico Alfonso López, en La

Dorada, Caldas; no recuerdo muy bien el año, pero creo que me gradué como en 1998. En ese año, más o menos, el Ejército ya estaba visitando a los grados once porque antes era obligatorio prestar servicio, y se hacía por medio de un sorteo. No recuerdo muy bien, pero creo que la pelota roja no iba, la azul sí, y la blanca era que le daban la libreta, o algo así. Yo saqué una de las pelotas y pasé al Ejército.

Ya quedé programado y entré a las Fuerzas Militares en enero de 1999 y presté servicio todo ese año como bachiller en el Batallón Número 3, Batallón Bárbula. Ese batallón queda en Puerto Boyacá, Boyacá, en una vereda que se llamaba creo que Cantimploras, una zona de perforaciones de petróleo. Con el tiempo, la unidad se trasladó a la autopista. Cuando yo presté el servicio me quedé allí por unos seis meses y luego ingresé como soldado profesional. Hice cursos para ingresar como soldado profesional y ya después el batallón continuó con sus operaciones.

Esa unidad tenía una zona muy complicada en ese momento: la Autopista Bogotá-Medellín, que todos sabíamos que la circulación era restringida porque estaba controlada por grupos armados. Si no recuerdo mal, creo que era el Frente 47 de las FARC, y el 36; había como tres frentes que estaban en esa zona. No se podía transitar de noche, solo se podía pasar durante el día. La vía estaba abierta aproximadamente desde las siete de la mañana hasta las cuatro y media o cinco de la tarde. Después de ese horario ya no se podía transitar. En ese tiempo, éramos las primeras unidades de soldados profesionales, porque anteriormente eran soldados regulares, y por experiencia no es lo mismo. En un conflicto como el de Colombia, la experiencia que va tomando un soldado profesional tiene virtudes muy diferentes; son espíritus distintos de actuar en el frío y bajo presión.

A nosotros no nos enviaron directamente a la autopista; nos mandaron a la unidad que yo pertenecía, la Compañía Centurión. Nos enviaron a Santander, a un batallón de infantería, creo que era el número 41, Rafael Reyes. El batallón Bomboná era el 40, entonces el nuestro era el 41. Trabajábamos agregados al área del Rafael Reyes, en Santander, un área muy parecida a Antioquia: bastante montañosa, mucha cordillera, ríos y con un conflicto armado muy intenso.

Un municipio complicado era Sabanagrande, Santander, con el río Opón y el corregimiento de Santa Elena, donde había una vereda muy difícil. Ahí adquirimos nuestras primeras experiencias de guerra. La situación era cambiante, el enemigo jugaba un papel importante y hacía de la guerra un juego para ellos, mientras que para nosotros era un aprendizaje muy valioso. Duré en esa zona con la compañía aproximadamente un año. Después nos sacaron, y en ese tiempo ya hubo un cambio estratégico: antes pertenecíamos a la Séptima División, pero luego pasamos a la Segunda División de Bucaramanga.

Luego nos trasladamos a la Autopista Bogotá-Medellín para recuperar esa vía. Fue una experiencia muy amplia, porque la autopista atraviesa Antioquia. Nuestra jurisdicción llegaba desde la zona de Los Colores hasta el puente grande del río Samaná. De ahí en adelante, hasta Aragón y Alto Bonito, correspondía a la Cuarta Brigada.

Esa zona era muy complicada. No había señal telefónica; la señal era prácticamente inexistente. Los radios de comunicación tenían problemas por las curvas y cañones: se perdían frecuencias, no funcionaban bien. La guerrilla podía acercarse al lado de la Cuarta Brigada, pero por la geografía, los cañones, la tropa no podía mantenerse en esa zona. Nosotros teníamos cierta cobertura, pero no podíamos pasar al lado de ellos. Por eso ocurrieron muchas situaciones difíciles que, a simple vista, parecían inevitables, porque la jurisdicción estaba limitada por ríos y puentes.

Entonces, hasta ahí llegábamos. Ahí fue cuando, quizás, usted se acuerda de cuando la guerrilla en San Luis, Antioquia, asesinó a unos seis conductores que habían hecho un paro. Nosotros estábamos muy cerca, pero no podíamos hacer nada porque en ese momento no estaba la tropa de la Cuarta Brigada. Yo estaba más arriba porque, en esos días, habían hecho un atentado terrorista con un cilindro en un restaurante; entonces la tropa estaba controlando esa área y nosotros estábamos acá en nuestra zona.

Yo, en el Ejército, hice muchas cosas. Siempre estuve en la segunda escuadra, en el equipo de ametralladora. Cuando entré, yo siempre quise estudiar. Después de unos cuatro o cinco años de antigüedad, me inscribí en la Universidad Militar Nueva Granada, en Bogotá. Com-

pré un portátil, un Acer One Aspire pequeño, de unas 10 u 11 pulgadas, con un panel solar de un metro cuadrado que se doblaba en dieciséis pliegos y tenía un módem Movistar. Pero la señal era muy mala, sobre todo en el sur de Bolívar. Las únicas señales que captaba eran las de las emisoras de la guerrilla. Las emisoras de Colombia Estéreo todavía eran muy pocas y no tenían cobertura amplia.

Un soldado motivado tiene virtudes muy diferentes. Cuando uno patrulla y hace inteligencia, sin saber dónde está el enemigo, eso genera preocupación. Cuando uno sabe dónde está, se puede preparar mejor y eso da cierta tranquilidad.

En mi carrera militar, fui ametrallador, enfermero de combate y puntero. Inicié en el equipo de ametralladora, luego fui radioperador por mi formación académica: yo era bachiller y técnico en sistemas, lo que facilitaba el manejo de equipos electrónicos. Aunque uno a veces se negaba porque el radio operador también era visto como «limpia chaqueta» o trabajo de mucho desgaste, lo hice durante unos tres años. Después fui enfermero de combate por otros dos o tres años, y finalmente puntero.

El puntero es quien guía a la tropa, va adelante, analiza el terreno, detecta huellas, olores o señales inusuales: café, jabón, alimentos, cualquier cosa que altere la normalidad del terreno. Uno desarrolla un instinto natural de desconfianza para proteger a los compañeros y evitar emboscadas, minas o incluso accidentes con animales. Por ejemplo, nunca vi serpientes peligrosas, pero sí picaduras de avispas varias veces. Las culebras parecen evitar a los humanos por las huellas que dejamos.

¿Por qué movía ramas o pasaba por sitios que uno tenía que romper? Porque normalmente, ¿cómo lo manifiesto? Se me olvida el término. O sea, como las condiciones, las reglas del Ejército: no caminos, no carreteras, no casas, no trochas, no iglesias. Son sitios que uno debe evitar, porque muchas veces se preparan para hacerle cosas a uno mismo, a la tropa. Entonces no. Y en ese tiempo, el sur de Bolívar era muy bueno: no es tan alto, son cerros bajitos, entonces es muy fácil de romper maraña. Uno apunta GPS y brújula, uno se tiraba; entonces le daban las coordenadas al llegar a tal sitio, y eso era un rechazazo. Muy poquitas veces no cogía un camino; pues, para coger un camino tenía que ser un camino de bajada.

¿Por qué bajada o de subida? Normalmente, no era muy... de subida. Pero cuando íbamos a llegar a la parte alta, uno se desvía porque ciertos caminos, no todos, cuando los caminos se preparan para los campos minados, siempre se preparan en zonas planas o semiplanas. Si se preparan en zonas muy inclinadas, el agua, cuando llueve, destapa las minas. Y si las ponen en zonas muy planas, hondonadas, cuando llueve mucho se inunda; entonces las minas se dañan, se mojan y muchas no van a funcionar. Y si algunas funcionan, no van a tener el mismo efecto. No tienen el mismo efecto porque el componente químico con que las hacen, ANFO, azufre y carbón mineral, y el *stopping*, que lo activan con ácido sulfúrico, se dañan. Entonces uno analiza esos terrenos: cómo es el camino, cómo pisar ciertos caminos y no salirse de cierto eje, porque donde hay frutas, árboles frutales, uno no se puede meter. ¡Ah!, ¿que hay un palo de mango muy bonito, lleno de mangos o de naranjas? Uno evita eso.

Entonces, en el Ejército, en lo personal, a mí me gustó. Yo me sentía... Yo entré al Ejército con el fin de quedarme solamente tres años, y tres años se convirtieron en muchos, hasta que me retiré. Por una parte, por la junta médica, porque el daño que me causó la mina hizo que me retirara. Digámoslo así: uno no pierde el espíritu. A uno le duele lo que le pasa a Colombia. Porque uno, seguro, muy patriota, yo digo que uno no deja de ser lo que fue. No siempre. Hoy pienso muchas cosas de muchas personas que están al margen de la ley o que fueron esas personas, y nunca dejarán de ser lo que fueron. Es como un militar: uno nunca dejará de ser soldado por muchos años que se haya retirado, ese espíritu no se pierde. Es como el periodista que estudió periodismo y trabajó diez, quince años de periodista, y se retira: usted no pierde el espíritu, siempre sigue queriendo al periodista, a las cámaras, toda esa situación.

Así pasa con nosotros: eso se va en la sangre, eso es un amor que se convierte, y a uno le duele lo que les pasa a los soldados, a los policías, a todos los que hacen parte de la Fuerza Pública, a la población civil de bien, a la gente que trabaja, que madruga...

Yo disfruté el tiempo que hice en el Ejército. El Ejército es muy duro, lógico, porque no es fácil echarse un equipo a la espalda que pesa dos, tres arrobas. A la espalda, con los días, ya va bajando de peso por-

que uno va sacando alimentos. Normalmente lo abastecen cada diez a quince días, según las zonas. Entonces, usted con un abastecimiento de quince días le echa arroz, harinas, panela, leche, azúcar... eso le ayuda algo. Pero así, contando a grandes rasgos, además de lo personal: su cepillo dental, su cobija, su carpa, su cintelita, su poncho. Ese equipito que usted ve, ese morral, se va convirtiendo en un peso importante.

Aparte, eso hace parte de un equipo de ametrallador o de mortero. Usted tiene que apoyar al apuntador con una cinta, le carga munición al de la ametralladora, le carga granadas de mortero al del mortero, porque él no podría cargar las doce, quince granadas que pesan mucho, más el tubo. Anteriormente... a mí no me tocó tanto. Había unos morteros que eran con la placa, el bípode y el tubo; eso era muy pesado. A mí me tocaron los corticos, los tipo comando. Nunca trabajé en esa escuela, pero uno ya conoce la experiencia, el sacrificio que tienen esas personas para hacerlo.

Entonces uno le coge amor a esto, que es como... uno los ve como hermanos. Ya uno les brinda lo que sea, cualquier cosa, y cuando le pasa algo a alguien, para uno es como si fuera a uno mismo; le duele. Uno quisiera que no estuviera en ese momento, pero tiene que ser real. El trabajo no es fácil.

Conocí muchas personas que entraron al Ejército. Hay una cosa que se llamó... es como algo muy charro. Y hay unos soldados que uno les dice los «gordipollos». Los gordipollos son soldados grandes, altos, que usted los ve cuajados. Uno, cuando los ve entrando nuevo, dice: «Ese man no dura mucho». Y es la verdad, los soldados grandes no duran mucho, porque un equipo bien pesado, más el peso corporal de la persona... para subir o bajar una montaña es muy difícil. Una persona bajita o de estatura media le va mucho mejor; delgada y pequeña, mucho mejor, porque tiene mejor estabilidad, mayor resistencia.

Ese equipo bien pesado: más la munición, más su chaleco, que pesa por ahí, con sus municiones, los 500 y algo de cartuchos, más sus cinco proveedores, más el fusil, más sus granadas... Yo, a mí me gustaba cargar. Yo no cargaba solo dos granadas, que es la dotación normal, no; yo siempre pedía dos de más: yo siempre cargaba cuatro. Y eso pesa todo, todo eso pesa bastante. Usted dice que corporalmente al

cuerpo le está echando un peso por ahí de cuatro arrobas. Pasa que, como está distribuido, uno no lo siente.

Entonces, la experiencia como soldado profesional fue buena, con momentos difíciles. No es como la gente piensa, que es como en las películas, cuando ve que el soldado anda con el fusil y el chaleco y va para la guerra solito. No, así no es en Colombia; es muy diferente. Usted anda con su equipo, con ese peso. Uno se hace muy pana con ese morral, porque esa es su casa, esa es su comida, esa es su cama, eso lo es todo. O sea, uno tiene todo en algo tan pequeño: ahí tiene todo metido, todos sus medicamentos, y toca caminar mucho.

Y caminar en Colombia no es plano. Hay zonas del país que son planas, pero considero que la mayor parte del centro del país, del eje central de sur a norte, es cordillera. Son montañas muy altas. La única zona más plana, digámoslo, sería la costa caribe, muy abajo, y para el sur del país, que ya conocemos, Putumayo y esas zonas. Entonces, yo considero que, para mi estadía, el Ejército fue bueno. Yo extraño a veces el Ejército. Pasa que uno debe entender que esto es un ciclo, una etapa. Unos llegan, otros van a ir pasando, y al final terminamos y siguen los otros. Bueno, eso fui yo.

Como soldado profesional anduve por muchos departamentos, no solamente el sur de Bolívar. Antioquia, mucho caminé; Santander, muchos lugares. En su momento había una operación, según la información, porque se había desmovilizado un integrante de un grupo. Creo que era de las FARC. Sí, era de las FARC, pero no recuerdo bien el frente, creo que era el 36 o el 34, no recuerdo el nombre. Y era un grupito de cincuenta personas que se movilizó. Según la información, eran cuarenta y nueve guerrilleros que había en una zona, por la zona de Zaragoza, por las minas de San Juan, muy cercano a un corregimiento que se llama El Pato para dentro. Eso es zona minera y muy montañosa. No son altos los cerros, pero sí es montañoso, mucha montaña. Y el agua muy malita, porque como hay minería, el agua se contamina mucho.

Bueno, ese señor que se desmovilizó iba con nosotros, con la unidad. El batallón lo pasó como guía y nos acompañaba para llevarnos a donde estaban ubicados esos grupos. Éramos... recuerdo que éramos el pelotón. Eso fue el 31 de mayo de 2009.

Entonces, cuando uno va a golpear un grupo, no carga todo. Siempre se queda un grupo importante cuidando lo pesado, el lastre, los equipos. Uno carga unos equipos que son unos bolsos de asalto, unos bolsitos más chiquitos. Ahí se lleva lo que estamos hablando de las raciones: uno mete una o dos raciones, porque si el tema se extiende, uno siempre lleva ración para un día, pero normalmente se llevan dos por si llega a haber algo especial y se extiende.

Ese día, a las ocho, salimos muy temprano. Se quedó una sección cuidando el equipo, los equipos grandes, y los otros arrancamos como a las cinco de la mañana, por monte y camino. Uno iba confiado, más porque llevábamos una linterna, un guía, un desmovilizado del mismo grupo. En el momento se planeó que un grupo fuera de cierre y un grupo de choque. El de cierre sostiene si el enemigo se va por cierta parte, el otro es el que va a golpear el grupo.

Yo estaba en el grupo de choque, porque era el puntero. A las ocho ya habíamos llegado al sitio y estábamos como a unos 230 metros del objetivo. Había un camino que bajaba a ese campamento. Pregunté a la linterna, dije: «¿Ese camino?». Y él me dijo: «No, ese camino va para la mina». Lo habló así duro, para que lo escuchen, porque allá no se habla duro ni en susurros, no se habla bajito. Usted se comunica más por señales, no habla mucho. Bueno, listo. Entonces escuchábamos ruido en la parte alta, unos golpes como de machete. Yo no supe tanto en su momento, pero sí había enemigo. El camino bajaba, entonces yo le dije al señor, al guerrillero desmovilizado: «No, ese camino sube al campamento y ese camino va para la mina, para abajo, para las tiendas».

Ah, bueno, listo. Entonces como nosotros no veníamos por camino, veníamos solamente rompiendo, ¿qué hicimos? Yo le pregunté cuando nos subimos: «¿Cruzamos este camino un pedacito? Nos salimos del eje y volvemos para allá para escuchar un rato». Porque cuando uno va antes de golpear, uno llega al punto y se queda quieto un buen rato, una hora, para escuchar el ruido, movimiento, voces, saber dónde están ubicados los centinelas o algo.

Entonces, cuando el señor salió, él salió del camino porque yo llegué al borde del camino, no pisé el camino. Él salió y dijo: «Aquí no hay nada», porque uno siempre piensa en las minas. Uno no le tiene miedo

a un disparo de fusil, a los fusiles, nada; un soldado no le tiene miedo a eso. Lo que da miedo y genera desconfianza es la mina, porque uno no las ve, están enterradas. El señor caminó y salió, bajaba y subía normal. Ah, bueno, ya me confié. Uno sabe que las minas tienen nombre, como un agüero; las minas tienen su nombre. Si va a pasar un grupo, si usted es el 101, no le toca a usted la primera, sino al segundo.

Entonces el señor salió, bajó y yo miré el suelo; no había huellas de momento, pero sí estaban arriba. Yo salí, pisé, conté: «Uno, dos, tres», y ¡pum!, la mina. Yo miraba el suelo, pero como había bastante hojarasca, la pisé. Había una raíz y la mina me levantó, pero no me dañó la pierna, no me quitó la bota. Quedé en el hueco.

Cuando quedé en el hueco, escuchamos los disparos. Otro compañero, de apellido Franco, también pisó una segunda mina: ¡pum! Uno cuando escucha eso y ya sabe que es campo minado; significa que hay varias, no solo la que yo pisé, sino que el sitio está preparado. Eso es una alerta temprana para ellos. Las minas son el mejor soldado: no tienen hambre, no duermen, no descansan. Ellas siempre van a estar ahí. Las estadísticas dicen que una mina puede durar hasta veinte años activa, esperando a alguien que la pise. Puede ser una persona, un animal, un objeto que le caiga y la detone, o un rayo, o una tormenta también puede detonar la mina.

Entonces, tener minas es una ventaja porque no genera gran gasto. Una mina es algo muy pequeño, de muy bajo precio, porque lo hacen con un componente que se llama úrea ANFO, que es Triple 15; un abono orgánico de Triple 15, más carbón mineral y azufre. Ese componente se machaca, se aplasta, se mezcla, se mete entre un taco y se presiona. Luego se le pone una carga; lo más costoso es el *stopping*, el resto sale muy barato. Además, le echan popó, grapas, pegante, cualquier componente químico que afecte o contamine. Cuando eso detona... la mina que yo pisé no estaba contaminada; solamente era una mina. De pronto era una mina más diseñada para alerta temprana que para lesionar, porque tal vez ellos se movían mucho por esa zona. A veces hacen minas no tan letales, porque a veces ellos mismos las pisan.

Ese día cayó Franco a los cinco segundos, cuando se movió. Y el contrapuntero, el que me apoyaba, lo empujó hacia un lado. El compa-

ñero Hernández quedó atrás, como a siete o diez metros, entonces ya no se podía mover, y todo el mundo callado porque uno busca escuchar si corre algo o hay movimiento. Ya éramos dos.

Como había bastante hojarasca, todo el mundo tenía que limpiar la zona con mucho cuidado, porque hay minas no solo por presión, también por fotoceldas que están tapadas con la hojarasca y se detonan al abrirse con la luz. La gente estaba pendiente, usando un palo para limpiar la zona y poder visualizar qué había.

Yo caí ahí. Pude pararme, pero sí sentía como calambres, sentía que me disparaban desde arriba. Había centinelas enemigos; me dispararon mucho. Pegaban cerca de los árboles, porque usan AK-47, y esa arma, cuando dispara, tiene un sonido de dispersión: suena dos veces, como la detonación y un latigazo a un lado y al otro. Uno se desubica; no es como nuestras armas, que indican de dónde disparan.

Yo escuchaba «plica, plica, plica» y eso me levantaba del suelo. Yo reaccioné y disparé, como a uno o dos proveedores hacia arriba. Eso calmó un poco la situación, porque el puntero va delante y está más expuesto. A veces ni al puntero le pasa nada, pero al del medio o al último sí.

Eso pasó; yo caí a las ocho y cinco de la mañana. Franco también, ya éramos dos. Los otros de cierre entraron en contacto con el enemigo arriba. Ya estábamos en combate abajo y los otros también. Ese día, la montaña era virgen; los campamentos siempre están en las zonas más montañosas y altas, para que las aeronaves y radares no los ubiquen.

El problema no era solo que yo estaba herido; había un segundo problema: abrir un helipuerto. Normalmente exigían 17 metros de ancho por 17 metros de largo. Imagínese uno con machetas, porque los soldados no cargan hachas, solo macheticas cortas, para limpiar árboles y abrir el helipuerto para poder sacarnos a Franco y a mí.

De las ocho y cinco de la mañana hasta las dos y quince de la tarde trabajamos para abrir el hueco. Solo hasta la una y media pudieron abrir algo del helipuerto. El helicóptero no pudo aterrizar antes, el dolor era muy fuerte, pero uno no siente mucho en el momento. Yo tenía la bota puesta; a mí no me quitaron nada, porque mi fractura fue interna: talón de Aquiles y tarso-metatarso. No me partieron la pierna. Al compañero le fracturó el tobillo.

La mina probablemente estaba muy vieja, enterrada, y el terreno era blando, con mucha hojarasca y capa vegetal. Cuando la mina detona en terreno blando, no detona hacia arriba, sino que se expande de manera general, perdiendo potencia. En terreno duro, el daño es más letal, porque el explosivo proyecta más hacia arriba.

A las dos y media de la tarde el helicóptero logró recogernos. Los camilleros bajaron por medio de camillas, nos colgaron y nos llevaron durante unos cuarenta y cinco minutos hasta el aeropuerto Olaya Herrera. Ahí nos recogieron ambulancias, y ese mismo día me hicieron la cirugía.

En el momento uno no siente nada; da es tristeza. Cuando uno despierta es cuando se ve lo que le falta, pero uno dice: «¡Pues, listo!». La recuperación es muy fuerte porque el dolor es intenso. Yo duré como nueve días con un dolor muy fuerte, no podía ni dormir. Después me pasaron a la clínica y el dolor se calmó. Luego me trasladaron al Batallón Ospina para la recuperación. Duré muy poco en el hospital, nueve días, con siete días de mucho dolor, luego me lo calmaron. A los dos o tres días me pasaron al dispensario del batallón, donde iba a recuperarme. Todos los días nos recogían para llevarnos al Hospital San Vicente de Paúl a hacernos los chequeos, porque creo que en ese tiempo también existía el Hospital Militar.

La recuperación es difícil, sobre todo por una amputación. Primero debe esperar que la herida se selle y sane; luego sigue el proceso de adaptación: el vendaje. El vendaje busca que el muñón no se deforme, que no quede plano ni con forma extraña, sino que adopte una forma cónica para ir adaptándolo al encaje de la prótesis. Esto requiere técnica: cuando se hace la trenza de la venda, queda siempre en «x» hasta llegar a la punta. Después uno pasa a una etapa preparatoria para colocarse una prótesis de prueba, que es muy pesada. Esa es la parte más dura: estar herido, recuperarse y adaptarse a la prótesis.

Yo pienso que el país no necesita solo presencia de las Fuerzas Militares en ciertas zonas. La inversión social debe ir de la mano con el sacrificio de los militares y la policía, porque ellos son los que más se adentran en regiones con ausencia del Estado. Si no hay presencia militar y social, los grupos ilegales llenan el vacío. La gente termina dependiendo de quienes estén allí, como un gatico que busca quién lo críe

si la mamá no está presente. En las zonas de conflicto no hay agua potable, energía, salud, buenas escuelas ni carreteras para sacar los productos, por ejemplo. Sin esos servicios, cultivar ciertas cosas y unirse a grupos ilegales parece más fácil. Por eso la presencia del Estado debe ser integral: fuerza militar y policía, sí, pero acompañada de inversión social: salud, educación, buenas escuelas, centros de salud, carreteras.

Lo digo también por mi experiencia como enfermero de combate y paramédico. Muchas personas no recibían atención médica: alguien tenía dolor o picadura de culebra y no había medicamentos. Uno ayudaba con lo que podía: una ampollita, un antipirético, atención básica. Sin la presencia integral del Estado, por muchos soldados que haya, el problema no se soluciona.

Yo siempre quise estudiar. Cuando era muy joven en el Ejército, me inscribí en la Universidad Militar Nueva Granada y estudié Contaduría Pública a distancia. No fue una experiencia muy completa, pero ya me conocían en la unidad como alguien con algo de preparación, porque había estudiado dos semestres allí. Cada vez que llegaba a un pueblo llevaba un librito; me gustaba la filosofía y otras lecturas que consideraba importantes.

Después de estar herido comencé a estudiar Contaduría Pública en Medellín. Algo que voy a decir que es muy triste: todo lo que estudié lo pagué yo, con mi bolsillo. En ese momento no sé si no hubo oportunidad, no me tenían en cuenta, o no pregunté, o no toqué la puerta correcta, pero a mí nunca me apoyaron. Escuchaba de programas como el de la Fundación Matamoros; una vez le escribí a la fundación y no me dieron respuesta al correo. Esa persona tenía cualidades y era parte de la Fuerza Militar, pero no me respondieron.

Bueno, eso quedó así. Yo dije: «Bueno, no me voy a esperar en que otro me lo dé, yo tengo con qué hacerlo». Entonces comencé estudiando Contaduría Pública en Medellín. Estudié como cuatro semestres, ya luego vi que no era lo mío y me pasé a estudiar Derecho. No hubo sacrificio; parte de lo que yo ganaba lo reinvertía. Estudiaba por la mañana y trabajaba por la tarde como domiciliario. Me rebuscaba de muchas maneras.

Compraba cosas, por ejemplo, tenis de marca. En ese tiempo estaban saliendo las «triple A», copias muy originales. Los compraba a

50 000 pesos y los vendía a 100 000, porque un par costaba normalmente 400 000 o 500 000 pesos. Los revendía a los compañeros, incluso a crédito, ganando el 100 % de lo invertido. Con eso también compraba motos y otras cosas que necesitaba. Así pude pagar mi carrera, con lo que yo me ganaba; me quedaba libre y me rebuscaba mucho. Parecía un turco, vendía de todo, compraba y vendía.

Eso me enseñó que a veces las personas se limitan. Yo dije: aunque uno esté jodido con una pierna que no funciona bien, con un bastón, con dolor, uno puede lograrlo. Hay personas que ven a otros como limitados, pero todo es cuestión de ganas. Todo lo que uno se proponga se puede lograr. Ese fue mi ejercicio de lograr lo que estoy haciendo hoy: una especialización en Derecho Laboral en la Remington. Ahora estoy combinando otro propósito más. Todo depende de querer hacerlo, de tener la determinación.

Con relación al hecho victimizante, enfocado en la madre, el padre, los hermanos y el núcleo familiar, es una situación difícil porque, de todas maneras, especialmente las madres o el núcleo familiar en la parte femenina, las mujeres lo toman de una manera muy diferente. Lo asumen de una manera más personal, más desde el sentimiento. Entonces el choque fue difícil para ellas, porque las mujeres siempre demuestran de una manera más natural o más directa esa preocupación, porque siempre lo ven como algo que hay que superar.

Entonces, por parte de mi madre, digámoslo así, y de mis hermanas, porque tengo hermanas, fue difícil. También para mi cuñada, que en su momento fue quien me apoyó mucho. Fue una situación difícil. Fuera de eso también para las primas y tías que tenía acá en Medellín, porque mi mamá no estaba en ese momento, y mis hermanas estaban en el Magdalena Medio. Yo quedé hospitalizado acá, en la ciudad de Medellín, entonces tenía a mis tías y a mis primas, que eran quienes constantemente me estaban apoyando y visitando. Fue un apoyo bastante sólido por parte de ellas, pero al mismo tiempo difícil porque, al verlo a uno en una situación diferente, es bastante complejo para ellas.

En la parte de los hombres, mis hermanos, porque mi papá no. En ese momento no tuve contacto con él porque no convivió conmigo. Entonces mis hermanos también lo tomaron de una manera más calma-

da. Era más la llamada, el apoyo, el ánimo. Entonces, bueno, uno como soldado está acostumbrado a sufrir, entonces no le pone tanto asunto. Además, uno sabe que esto podía pasar; ya sabe que esto puede suceder y lo ve de una manera muy diferente, más tranquila. Por ese lado no me fue tan difícil, desde la parte familiar masculina.

Me apoyaron en el acompañamiento y en las visitas, que son una motivación muy importante. Como lo manifesté anteriormente, fue mediante el acompañamiento, las visitas y toda esa situación relacionada con la parte familiar, que es muy importante para uno. Entonces, por ese lado, fue un apoyo muy significativo. Además, yo siempre he sido una persona muy tranquila, y aprendí que en cualquier momento, a cualquiera de nosotros, nos podía pasar algo así. Entonces uno ya va mentalmente preparado; la psique ya está preparada para que cualquier cosa pueda pasar. Uno no sabe cuándo, ni el momento, ni la hora, ni el lugar, pero sabe que, así como no puede pasar nada, también puede pasar. La aceptación la tomé de una manera muy tranquila.

Voy a hacer un pequeño contexto: cuando entré al Ejército, en su momento, me matriculé en una universidad que se llama la Universidad Militar Nueva Granada. Inicié estudiando Contaduría Pública de manera a distancia. Yo cargaba un portátil, cargaba un panel solar, cargaba un módem y otros equipos. Pero hay que entender que en esos tiempos la señal era muy difícil en las montañas de Antioquia. Yo estaba por el sur de Bolívar, por la Serranía de San Lucas, entonces era una situación muy complicada por la cobertura; era muy mala. Digamos que yo pagaba, pero era como por estar matriculado, no porque estuviera teniendo un buen rendimiento. No tenía los medios de comunicación ni la señal para poder presentar mis obligaciones académicas.

Bueno, relaciono esto con algo más, porque en su momento, después del accidente, una de las maneras en que pude superar este hecho victimizante fue que siempre mantuve el enfoque en el objetivo de estudiar. Uno esperaría más apoyo. Yo esperé más en su momento, porque era una situación difícil: discapacitado, recién herido y con muchas necesidades, pero a mí el Estado nunca me dio la mano. Mi carrera profesional, lo que estudié, lo pagué de mi bolsillo. A mí el Estado no me regaló nada. Ni el Ministerio de Defensa, ni el Ministe-

rio de Educación, ni ninguna corporación, fundación o universidad se acercó a mí. Yo me acerqué a varias y siempre me pusieron todas las trabas que se pueda imaginar.

Entonces, en su momento, me sentí frustrado, porque uno piensa que, en la situación en que se encuentra, espera y aspira a que digan: «Bueno, este hombre hizo algo por nosotros, algo que millones de colombianos no están haciendo. Él tomó la decisión de hacerlo por nosotros». Y no recibir ese apoyo por parte del Estado, que uno esperaba que lo representara, o de alguna fundación, fue difícil. Por ese lado me sentí triste, porque pagué mis estudios con plata de mis ahorros, con dinero de mi sueldo. Aunque ya uno aprende en la vida que no debe contar con lo que no tiene, yo dije: «Me voy a meter en esta vaca loca y vamos a ver cómo nos va». Gracias a Dios, los objetivos se cumplieron. Ahí vamos. Todo lo que he hecho, mi carrera profesional y mi especialización, ha sido pagado de mi bolsillo. Entonces mire que, digámoslo así, esa frustración hizo que me enfocara más en superar la situación, porque uno siente que está de espaldas al Estado. No ha tenido ese reconocimiento como tal.

Bueno, yo hago parte de unos comités de veteranos acá en Medellín. Uno se llama el Comité Distrital de Veteranos de la ciudad de Medellín, y el otro es la Corporación Departamental de Veteranos de Antioquia. Allí hacemos un trabajo social relacionado con empleabilidad y gestión. Aunque en este momento no soy empleado por ninguno de ellos, sí participo en las mesas de trabajo y en los procesos relacionados con el personal veterano, tanto de la Policía como del Ejército Nacional, la Armada y la Fuerza Aérea.

Es un trabajo social que estamos realizando para que seamos más visibles, para que tengamos un reconocimiento local, departamental, nacional y, si es posible, internacional. Desde esas entidades de las que hago parte se está trabajando, por medio de la Alcaldía de Medellín, la Gobernación y otras instituciones, en temas como educador de calle, control de seguridad, espacio público y otras actividades que se desarrollan con ese fin. También creo que hay compañeros que trabajan con el Bienestar Familiar, y otros con programas de distribución de alimentos, entre otras labores. En este momento yo no hago parte de

la parte laboral porque no he tenido la oportunidad; no me han dado la oportunidad de trabajar con ellos. Hago parte de la parte social, de la gestión, del acompañamiento, de las visitas, de las reuniones y de las convocatorias. Eso sí lo hacemos.

Me gustaría ser parte de esos procesos, o que nos dieran la oportunidad de trabajar, que reconocieran nuestra profesión y nuestro esfuerzo, para que se vinculen más militares y más policías al servicio de la comunidad. Porque cuando uno deja de laborar activamente en la Fuerzas Militares no significa que se acabe el soldado. Uno todavía tiene más de media vida para prestarle un servicio a la sociedad.

Siento que en esa parte nos tienen, digámoslo así, con una barrera, con un muro de contención, porque no nos tienen en cuenta para cosas importantes. Entre nosotros hay muchas cualidades. Hay profesionales muy buenos, tecnólogos, técnicos y personas con mucho fervor, mucha energía y mucho rigor para seguir cumpliendo y prestar un gran servicio social a la comunidad.

Entonces, ¿cuál es la propuesta que siempre hemos planteado? ¿Por qué no nos tienen en cuenta? La Gobernación, el departamento, el municipio, las fundaciones: «Se necesitan tantas personas, se necesita un profesional, se necesita un especialista en esto o en aquello». Aquí hay gente para todo. Entre nosotros hay muchas personas buenas, preparadas y con ganas de servir y de seguir trabajando, pero en este momento no tenemos esa oportunidad.

Sandra Muñoz Echavarría

Hermana del soldado profesional Aleiser de Jesús Muñoz Echavarría

Mi nombre es Sandra Patricia Muñoz Echavarría, soy hermana de Aleiser de Jesús Muñoz Echavarría, miembro de la Fuerza Pública de Colombia, perteneciente al Batallón Alfonso Manosalva Flores, desaparecido desde el año 2003. Nosotros venimos de un municipio llamado Cocorná, en el oriente antioqueño. Somos seis hermanos. Mi padre y mi madre eran campesinos; tuvimos una infancia muy bonita, muy alegre. Eran excelentes padres. Mi hermano y yo éramos los niños de la casa, cómplices y compinches en muchas aventuras. Mi hermano era... todo para mí. Todos mis hermanos son importantes y a todos los quiero, pero en especial a Ales, porque nos criamos juntos y compartimos muchas cosas. Fue una infancia definitivamente hermosa.

Mi hermano llega al Ejército porque necesitaba su libreta militar para poder adquirir un empleo, que es un requisito esencial. Nosotros vivíamos en una vereda llamada Pailania, donde había un grupo ilegal, entonces, a ellos, había que pedirles permiso para poder pertenecer al Ejército. Le cedieron el permiso, y él decidió prestar servicio, pero la condición era que no se podía quedar como soldado profesional, solo como soldado regular para obtener la libreta militar. Pero él decidió quedarse; no regresó, sino que decidió seguir en el Ejército.

Ese fue uno de los hechos que provocaron que nos desplazaran del municipio de Cocorná. Tuvimos que venir a Medellín a iniciar de cero. A mi papá le dieron veinticuatro horas para ocuparse de la finca, así que fue muy rápido: hicimos las maletas con lo que pudiéramos empacar y arrancamos para la ciudad. Llegamos al barrio Villatina; allí vivía la esposa de mi hermano mayor, quien amablemente nos consiguió un apartamento improvisado. Con los días vimos que el ambiente del barrio no

era apropiado para mi padre, acostumbrado al campo y al trabajo diario, y empezó a enfermarse. Decidimos buscar un municipio donde pudiera tener más libertad de asistir a misa, estar en el parque y compartir con sus amigos. Así llegamos a Copacabana, donde nos radicamos.

Sobre los días antes a la desaparición, pues, mi hermano trabajaba en el Batallón Alfonso Manosalva Flores, en el Chocó. Le dieron ocho días de permiso y él llegó a casa muy contento. Me manifestaba que no estaba muy cómodo en la zona porque era peligrosa, y estaba aburrido, no quería estar allá. Entonces, llegó muy feliz porque estaba en la casa y trajo regalos de cosas que le daban en el Ejército, que compartió con nosotros. Pero días antes lo noté un poco ansioso, extraño. Le pregunté qué le sucedía y me dijo: «No sé, me siento extraño», pero no me explicó la razón. Ese día compartimos mucho y hablamos de muchas cosas. Me manifestaba que el clima era un tanto pesado para ellos, que no estaba acostumbrado, que no se había podido acostumbrar, que era muy difícil, que de verdad estaba pasando por una situación complicada y que quería que le dieran como el traslado hacia otro batallón.

Bueno, la última vez que vimos a mi hermano fue el 8 de noviembre del 2003. Él sale en la mañana y nos dice que regresa al día siguiente, pero desafortunadamente ese día no llega. En vista de que él no llegaba, no aparecía, no hacía llamadas para informarle a mi madre que él estaba bien, decidimos contactar a los amigos con los que él había salido, que teníamos conocimiento de que él estaba con ellos. Dos de ellos sí estaban en sus casas; mi hermano y otro soldado, Echeverri, no estaban.

Entonces dejamos que pasaran como dos o tres días, y ya en vista de que no llamaban y no había indicios de ellos, o sea, de que él no llamaba ni llamaba a mi mamá, que siempre lo hacía... De hecho, él siempre salía y llamaba a mi madre y le decía: «Estoy en tal y tal parte. Estoy bien, no te preocupes». Así que ya empezamos a preocuparnos porque ya no era normal que él llevara tantos días por fuera y no nos llamara.

Decidí ir a poner el denuncia al CTI, al Gaula. Allí nos hacen como unos panfletos con el nombre, con la foto, cómo iba vestido, el color de su piel, de su cabello, todo eso. Salimos a ponerlos, pues inicialmente en Copacabana, que es el municipio donde vivimos, y luego hicimos el recorrido por la ciudad de Medellín. También hicimos publicidad por

el noticiero de Teleantioquia, pero no obtuvimos respuesta alguna. O sea, sí, pero no las que queríamos, porque la gente es un tanto necia y llama a decir cosas que no debe.

Recuerdo muy bien que él nos dijo que iba a ir de compras con los amigos, o sea, que iban para centros comerciales a comprar ropa, tenis, cosas esenciales para ellos. Recuerdo que uno de ellos me dijo que, después de hacer las compras, se fueron a tomar una cerveza al municipio de Bello, que ahí estuvieron un rato y que luego ellos se fueron. Ahí él quedó con el otro compañero, con el soldado Echeverri, pues ya el resto no se dio cuenta de nada.

Bueno, barreras a la hora de poner las denuncias no, porque de hecho nos atendieron, nos tomaron la denuncia y todo. Pero sí llevamos veintidós años en su búsqueda, y este es el momento que no hay respuestas. De hecho, hasta hace poco, apenas me contactaron de la Fiscalía de Bogotá para decirme que hay indicios de dónde podría estar, pero no es muy concreta la información que me dieron. Entonces estamos ahí como detenidos, que no es muy concreto, o sea, no es muy claro lo que hay. Estamos como al inicio.

El Ejército, inicialmente, mi mamá sí recibió ayuda psicológica; de hecho, estuvo en varias sesiones, pero tampoco sentí el apoyo que debimos tener como familia. Por el hecho de ser miembro de la Fuerza Pública y pertenecer a esta entidad, creo que se quedaron cortos a la hora de buscarlo, de hacer su búsqueda como tal. De hecho, en estos veintidós años, nosotros como familia hemos hecho la búsqueda, nadie más la ha hecho porque, como te digo, la Fiscalía ha hecho su trabajo, pero son veintidós años que han pasado. Entiendo que hay otros casos, muchos casos, infinidad de casos, porque no solamente es el nuestro, pero sí creo que estamos fallando en esa parte. De verdad que sí.

La Fiscalía me llama y me dice que hay una persona que declaró y que dice saber dónde está mi hermano; «dice saber», porque pues, no da el sitio exacto, sino que da información de ciertos sitios, de diferentes sitios. Así que hay que hacer un recorrido bastante extenuante para poder dar con el lugar exacto, porque él dice que no recuerda exactamente dónde está. Entonces, estamos como al inicio, te digo: es una información muy, muy, muy corta para lo que queremos y deseamos.

Además, la desaparición de mi hermano Ales no solo nos arrebató un hermano, sino un hijo, un amigo; esto cambió nuestras vidas drásticamente. La incertidumbre diaria es una herida que sigue abierta, es una herida que no voy a cerrar jamás. La ausencia en la mesa y esta constante pregunta de dónde estará es una realidad que nos acompaña hace más de veinte años y que, definitivamente, no se va a poder superar jamás. Mi hermano dejó su alegría, su amor incondicional hacia su familia. Ese recuerdo sí lo quiero dejar para siempre.

Espero que haya reconocimiento, verdad, justicia y que mi dolor no se quede en el olvido y que no sea minimizado, que la sociedad sea más empática con todas las víctimas del conflicto armado, porque esto nosotros no lo pedimos, esto nos llegó por circunstancias de la vida. El país necesita, yo siempre voy a insistir, la empatía. Es esencial en este tema de víctimas, o sea, es que el conflicto armado es un tema tan extenso que debemos ser más empáticos a la hora de socializar con víctimas del conflicto armado, porque, vuelvo y te repito: esto no lo busca uno, esto nos llega, y esto cambia vidas, cambia proyectos, cambia muchísimas cosas. Entonces, la empatía, ante todo.

Bueno, la desaparición de mi hermano afectó profundamente a toda nuestra familia. Para mi mamá fue un golpe muy duro; el dolor y la incertidumbre le generaron muchísimo estrés y, con el tiempo, ella desarrolló cáncer. Fue una situación muy difícil para todos. Mi padre también sufrió mucho por la desaparición de su hijo. Lamentablemente, mis dos padres fallecieron con ese dolor en el corazón, esperando saber qué había pasado con su hijo y con la esperanza de volverlo a ver. Mi hermano era un hombre soltero, no tenía hijos, y en su momento pues no teníamos conocimiento de si tenía pareja o no. A partir de ese momento las dinámicas familiares cambiaron mucho: la tristeza, la angustia y la incertidumbre marcaron nuestras vidas. En este proceso no conté mucho con el apoyo de mis hermanos, y en gran parte he sido yo quien ha asumido la búsqueda de mi hermano y quien ha tratado de mantener viva la esperanza de encontrarlo o, al menos, de saber la verdad sobre lo que ocurrió. Ha sido un camino muy duro, pero lo he afrontado con fortaleza, por amor a mi hermano y por la necesidad de saber la verdad. Esa ha sido mi motivación para seguir adelante.

Pienso que el principal factor para poder sobrellevar y tratar de superar un hecho tan doloroso como la desaparición de un ser querido es la fortaleza interior y la esperanza. En mi caso, la desaparición de mi hermano ha sido una herida muy grande y un proceso muy difícil. A pesar del dolor y la incertidumbre, he tratado de mantenerme fuerte y continuar con su búsqueda, porque el amor por mi hermano y la necesidad de conocer la verdad me dan fuerzas para seguir adelante. También considero que el reconocimiento, la verdad y la justicia son muy importantes, para que las víctimas podamos sanar un poco y sentir que no estamos solas en este proceso.

En beneficio de la comunidad trato de aportar desde mi experiencia, especialmente en temas relacionados con la memoria y la búsqueda de personas desaparecidas. He participado en espacios y actividades que buscan visibilizar la situación de los desaparecidos y el dolor que viven muchas familias colombianas. También procuro apoyar y acompañar, desde mi experiencia, a otras personas que han pasado por situaciones similares, promoviendo la reflexión y la memoria para que estos hechos no se olviden. Mi intención es contribuir a que haya más conciencia en la comunidad y que se siga buscando la verdad y la justicia para las personas que aún están desaparecidas.

Wilmar Alveiro Pulgarín Hernández

*Soldado profesional (pensionado) y deportista de alto rendimiento
(tiro paradeportivo)*

Hola, mi nombre es Wilmar Alveiro Pulgarín Hernández, oriundo de Turbo, Antioquia. Bueno, nosotros en Turbo vivíamos en una vereda, El 33, parte adentro, y teníamos conformado, pues, por papá, mamá y tres hermanos. Vivíamos en una finca. En el 97 nos tocó salir desplazados por la violencia. Ya en el 97, como en abril, nos tocó venirnos para acá, para Medellín. En ese momento, del 97 al 99, ingresé al Ejército.

Llegamos a Carpinelo, que queda en Santo Domingo parte alta. Uno queda perdido, prácticamente, porque no conocíamos una ciudad tan grande. Llegamos todos despistados, llegamos de arrimados donde unos familiares de mamá. Ahí estuvimos un tiempo. Yo tenía en ese entonces diecisiete años. Ya cada uno, pues, cogió un rumbo. Yo me fui para otro pueblo, para San Luis, por allá con familiares de mamá que tenían fincas, cogiendo café. Estuve un tiempo por allá, por San Antonio de Pereira, y ya después, finalizando el 99, tomé la determinación de irme para el Ejército a prestar servicio militar.

Bueno, presté todo mi servicio, que fueron como doce meses y medio, creo que fue. En ese transcurso se acabaron los soldados voluntarios para seguir trabajando en la fuerza. Desde que ingresé, a mí me gustó el Ejército, me pareció agradable y una forma buena, muy bonito el Ejército. Entonces decidí que me iba a quedar. Empecé todo el proceso de los exámenes y todo eso para ingresar. Quedé apto e ingresé como soldado profesional en el 2001 en el Batallón Pedro Nel Ospina, que queda en Bello, después de todo mi proceso de entrenamiento.

En ese entonces, en el 2002, crearon unos grupos antiexplosivos. En ese tiempo me especialicé como guía canino. Estuve ahí desde el 2001 hasta el 2010, que fue cuando, en una operación por Tarazá,

despejando una torre, tuve un accidente. Una mina me amputó la pierna izquierda por debajo de la rodilla. Me sacaron de allá y me hicieron todo el tratamiento y la cirugía.

Estuve ocho días hospitalizado. Después me fueron a escoger para el Batallón de Sanidad: o te quedas o te vas para la casa. Dije: «No, pues, yo me voy para la casa». Ya desde la casa iba al Batallón de Sanidad todos los días a hacer las terapias. En ese proceso de las terapias hubo varias actividades, como equinoterapia, montar a caballo por ahí en El Poblado; una cosa de natación que queda en el estadio; un programa con el Inder... Después de esa natación ingresé a tiro paradesportivo.

Estuve... Ah, no, pero es que me falta un tiempo. También hice un curso de mantenimiento de maquinaria pesada. Cuando yo empecé, arranqué a hacer un curso de mantenimiento de maquinaria pesada. Eso lo hicimos en... se me fue el nombre. Ese que era en el Batallón de Ingenieros de Mantenimiento. Queda en Melgar. Allá queda el batallón de mantenimiento. Yo hice un curso allá de seis meses de mantenimiento. Estuve en transportes un tiempo. Operé transporte, pues necesitaban personal, entonces me sacaron de ahí. Ya me pusieron a operar normal. Ahí fue donde ingresé a lo del equipo EXDE.

En el equipo EXDE la experiencia ya no fue tan buena, porque varios compañeros perdieron la vida, porque igual era un trabajo muy riesgoso. O sea, por ejemplo, si había un área minada, entonces nosotros ingresábamos primero con los perros, después con gancho. Hacíamos diferentes labores para despejar la zona de minas. Entonces, en ese proceso, murieron muchos compañeros míos. Fue durito. Ese trabajo es muy riesgoso. Yo estuve ahí, sí, desde el 2002 o 2003, no me acuerdo muy bien, pero estuve hasta el 2010, que fue cuando me pasó el accidente. Bueno, después de eso fui detectorista, fui guía canino. Finalicé como guía canino, que era lo último que estaba haciendo.

Ah, bueno. El accidente fue el 10 de abril del 2010, en Tarazá, Antioquia. Íbamos a despejar una torre. En mi proceso yo era guía canino, pero como estaba el monte muy alto, entonces el perro en un monte tan alto no trabaja. Tomamos la determinación de abrir unas brechas y las abrimos con tubos Bangalore. En ese entonces tirábamos una brecha y uno después se metía a verificar. Abrimos una brecha, yo me

metí a verificar; pasé normal, y cuando venía de regreso saqué un poquito el pie de la senda, y ahí mismo pisé la mina y caí.

A la hora me sacaron helicoportado para Medellín. Me llevaron al Hospital Militar, al León XIII. Ahí me hicieron todo mi tratamiento y la amputación, porque a uno lo terminan amputando igual. No me amputó el pie completo, sino solamente el tobillo. Ya me hicieron una amputación por arriba, debajo de la rodilla.

Después me mandaron para la casa. En ese proceso, como lo estaba diciendo antes, me mandaron a hacer las terapias para después darme la prótesis. Estuve como seis meses haciendo terapia antes de que me dieran la prótesis. En ese proceso estuve en natación, equinoterapia. Me ofrecieron muchas cosas, pero solo hice eso.

Ah, bueno. En ese proceso de conocer deportes, cuando estaba en natación y todo eso, por medio de un primero, Torres, él me invitó a participar en tiro porque había un torneo en Barranquilla. Yo no conocía el deporte y él me dijo: «¿Quiere ir?». Y yo dije: «Pues yo voy». No conocía, pero dije: «Ah, bueno, hágale, yo voy». Entonces fui a participar por las Fuerzas Armadas. Como participaron las Fuerzas Armadas yo fui al torneo. Ese primer torneo, como no conocía las armas, pues a mí me gustó el deporte. Dije: «Ay, tan bacano este deporte». Nosotros fuimos con Antioquia; Selección Antioquia nos llevó de aquí a Barranquilla.

Entonces, la sede de Fuerzas Armadas quedaba en Bogotá. Como nosotros no teníamos armas para practicar, yo le dije al entrenador Uriel que cuando necesitara gente acá en Antioquia me dijera. Él me dijo: «Por el momento no necesitamos, pero cuando necesite lo llamo». Al año siguiente me llamó, y ya empecé el entrenamiento con Selección Antioquia. Empecé en el 2013 el tiro, pues, ya con Antioquia, y hasta el momento aquí llevo varios años. He sido campeón nacional de tiro paradesportivo. Actualmente también soy campeón. En un campeonato que estuvimos ahorita, del 7 al 13, también fui campeón nacional.

Uno al principio arranca muy carismado, porque uno ya se fue. Inclusive, en el momento uno dice que haber perdido un miembro inferior es duro, pero de igual manera el problema es seguir para adelante. Uno no se puede quedar ahí pensando en mil cosas. Lo único que he hecho ha sido deporte. Igual yo quedé pensionado por la Fuerza, en-

tonces lo único que he hecho en este momento ha sido deporte. Ya en temas de reparación... Pues yo creo que la paz, que haya una paz total para todo el mundo y uno mismo tener la capacidad de repararse a uno mismo, porque tampoco se puede quedar uno con el rencor por algo que le pasó. O sea, toca superarlo y seguir para adelante.

La repercusión familiar, a ver... Yo creo pues que el hecho para todos fue muy difícil, de verme en esas condiciones, de haber perdido una parte de mí. Claro que la más afectada fue mi madre, que aún en este momento todavía me ve y aún por ahí se le vienen las lágrimas; le da tristeza aún verme así de esa manera. Mis hermanos sí son más fuertes, aunque por el principio también fue duro para todos, pero sí lo tomaron pues como de una buena manera, apoyándome emocionalmente, dándome ese ánimo. La compañera que aún tenía en ese tiempo, pues, ella fue un gran apoyo emocional, también porque me apoyó en todo, dándome moral y tratándome siempre bien. Me sentí pues, al principio, muy duro, tanto para uno como para la familia verse en esas condiciones, pero fueron un gran apoyo. De igual manera, uno siempre sentía que la familia está en ese momento para uno. Es un gran apoyo para uno seguir la recuperación.

Empecé pues con las terapias de recuperación para adaptarme a la prótesis. De allá salí y empecé en unos programas de natación, equitación y creo que eso me ayudó mucho, al menos la natación. En la natación duré muchos años, como siete años nadando. De ahí conocí el tiro paradesportivo y empecé a practicar. Actualmente, en este tiempo, llevo ya trece años en el deporte. Soy selección Antioquia, y eso fue como una gran ayuda para superarme, porque al principio yo era muy, no sé, me daba como pena que me vieran con la prótesis, no me ponía mochos, no me ponía nada. Entonces, la natación y el tiro, eso ayudaba mucho a superar como esas cosas que a uno le quedan, que uno no se quiere como era así. Entonces uno se va superando, porque ya hay más compañeros, uno se va soltando; y eso creo que fue una parte muy importante para mi recuperación. Ahora me veo ya normalmente, ya salgo con mochos, salgo normalito, no me da ninguna cosa que alguien me vea. Eso me ayudó mucho: el deporte.

Las labores que realizo... pues en estos momentos solo me he dedicado, desde que salí, pues me he dedicado solo al deporte. Soy deportista, selección Antioquia, tiro paradesportivo, llevo trece años dedicado al deporte, multimedallista. Solo me he dedicado, pues, como al deporte, que ha sido como mi gran pasión. En estos momentos vivo dedicado al deporte.

2

El conflicto armado interno en Antioquia a la luz del Derecho Internacional Humanitario

El conflicto armado interno en Antioquia a la luz del Derecho Internacional Humanitario

Juan Pablo López Agudelo
Darío Enrique Cortés Castillo¹
Andrés Felipe Soto Gaviria²

Resumen

En Colombia, el extenso conflicto armado interno, que por más de cincuenta años (1964–2016) ha sumido al país en una espiral de violencia y que en su dinámica se proyectó hasta los más remotos rincones del país, encontró en el departamento de Antioquia y sus áreas aledañas un particular territorio que se constituyó en objetivo determinante para las aspiraciones de toma del poder de los guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), quienes a partir del año de 1971, inspirados en la tesis de guerra prolongada y guiados por el plan estratégico con la conformación del destacamento guerrillero en Urabá, iniciaron la implantación y posterior expansión guerrillera.

Elevada la confrontación entre las guerrillas y el Estado, en la que la población inerte se vio afectada por violaciones a sus derechos fundamentales, condujo a la necesaria adopción de mecanismos que regularan y humanizaran el conflicto; situación que llevó al presidente Ernesto Samper Pizano a que, en el año de 1994, el país adhiriera el Protocolo II de los Convenios de Ginebra. Con la decisión, las partes enfrentadas se obligaron a respetar las normas del Derecho Internacional Humanitario (DIH).

¹ Miembro del Departamento Jurídico Integral del Comando del Ejército Nacional, y coordinador del Grupo Regional de Memoria Histórica de la Dirección de Apoyo a la Transición para la Séptima División.

² Miembro del Departamento Jurídico Integral del Comando del Ejército Nacional, y profesional del Grupo Regional de Memoria Histórica de la Dirección de Apoyo a la Transición para la Séptima División.

Sin embargo, las aspiraciones por la toma del poder por parte de los integrantes de las FARC los condujo a la financiación de su proyecto con el narcotráfico y a la adopción de tácticas y métodos que, contrario a respetar los principios del DIH, no tuvieron reparo en conculcarlos. En consecuencia, de manera sistemática se adoptaron prácticas como la toma de rehenes, la desaparición y el desplazamiento forzado, el uso de medios y métodos ilícitos y el homicidio en persona protegida de militares integrantes del Ejército Nacional. De ahí que, fundamentados en la Ley 1448 de 2011 y la Ley 2421 de 2024 que los considera como víctimas del conflicto armado interno, se vuelva imperante visibilizar y dignificar su sacrificio y el de sus familias.

Introducción

Para una adecuada comprensión de la evolución del conflicto armado interno y, en particular, de las FARC sobre un territorio como el departamento de Antioquia, en el que se registraron graves infracciones a las normas del Derecho Internacional Humanitario (en adelante DIH) contra militares del Ejército Nacional, se hace necesario remontarse a la génesis de la creación de la organización ilegal, alzada en armas en 1964, y su interés estratégico de establecer las estructuras armadas en el departamento. De ahí que cobre importancia destacar que las FARC, autodenominadas como una organización político-militar bajo los lineamientos del marxismo-leninismo, se rigen a partir de las conclusiones de las conferencias guerrilleras de las que emanan las directrices, los planes y las tareas.

Por ello, para el caso del departamento de Antioquia, el interés por hacer presencia y ocupar la región se materializa a partir de la Cuarta Conferencia Guerrillera de 1971 (Rebelión, 2016). Evento en el que se ordena la creación de un destacamento guerrillero con área de injerencia en la subregión de Urabá y que, en respuesta al plan estratégico, se constituyó en el embrión desde el que se proyectó la expansión guerrillera para alcanzar el control territorial, social y político que los condujo a cometer graves infracciones al Derecho internacional Humanitario.

Por lo expuesto, el presente capítulo aborda el plan estratégico de Guerra Prolongada de las FARC-EP y su aplicación en el departa-

mento de Antioquia, destacando como variables dentro de las diversas etapas de la guerra: la correlación de fuerzas, la conducción de la guerra y el acondicionamiento de los métodos y medios a las características geoestratégicas, militares y poblacionales de la región. Seguidamente, a partir de este contexto y las normas del Derecho Internacional Humanitario para los conflictos armados no internacionales, se detallaran las acciones que determinan graves infracciones al DIH en circunstancias de Conflicto Armado No Internacional (en adelante CANI) y, a partir de ellas, junto con denuncias, análisis especializados, directrices emanadas por la organización ilegal alzada en armas, declaraciones de militares víctimas y sus familias, resolver la siguiente pregunta orientadora: ¿cómo en el departamento de Antioquia en las dinámicas del conflicto armado interno, las estructuras de las FARC produjeron graves afectaciones al Derecho Internacional Humanitario contra militares integrantes del Ejército Nacional?

Evolución del conflicto armado en Antioquia

Etapas acumulación (Guerra de guerrillas) 1960–1982

Tomando como referente las tesis de guerra prolongada y de insurrección general como modelo adoptado por las FARC, en esencia busca conducir las acciones político-armadas del campo a la ciudad y, para su cometido, contempla a manera de guía del proceso el desarrollo de las etapas de acumulación, equilibrio, ofensiva general y toma del poder (Aguilera, 2012). Se puede establecer que en el departamento de Antioquia la etapa de acumulación se dio a partir del año de 1971, fecha en la que la Cuarta Conferencia Guerrillera consideró, como forma principal de lucha, la guerra de guerrillas. Además, estructuró el plan militar que ordenó el crecimiento de la organización a través del desdoblamiento de los frentes existentes y la creación de nuevas columnas que, guiadas por el lineamiento táctico de guerra de guerrillas móviles, despliegan las acciones contra los pilares que soportan el sistema de gobierno (economía, transporte, comunicaciones y fuerzas armadas), etapa que se extendió hasta el año de 1990 (Ejército Nacional y Fiscalía General de la Nación, 2018).

En consecuencia y en respuesta al interés por el dominio de la subregión del Urabá antioqueño, el trabajo de expansión se efectuó a partir de la columna móvil dirigida por Alberto Martínez, quien desde el año de 1971 al mando de cinco guerrilleros desde el municipio de San José de Apartadó se enquistó en la zona. Posteriormente, al finalizar la Quinta Conferencia en 1974, en la que se constituyeron los frentes guerrilleros, esta estructura la denominarían Frente Quinto, con área base en el piedemonte de la serranía de Abibe, lugar desde el que podría irradiar su accionar hacia el norte y sur de la región (Verdad Abierta, 2012).

Desde esta perspectiva, la recién creada estructura que adelantaba actividades de financiación extorsionando ganaderos y comerciantes en la vereda el Limón del municipio de Mutatá (Antioquia), en el transcurso del año de 1977 al ser detectada y enfrentar a las tropas del Ejército Nacional, sufrió la baja de Alberto Martínez, su cabecilla, situación que produjo que durante el desarrollo de la Sexta Conferencia en 1978 se ordenara la asignación de Noel Mata Mata o también conocido como Efraín Guzmán, Nariño o el Chucho, como nuevo cabecilla del frente guerrillero (Márquez, 2004).

Con la llegada en 1978 de Efraín Guzmán, el Quinto frente inició la consecución de armas y el desarrollo de las tareas de adoctrinamiento, reclutamiento y fortalecimiento de las finanzas. Lo anterior permitió que en pocos años, con un número de 400 hombres en armas, cumpliera la tarea de desdoblar la estructura, ocasionando que en 1981 se creara el Frente 18 dirigido por Alfredo Alarcón Machado, alias Román Ruiz, con área de responsabilidad en la zona del norte de Antioquia y Bajo Cauca. Acto seguido, en 1984 se crea la columna Alberto Martínez, que dio paso en el año de 1987 al Frente 34 (Ejército Nacional y Fiscalía General de la Nación, 2018), asignando a Luis Óscar Úsuga Restrepo, alias Isaías Trujillo, la dirección de 130 hombres en armas (Márquez, 2004).

Desde otro sector de la geografía del departamento, el Frente 4, con área de injerencia en el Magdalena Medio en cumplimiento de las directrices de la Cuarta Conferencia de 1974, se desdobla conformando el Frente 9, con área de responsabilidad el oriente antioqueño. Posteriormente, del mismo Frente 4 se crea el Frente 36, el que, bajo

las directrices de Héctor Alfonso Villalobos Velásquez, alias Arnulfo o Tres Pelos, desarrolló sus acciones en el nordeste antioqueño.

De manera paralela a la expansión de los frentes guerrilleros y en respuesta a la tesis de guerra prolongada de llevar la guerra del campo a la ciudad con el fin de propiciar las condiciones para el estallido insurreccional, a partir de la Sexta Conferencia Guerrillera de 1978 se abordó el tema y la necesidad de crear un frente urbano como apoyo fundamental para el trabajo político e ideológico de los frentes guerrilleros. Posteriormente, de acuerdo a lo ordenado por la Séptima Conferencia de 1982, el proyecto se concretó con la creación de las estructuras urbanas. Desde estas directrices, a partir del año de 1982 en el barrio Santo Domingo Sabio se dieron los primeros indicios de la llegada de integrantes de las FARC a la ciudad (CNMH, 2017).

Además de lo expuesto, con el fin de articular lo urbano, el pleno ampliado del Estado Mayor Central de 1983 que plasmó las líneas generales del plan de trabajo urbano dio origen a la Red Militar Urbana que, subordinada al Comando Nacional Urbano, proyectó la creación de los Comandos Urbanos de cada ciudad (Patiño, 2021). En este sentido, para la conformación de la red urbana de Medellín se ordenó que cada frente del Bloque Noroccidental o Bloque José María Córdoba asignara un grupo de guerrilleros (Fiscalía, General, 2015) que conformaron dos estructuras diferenciadas: la Red Urbana Jacobo Arenas y el Frente Urbano Jacobo Arenas (FURJA), estructuras que paulatinamente fueron incidiendo en el área metropolitana y las diversas comunas de la ciudad.

En consecuencia, bajo las órdenes de Luis Alberto Morantes Jaimes, conocido como Jacobo Arenas e integrante del Secretariado de las FARC, en el año de 1985 se destacó a Jesús Mario Arenas Rojas, alias Marcos Urbano, para conformar el Frente Urbano en la ciudad de Medellín. Luego, durante la Octava Conferencia de 1993, con la muerte de Jacobo Arenas en 1990 el Frente Urbano acogió su nombre y se le asignó como área de injerencia la periferia de la ciudad y, en especial, los barrios El Pinar, La Cruz, Santo Domingo, Carambola, Veinte de Julio, Independencia y la Comuna 13.

Continuando con el modelo de guerra prolongada, para el año de 1982, año en que las FARC efectuó la Séptima Conferencia Guerri-

llera, las circunstancias político-militares, según ellos, estaban dadas para avanzar a la «fase de equilibrio de fuerzas». Por lo tanto, las FARC orientó su estrategia al reconocimiento como fuerza beligerante, aspiración que los debía llevar a cumplir con las condiciones para su reconocimiento: la existencia de un conflicto armado al interior del país en donde se dan operaciones concertadas y sostenidas, el dominio efectivo y real de un espacio considerable del territorio ejerciendo funciones de Estado, la conformación de una organización político-militar con carácter permanente, jerarquizada, con mando unificado, regida por normas y estatutos y, finalmente, que respete las normas del Derecho Internacional Humanitario (FARC-EP, s.f.).

Lo expuesto llevó a emitir el Plan Estratégico para la Toma del Poder, estableciendo que este se podía lograr en el lapso de 1990 a 1998 (ocho años) (Cárdenas, 2022) y en el que se consideró, para su cometido, la transformación de las FARC en el Ejército del Pueblo, de ahí que, a partir de la fecha, su denominación sea FARC-EP. Igualmente, en el evento de dirección se adoptó el concepto de nueva forma de operar, en la cual se concreta el salto a la guerra de movimiento como forma principal de lucha armada, sin dejar de lado la guerra de guerrillas. Además, la organización observó que métodos de financiación como la extorsión y el secuestro se podían complementar con las actividades procedentes de la explotación de cultivos de uso ilícito, determinación que les permitiría lograr sus aspiraciones estratégicas (Aguilera, 2012).

Siendo así, difundidos los objetivos para las estructuras presentes en el departamento de Antioquia, la estrategia de expansión continuó: de los frentes guerrilleros existentes, el Frente 34 dio origen al Frente 57, al que en 1993 al mando de Hernando López, alias Mario Vélez, y Rodolfo Ruiz, alias Víctor Tirado, le asignaron la región del Urabá chocoano, especialmente las zonas del Darién y el Bajo Atrato. Del Frente 5 se conformó el Frente 58, con área de injerencia en el eje bananero (Márquez, 2004), asignando la responsabilidad a alias Israel. Posteriormente, se configura el Frente 47, al que bajo la dirección de Pedro Antonio Camacho, alias Rodrigo Gaitán, se asigna como área de injerencia el suroeste antioqueño en límites con los departamentos de Caldas, Risaralda y Chocó.

Desde esta perspectiva, la dinámica del conflicto tomó otras dimensiones que, contrario a humanizarlo, llevó a los integrantes de la organización a cometer todo tipo de atropellos y crímenes que de manera grave vulneraron las normas del Derecho Internacional Humanitario.

Años después, en desarrollo de la Octava Conferencia Guerrillera de 1993 se replanteó el plan estratégico, denominándolo Campaña Bolivariana por la Nueva Colombia, en la que se ordenó la conformación de los Bloques de Frente y los Comandos Conjuntos correspondientes a los departamentos de Antioquia, Córdoba y Chocó. Así, al Bloque José María Córdoba (Ejército y Fiscalía General, 2018) le asignaron como objetivo principal concretar las condiciones políticas y militares para establecer «dominio y control sobre la zona metropolitana de Medellín», a la vez que desarrollar el control político y militar sobre Urabá (FARC-EP, 1993, p. 101).

Además, el plan estratégico contempló que para el departamento de Antioquia se deben adoptar las medidas político-militares para «controlar y bloquear las vías» que comunican: «Medellín con Turbo, toma hacia el golfo de Urabá, continuando por la Medellín–Quibdó, Medellín Tarazá Montería, Medellín La Dorada, Medellín Manizales Pereira, Medellín Bogotá, Turbo Montería, Vía Férrea y Cauca» (FARC-EP, 1993, pp. 64-78). Bajo estas directrices para la conducción del Bloque, se responsabilizó a Noel Mata Mata, alias Efraín Guzmán o Nariño y, los demás frentes quedaron bajo la orientación de Luis Carlos Úsuga Higueta, alias Jacobo Arango, quien desde 1990 asumió la responsabilidad del Frente 5; Isaías Trujillo, Frente 34; Arnulfo o tres pelos, Frente 36; Víctor Tirado, Frente 57; y Román Ruiz, Frente 18.

En cumplimiento de las directrices emanadas de la Octava Conferencia Guerrillera, en el departamento de Antioquia las estructuras pertenecientes al Bloque José María Córdoba y Magdalena Medio, establecieron la nueva forma de operar, adoptando la modalidad de interferentes, con los que se buscó desplazar de un lugar a otro del departamento unidades de varios frentes para concentrarlos sobre objetivos aislados que habían sido debidamente seleccionados y, constataando el desbalance táctico, propinar un golpe de aniquilamiento en el que, de llegarse a presentar sobrevivientes, estos pasaran a engrosar

las filas de rehenes tomados para el «canje humanitario» (Amnistía Internacional, 2009), lo que les daría créditos políticos al demostrar que respetaban el DIH (Aguilar, 2012).

Además, con el fin de establecer el control territorial, social y político, los frentes guerrilleros del Bloque Noroccidental ajustaron sus procedimientos adoptando prácticas delictivas contra militares integrantes del Ejército Nacional, conocidas en el argot popular como el «plan pistola», la «pesca milagrosa», el «tiro de gracia», la desaparición, las «trampas fantasma», las «minas quiebrapatas», los tatucos y cilindros y las retenciones. A la luz del DIH, se constituyen en graves infracciones y, de acuerdo con el Estatuto de Roma, en crímenes de guerra.

El Derecho Internacional Humanitario en el CANI

El conflicto armado en Antioquia se caracterizó por ser uno de los escenarios más intensos del país. En el departamento hicieron presencia tanto unidades de los grupos subversivos como de los grupos paramilitares, los cuales fueron autores de múltiples infracciones al DIH, tanto en ataques contra la población civil como contra la Fuerza Pública. Esta dinámica se vio intensificada por la importancia estratégica del departamento, cuya geografía, corredores viales y economías legales e ilegales lo convirtieron en un escenario prioritario de disputa armada. Como consecuencia, amplios sectores de la población quedaron expuestos a dinámicas de violencia prolongada que transformaron profundamente el tejido social del departamento.

Ahora bien: ¿qué se entiende por DIH? El DIH es «un conjunto de normas que, por razones humanitarias, trata de limitar los efectos de los conflictos armados» (CICR, 2022). Su objetivo es proteger a aquellos que no participan o que han dejado de participar directa o activamente en las hostilidades, e impone límites a la elección de medios y métodos de hacer la guerra. En este campo, se puede diferenciar entre DIH convencional y DIH consuetudinario: el primero se basa en los cuatro Convenios de Ginebra de 1949 (y sus protocolos adicionales), los cuales son convenciones escritas en las que los Estados establecen formalmente determinadas normas; mientras que el segundo está conformado por normas que proceden de «una práctica

generalmente aceptada como derecho» y existe independientemente del derecho convencional (CICR, 2025).

Cabe indicar que en Colombia prima el DIH convencional. La adopción del DIH por Colombia comienza con la adhesión a los Convenios de Ginebra el 26 de agosto de 1960 (Ministerio de Relaciones Exteriores, 2025, p. 1). Posteriormente, el Estado colombiano se adhirió al Protocolo II de 1977 (sobre conflictos armados no internacionales) el 14 de agosto de 1995, entrando en vigor el 14 de febrero de 1996. Según el artículo 93 de la Constitución Política, los tratados y convenios internacionales ratificados por el Congreso hacen parte del bloque de constitucionalidad; es decir, están en la misma jerarquía normativa que la Constitución Política (Corte Constitucional, 1999).

En esta línea, se hace necesario explicar cómo las normas del DIH fueron vulneradas en el departamento de Antioquia mediante ciertas modalidades de violencia que no acataron las restricciones sobre las armas y su uso en el conflicto, así como sobre la conducta relacionada a ellas. En otras palabras, como base, se prohíbe el armamento que cause lesiones superfluas o sufrimientos innecesarios. Ejemplo: las minas antipersonales (en adelante MAP), los restos explosivos de guerra, las armas no convencionales (armas químicas), las municiones en racimo, entre otras (CICR, 2026). Dado que el conflicto colombiano ha sido calificado como un conflicto armado no internacional, el análisis que se presenta en las siguientes páginas se centra en las normas aplicables a este tipo de confrontaciones, incluyendo aquellas relativas a la protección de combatientes fuera de combate, así como en los medios y métodos ilícitos que tuvieron como objetivo a los miembros de la fuerza pública en el departamento.

Continuando con la precisión sobre la adopción del DIH en Colombia, este se incorporó al ordenamiento jurídico en 1973 y, a partir de la Constitución de 1991, se le otorgó plena equivalencia constitucional. Así las cosas, el DIH se incorporó progresivamente al derecho penal. En la Ley 599 de 2000 (Código Penal) se tipificaron como delitos conductas que contravenían las obligaciones derivadas de los convenios y los protocolos, como en el artículo 142, sobre la utilización de medios y métodos de guerra ilícitos. Así pues, el derecho penal interno mate-

realiza el principio de limitación en la conducción de las hostilidades, prohibiendo el empleo de armas o tácticas que ocasionen sufrimientos innecesarios o efectos indiscriminados.

La recepción normativa del DIH adquiere particular relevancia en Antioquia, dado que fue uno de los territorios donde el conflicto armado no internacional alcanzó mayores niveles de intensidad y prolongación. En efecto, las infracciones al DIH con mayor relevancia en el territorio fueron las MAP, los artefactos explosivos improvisados (AEI), las municiones sin explotar (MUSE), el homicidio en persona protegida, la desaparición forzada, el desplazamiento forzado, la toma de rehenes y la tortura, entre otros. De esta manera, es conocido que uno de los métodos de guerra ilícitos más extendidos en Antioquia fue, y aún lo es, las MAP. Según cifras del Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC) del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), entre 1958 y 2020 se han identificado en nuestro país 9 823 víctimas de MAP, municiones sin explotar y artefactos explosivos improvisados (Quintero, 2021). Antioquia es el departamento con la mayor proporción de víctimas heridas, contando el 22,1 % del total en el país (Quintero, 2021).

De acuerdo al Centro Nacional de Memoria Histórica, este tipo de artefactos explosivos se constituye como el mejor instrumento para causar temor y zozobra en la población y afectaciones a la moral de las tropas. Por su naturaleza, estos artefactos se esconden, se camuflan con la vegetación y aguardan en el tiempo; no tienen ningún problema, no se descomponen, no se desplazan, no requieren mantenimiento, son los combatientes ideales: solo esperan que alguien las active, pues «Estos artefactos explosivos pueden esperar agazapados mucho tiempo, mimetizados hasta que alguien los detone» (CNMH, 2017, p. 133).

Las municiones sin explotar se pueden definir como municiones explosivas que han sido disparadas, lanzadas, proyectadas o colocadas de tal modo que deberían haber explotado, pero que, por diversas razones técnicas, ambientales u operativas, permanecen activas en el terreno. La geografía de Antioquia, caracterizada por sus subregiones de difícil acceso como el Bajo Cauca, el norte y el Urabá, ha servido como escenario de intensas confrontaciones, donde el uso de armamento convencional, desde granadas de mano hasta morteros y proyectiles de artillería,

ha sido frecuente. En esta categoría pueden incluirse los denominados artefactos explosivos improvisados (AEI), como los cilindros bomba o tatucos, que por condiciones materiales no llegan a activarse.

Es en los medios y métodos de guerra ilícitos que se advierte, de manera más patente, la relación entre el uso indiscriminado de armas y los principios de distinción y proporcionalidad. El primero se entiende como la necesidad de que «las partes en conflicto deben distinguir en todo momento entre la población civil y los combatientes, y los ataques deben ser dirigidos únicamente contra los combatientes y no contra la población civil»; mientras que el segundo se refiere a que «se prohíben las armas y los métodos que causen a las personas civiles y a sus bienes daños excesivos con respecto a la ventaja militar concreta y directa prevista» (Comisión de la Verdad, 2022).

De igual forma, otra de las infracciones al DIH cometidas en Antioquia es el homicidio en persona protegida. Este se basa en el principio de distinción establecido anteriormente y, según el Protocolo II, se entiende por persona protegida «todas las personas que no participen directamente en las hostilidades, o que hayan dejado de participar en ellas, estén o no privadas de libertad», a lo cual se añade que «tienen derecho a que se respeten su persona, su honor, sus convicciones y sus prácticas religiosas. Serán tratadas con humanidad en toda circunstancia, sin ninguna distinción de carácter desfavorable. Queda prohibido ordenar que no haya supervivientes» (CIRC, 2015, p. 3).

En Colombia, esta conducta se encuentra tipificada en el artículo 135 del Código Penal, incurriendo en ella «el que, con ocasión y en desarrollo de conflicto armado, ocasione la muerte de persona protegida conforme a los Convenios Internacionales sobre Derecho Humanitario ratificados por Colombia» (Función Pública, 2025). Entre aquellos considerados como personas protegidas según el DIH, se encuentran integrantes de la población civil, las personas que no participan en hostilidades, los heridos, enfermos o náufragos puestos fuera de combate y los combatientes que hayan depuesto las armas por captura, rendición u otra causa análoga, entre otros (Función Pública, 2025).

La condición de «fuera de combate» es central para definir quién se considera como persona protegida en el ámbito de los pertenecientes

a las fuerzas directamente involucradas en el conflicto armado. Con esta denominación, se hace referencia a «los combatientes que han sido capturados o heridos, que están enfermos o han naufragado, o que han depuesto las armas o se han rendido y que, por lo tanto, ya no están en condiciones de combatir». A saber, esta condición se otorga en las siguientes situaciones: cuando está en poder de una parte adversaria; expresa claramente su intención de rendirse; o ha quedado inconsciente o está incapacitado de alguna otra forma como consecuencia de sus lesiones o enfermedad y, por lo tanto, no puede defenderse (CIRC, 2016, p. 6).

El homicidio en persona protegida puede darse en diferentes modalidades. Por ejemplo, puede darse en el caso de los combatientes rendidos o heridos, como se ha mencionado. También puede darse en el caso de aquellos que poseerían el estatus de combatientes, pero que al momento no participan activamente de las hostilidades, como los miembros de la Fuerza Pública en uso de licencias. Esta última modalidad se conoció en el contexto del conflicto armado como el «plan pistola», cuyos casos se explorarán más adelante.

Otra modalidad de homicidio en persona protegida, siguiendo con las personas fuera de combate, es el coloquialmente conocido «tiro de gracia». Este se entiende como un disparo realizado a corta distancia, generalmente en la cabeza, para asegurar la muerte de una persona ya inhabilitada. En este caso, se viola el principio de humanidad, que establece que se debe tratar con humanidad a todas aquellas personas que no participan en las hostilidades, incluso miembros de las Fuerzas Armadas que hayan depuesto las armas y las personas que hayan quedado fuera de combate por enfermedad, herida, detención o cualquier otra causa (CEDIH, s.f., p. 1).

El DIH reconoce que, por circunstancias del conflicto, es posible que se produzcan desapariciones de personas. El caso de la desaparición forzada es una violación múltiple de derechos humanos y, en el contexto de un conflicto armado, puede constituir un crimen de guerra o un crimen de lesa humanidad. El Protocolo I adicional a los Convenios de Ginebra establece las acciones que deben tomarse por las partes en conflicto respecto a las personas cuyo paradero se desconoce. En

virtud de los artículos 32 y 33 del citado Protocolo, surge la obligación de las partes de buscar a las personas notificadas como desaparecidas por la parte adversa, facilitando la transmisión de información y el registro de detalles sobre el fallecimiento o la captura.

Según Villegas y Abueta (2020), la desaparición forzada ha sido utilizada como un método de control por parte de los actores armados, en el cual la ocultación del cuerpo se convierte en una extensión de la violencia contra la otra parte en conflicto. Se subraya el hecho de que buena parte de los militares víctimas de desaparición «no solo se encontraban vestidos de civil, sino por fuera de una guarnición militar y en estado de indefensión al no portar armas» (p. 5). Por su parte, el Ejército Nacional (2021) ha subrayado en sus registros de memoria histórica que la implementación de protocolos de búsqueda y la identificación de restos en zonas rurales del departamento (como el oriente y el Urabá antioqueño) son pasos esenciales para cumplir con los estándares internacionales de reparación integral. El DIH exige que, tan pronto como las circunstancias lo permitan, y a más tardar desde el fin de las hostilidades activas, se proceda a la localización, identificación y dignificación de las víctimas.

En Colombia, la desaparición forzada está tipificada en el artículo 165 del Código Penal, mientras que el artículo 166 establece las circunstancias de agravación punitiva. Este artículo agrava la pena, que puede oscilar entre los treinta y cuarenta años de prisión, cuando la conducta se comete en persona protegida por el DIH o cuando el autor actúa con fines terroristas o de control territorial. La norma no solo castiga la privación de la libertad, sino el ocultamiento deliberado de la suerte o el paradero de la persona, lo cual constituye un delito de carácter permanente hasta que se establezca la verdad.

El desplazamiento forzado constituye una de las infracciones más sistemáticas al DIH en el contexto del conflicto armado no internacional. Desde la perspectiva del DIH convencional, el Protocolo II Adicional de 1977 en su artículo 17 prohíbe de manera taxativa el desplazamiento de la población civil por razones relacionadas con el conflicto, a menos que así lo exijan la seguridad de las personas civiles o razones militares imperiosas. Esta norma busca preservar la integridad del te-

jido social y evitar que el desarraigo sea utilizado como un arma estratégica. En Antioquia, esta práctica fue empleada de manera recurrente por actores armados para consolidar corredores de movilidad y control sobre economías ilícitas, contraviniendo el principio de humanidad y generando una crisis humanitaria que afectó a miles de familias antioqueñas (CICR, 2024).

En el ordenamiento jurídico colombiano, el desplazamiento forzado se encuentra tipificado en el artículo 180 del Código Penal, el cual sanciona a quien, con ocasión del conflicto armado, recurra al hostigamiento o a la violencia para forzar a una persona a abandonar su lugar de residencia. Esta protección legal se ve reforzada por la Ley 1448 de 2011 (Ley de Víctimas), la cual reconoce el desplazamiento como un hecho victimizante que genera el derecho a la reparación integral. En el departamento de Antioquia, la aplicación de este marco normativo ha permitido identificar que el desplazamiento no es solo una consecuencia colateral de los combates, sino una táctica premeditada de vaciamiento de territorios estratégicos, donde la coacción sustituye el uso de la fuerza directa para lograr objetivos militares (Corte Constitucional, 2004).

Como indica el Ejército Nacional (2021) en sus informes de memoria histórica, muchos uniformados oriundos de subregiones como el Urabá y el Bajo Cauca antioqueño han sido víctimas de desplazamiento forzado junto a sus familias como una forma de represalia o presión por parte de grupos armados organizados. Esta victimización específica evidencia que el desplazamiento ha sido utilizado como una herramienta de guerra psicológica, extendiendo el campo de batalla al entorno privado del combatiente y vulnerando de forma directa las garantías mínimas de seguridad y estabilidad residencial consagradas en la normativa nacional e internacional. Valga recalcar que el DIH protege a los militares fuera de combate y a sus familias bajo el principio de distinción, pues al no participar directamente en las hostilidades recobran su estatus de personas protegidas.

Otra práctica infractora del DIH es la toma de rehenes o el secuestro. Este contó con una modalidad en particular, conocida como «pesca milagrosa» (que también es conexas con otras conductas, como la toma de rehenes, los tratos crueles, el homicidio y la desaparición forzada).

La «pesca milagrosa» se refiere a una táctica de secuestro extorsivo masivo y aleatorio, ejecutada mediante retenes ilegales en las principales vías de comunicación. Esta modalidad, implementada principalmente por las FARC-EP a finales de los años 90 y principios de los 2000, consistía en interceptar vehículos de manera indiscriminada para retener a ciudadanos basándose en una evaluación superficial de su capacidad económica o su relevancia política en el momento del abordaje (EFE–*El País*, 1999).

Igualmente, para el DIH es de especial relevancia la toma de rehenes, la cual ocurre cuando alguna persona se apodera de otro o lo detiene y amenaza con matarlo, herirlo o mantenerlo detenido, a fin de obligar a un tercero a una acción u omisión como condición explícita o implícita para la liberación del rehén (Salinas Burgos, s.f., p. 212). La toma de rehenes se da, entonces, cuando se verifican tres condiciones: la captura o detención del rehén; la amenaza de matar, herir o mantener la detención del rehén; y la compulsión a un tercero para que se comporte de una determinada manera. La segunda condición, la amenaza de matar, herir o mantener la detención del rehén, distingue la toma de rehenes del mero secuestro (Salinas Burgos, s.f., p. 212).

El artículo 3 común a los Convenios de Ginebra y el artículo 4 del Protocolo II Adicional prohíben esta práctica de manera taxativa, elevándola a la categoría de crimen de guerra. En el ordenamiento interno, esta conducta se materializa en el artículo 148 del Código Penal, el cual sanciona a quien, con ocasión del conflicto, prive a una persona de su libertad condicionándola a una exigencia o ventaja. En el escenario antioqueño, esta modalidad fue implementada sistemáticamente mediante la retención de militares y policías (muchas veces en estado de indefensión o fuera de combate) con el fin de presionar al Estado en procesos de canje humanitario o para exigir el retiro de tropas en zonas de importancia estratégica (*Semana*, 1998).

Graves infracciones al DIH (hechos victimizantes)

Ahora bien, durante las fases de la guerra popular prolongada en Antioquia, se presentaron múltiples infracciones graves al DIH. Estas infracciones se constituyeron como hechos victimizantes para la población

civil en general, pero también contra los miembros de la Fuerza Pública, particularmente cuando se encontraban fuera de servicio. Dichas conductas respondieron a patrones sistemáticos de actuación por parte de los grupos armados organizados, inscritos en la lógica operativa de la guerra popular prolongada. Su estudio resulta indispensable para comprender la magnitud de las infracciones al DIH ocurridas en el departamento y para dimensionar el impacto diferenciado que estas tuvieron sobre quienes, por su condición de combatientes fuera de combate, merecían una protección especial bajo el derecho internacional.

Desde esta perspectiva, tomando como línea de tiempo los años de 1985 a 2016, temporalidad considerada por el Acuerdo Final para la terminación del conflicto que estableció el marco temporal para esclarecer lo acontecido, se puede colegir que la etapa de acumulación o inferioridad de fuerzas se considera a partir de la fundación de las FARC en 1966 y se proyectó hasta el año de 1982 con la celebración de la Séptima conferencia Guerrillera. Evento de dirección que advirtió la intención de las FARC, de pasar a la fase de Equilibrio de Fuerzas al ordenar la conformación del Ejército del Pueblo, avanzar de la modalidad de guerra de guerrillas a la guerra de movimientos, adoptar la nueva forma de operar, la expedición de normas de tributación y la financiación con el narcotráfico (Aguilera, 2013).

Fase de acumulación y graves infracciones al DIH

Considerada la etapa de acumulación de fuerzas como aquella en la que la correlación de fuerzas es favorable al Estado y desfavorable para las FARC, la modalidad de guerra principal se establece en la guerra de guerrillas móviles, en la que se debe preservar la fuerza garantizando su implantación en el territorio y paulatinamente incrementar sus capacidades. Las modalidades tácticas residen en la emboscada con explosivos, el ataque alevé, el asalto a entidades bancarias, la extorsión, el secuestro económico, la desaparición y el desplazamiento forzado.

El uso de métodos y medios ilícitos

En términos de la doctrina de la guerra popular prolongada adoptada por las FARC-EP, el empleo de MAP no hacía parte en esta fase de una estrategia ofensiva de gran escala, sino de una necesidad defensiva orientada a proteger campamentos y retaguardias del avance de las pa-

trullas del Ejército Nacional (Comisión de la Verdad, 2022a). Esta función táctica explica que los municipios antioqueños con mayor densidad histórica de MAP (Ituango, Tarazá, San Carlos y Anorí) coincidan precisamente con los teatros de operaciones donde las FARC-EP consolidó sus primeras zonas de influencia y establecieron sus estructuras de retaguardia durante el período 1960–1982 (Rutas del Conflicto, s.f.). Así, el uso de MAP en esta etapa se integró como un componente funcional de la estrategia armada, sin cuidado al respecto de convertirse en una violación sistemática de los principios de distinción y proporcionalidad consagrados en los Protocolos adicionales a los Convenios de Ginebra.

En el contexto del conflicto armado antioqueño, el uso de MAP y munición sin explotar (MUSE) fueron unos de los métodos ilícitos más extendidos y de mayor impacto sobre los miembros de la Fuerza Pública. Según cifras del Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC) del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), entre 1958 y 2020 se identificaron 2 170 víctimas de MAP, municiones sin explotar y artefactos explosivos improvisados en el departamento; es decir, Antioquia concentra la mayor proporción de víctimas heridas del país con el 22,1 % del total nacional (CNMH, 2021). A su vez, la Comisión de la Verdad (2022a) precisa que se han registrado 7 286 víctimas de la Fuerza Pública a causa de estos artefactos, con 5 832 heridos y 1 454 muertos, siendo las FARC-EP responsables del 42,1 % de los casos y el ELN del 7,2 %. Estas cifras, que se acumulan de manera sostenida desde el inicio del uso sistemático de MAP en el país, situado a mediados de los años setenta (Leal-Tobón et al., 2014), evidencian que Antioquia fue, desde la fase de acumulación de la guerra popular prolongada, el territorio donde esta modalidad infractora del DIH alcanzó su expresión más severa. De la misma manera, Colombia es el único país de América Latina donde se continúa utilizando de manera sostenida.

El caso más documentado de interacción entre las Fuerzas Militares y los artefactos explosivos de los grupos guerrilleros en Antioquia durante la fase de acumulación es la denominada Operación Anorí, llevada a cabo entre agosto y septiembre de 1973. Esta operación, ejecutada por la Quinta Brigada del Ejército Nacional con sede en Bucaramanga y con el apoyo de la Cuarta Brigada de Medellín, tuvo

como objetivo desarticular el principal núcleo del ELN en el territorio antioqueño y se extendió durante cuarenta y dos días, con un saldo de treinta y tres guerrilleros muertos y treinta capturados (Comisión de la Verdad, 2022b). Las fuentes históricas dan cuenta que, durante el avance sobre las posiciones del ELN en la zona del Nudo de Paramillo, las columnas guerrilleras respondieron mediante asaltos, emboscadas y el empleo de artefactos explosivos improvisados contra las patrullas del Ejército (Villamarín Pulido, 2014, p. 58). Aunque la Operación Anorí representó un duro golpe para el ELN, truncando sus aspiraciones de control sobre el Nudo de Paramillo (Comisión de la Verdad, 2022b), la respuesta guerrillera a través de trampas explosivas y artefactos de defensa de campamentos dejó un patrón de uso de MAP que se mantendría y profundizaría en las décadas siguientes.

Con respecto al mismo municipio de Anorí, se da cuenta de la afectación territorial de este hecho, ya que en esta región se han dado casos de uso de MAP desde la fase de acumulación hasta el período contemporáneo. Rutas del Conflicto (s.f.) señala que Anorí es el cuarto municipio del departamento con mayor registro de accidentes por MAP, después de Ituango, Tarazá y San Carlos, y que el conflicto armado ha estado presente en la zona con operaciones guerrilleras y acciones armadas desde los años setenta. Detrás de esta continuidad, se puede deducir la relevancia del uso de MAP en cuanto a táctica armada (si bien ilícita), ya que los mismos corredores estratégicos que el ELN defendió con artefactos explosivos durante la Operación Anorí y en los años subsiguientes permanecieron como zonas de disputa y siembra de MAP por parte de las organizaciones armadas durante décadas.

El uso de artefactos explosivos improvisados y trampas en accesos a campamentos también forma parte del patrón documentado para este período. En conjunto, el uso de MAP y MUSE en Antioquia durante la fase de acumulación (1960–1982) no se presentó como una serie de eventos aislados, sino más bien como una práctica estructural que, al tiempo que respondía a la lógica táctica de la guerra popular prolongada, constituyó desde su origen una infracción grave al DIH con consecuencias directas sobre los miembros de la Fuerza Pública que operaron en el departamento.

Dadas las circunstancias particulares de la dinámica del conflicto armado, el uso de artefactos explosivos improvisados hizo parte del arsenal para la ejecución de las tomas guerrilleras a poblaciones, en las que los explosivos se constituyeron en el elemento determinante para el ataque a las estaciones de policía y la demolición de instalaciones bancarias de la que sustraían los dineros en custodia. En el departamento de Antioquia, la primera acción de esta naturaleza correspondió al asalto al corregimiento de San Pedro de Urabá del municipio de Arboletes el día 26 de enero de 1973, en el que mueren cinco agentes de la policía, extraen \$142 506 pesos de la Caja Agraria y, además, se llevan una gran cantidad de medicamentos, ropa y víveres (*El Tiempo*, 1973).

Al respecto, los municipios que en el departamento de Antioquia sufrieron de manera reiterativa los ataques por parte de los frentes guerrilleros de las FARC se encuentran los municipios de Turbo, San Francisco e Ituango (CNMH, 2016). A los atentados con explosivos le siguieron las modalidades de carro bomba, bicicletas bomba, burro bomba, moto y cilindros bombas. Para los guerrilleros de las FARC, el impacto de sus atrocidades se constituyó, más allá de una reflexión al interior de su militancia, en un método de propaganda con el que advertían su capacidad de daño y por ende la subordinación de los habitantes a sus exigencias. Acudiendo a Aguilera (2010):

En los ochenta, los rituales más violentos de toma de poblaciones en las que había presencia de la fuerza pública, pasaban por el ataque de los puestos de policía con bombas incendiarias, granadas de fragmentación y ráfagas de ametralladora y de fusiles, con choques que podían durar varias horas; se asaltaba la Caja Agraria robando los dineros e incinerando los documentos, buscando eliminar aquellos relacionados con préstamos hipotecarios; también se abrían las puertas del Idema y se invitaba a los pobladores a llevarse los víveres; y por último, se hacía salir a la calle a los habitantes de los poblados, para lanzar arengas políticas. (p. 101)

Homicidio en persona protegida

Entre las infracciones al DIH cometidas en el departamento de Antioquia durante la fase de acumulación de la guerra popular prolongada (1960–1982), el homicidio de miembros de la Fuerza Pública en condición de persona protegida constituye uno de los patrones más

sistemáticos y documentados. Esta conducta, prohibida por el artículo 3 común a los Convenios de Ginebra y por el artículo 4 del Protocolo Adicional II, que garantiza un trato humano a quienes no participan directamente en las hostilidades o han dejado de participar en ellas, se materializó a través de diversas modalidades.

Las organizaciones ELN, FARC-EP y EPL desarrollaron en el territorio antioqueño acciones dirigidas específicamente contra combatientes fuera de servicio, heridos, capturados o en labores de vigilancia encubierta, empleando métodos que incluían la tortura previa, la ejecución sumaria y la negación de garantías mínimas de humanidad. El caso más documentado de homicidio en persona protegida durante la fase de acumulación en el nordeste antioqueño ocurrió en el marco de las operaciones previas a la ya mencionada Operación Anorí. Según la reconstrucción histórica disponible, el 23 de junio miembros del ELN secuestraron a dos soldados que vestidos de civil efectuaban labores de inteligencia, los cuales fueron torturados y posteriormente ejecutados (Villamarín Pulido, 2014, p. 96). Este hecho indica tres modalidades diferenciadas de violación al DIH: la captura de combatientes en condición de indefensión (pues se desplazaban sin armamento y de civil), la aplicación de tratos crueles mediante tortura y la ejecución extrajudicial de quienes habían quedado fuera de combate por virtud de su captura.

Igualmente, la modalidad de homicidio selectivo de miembros de la Fuerza Pública fuera de servicio (antecedente directo de lo que se denominó «plan pistola») también registra un caso verificable en el período estudiado: el inspector general del Ejército, general Ramón Arturo Rincón Quiñones, fue asesinado por el ELN en 1975 en Bogotá. Rincón Quiñones había sido precisamente el comandante de la Quinta Brigada durante la Operación Anorí de 1973 y fue ejecutado fuera de una guarnición militar, en la capital del país, como acción de retaliación estratégica por parte del ELN en su proceso de reorganización tras el golpe sufrido en Antioquia (FUNDELT, 2022).

Este asesinato ilustra la extensión de esta modalidad de infracción al DIH: la eliminación de un oficial identificado, fuera del teatro de operaciones y en condición de indefensión. En términos del DIH, al momento de su muerte, el general Rincón Quiñones no participaba

directamente en las hostilidades, lo que le otorgaba la protección consagrada en el artículo 3 común a los Convenios de Ginebra, cuya violación, agravada por el carácter premeditado y selectivo de la ejecución, configura un homicidio en persona protegida en toda la extensión jurídica del término (CICR, 2022; Función Pública, 2025).

Fase de equilibrio de fuerzas y graves infracciones al DIH (1982–2003)

Considerado el plan estratégico para la toma del poder Campaña Bolivariana por la Nueva Colombia como guía estratégica y una vez adoptados los mecanismos de financiación con el negocio de la explotación y tráfico de drogas ilícitas, las FARC lograron avanzar en la creación de su Ejército Popular y sin evaluar adecuadamente las circunstancias se lanzaron a la práctica de la Guerra de Movimientos; para ellos estaban dadas las condiciones para demostrar su estatus de fuerza beligerante (Aguilera, 2013). Por ello, debían trabajar en su reconocimiento nacional e internacional como organización político-militar guiada por un mando unificado, jerarquizada y direccionada por políticas y planes, con capacidad de ejercer el control de un vasto territorio desde lo político, social y militar, y conducir operaciones concertadas y sostenidas (FARC-EP. s.f.). Estos aspectos los condujo a consolidar su área de retaguardia estratégica, proteger las áreas de producción de cultivos de uso ilícito y corredores de movilidad, siendo las minas antipersonales el instrumento ideal (Aguilera, 2013). En las exigencias por alcanzar su cometido, la permeación del narcotráfico los condujo a minimizar lo político e iniciar una debacle en la que el respeto a los principios de humanidad, proporcionalidad y distinción quedaron relegados (*El Espectador*, 2022).

El uso de métodos y medios ilícitos

El cambio en las circunstancias materiales de la guerra propició que las FARC pasaran de la etapa de acumulación a la fase de equilibrio, o también conocida como guerra de movimientos. La transición hacia la etapa de equilibrio estratégico (1982–2003) marcó en Antioquia un cambio cualitativo en el empleo de las MAP y los artefactos explosivos improvisados (AEI) como métodos de guerra por parte de los grupos guerrilleros. A partir de la Séptima Conferencia de las FARC-EP, celebrada en mayo de 1982, la organización adoptó una nueva

doctrina militar orientada hacia la denominada guerra de movimientos, con la que buscaba dar el salto de la guerrilla defensiva a ofensivas de mayor envergadura contra instalaciones y unidades de la Fuerza Pública (Verdad Abierta, 2022).

En este nuevo escenario, el uso de MAP y artefactos explosivos improvisados contra miembros de la Fuerza Pública tenía el objetivo de evitar la persecución cuando ocurrían combates, retrasar el desplazamiento de las tropas para evitar operaciones que procuraban la captura de algún cabecilla o evitar el desarrollo de operaciones de control territorial (Radio Nacional de Colombia, 2021). Así, las MAP dejaron de ser un recurso exclusivamente defensivo de retaguardia para convertirse en un arma activa, integrada a la conducción de los combates y al aseguramiento de las rutas de escape de los grupos armados.

El informe *La guerra escondida* (2017) del Centro Nacional de Memoria Histórica precisa que el empleo de estos artefactos respondió a una lógica bélica, y que esta modalidad de violencia, que fue empleada particularmente por la guerrilla durante los combates para defenderse de su adversario, fue desplegada por parte de estos grupos armados ilegales «para adaptarse a los cambios en la dinámica de la confrontación armada» (CNMH, 2017, p. 23). En el departamento de Antioquia, esta adaptación táctica tuvo como principal escenario el corredor comprendido entre el Nudo de Paramillo, el norte antioqueño y el Bajo Cauca, donde los Frentes 5, 18 y 34 de las FARC-EP y los frentes del ELN sembraron MAP en caminos, accesos a campamentos y zonas de maniobra de las patrullas del Ejército Nacional. Como resultado de estas prácticas, de 1990 y hasta el 31 de marzo de 2017, la Dirección para la Acción Integral contra Minas Antipersonal (DAICMA) registró un total de 11 481 víctimas de MAP y REG, de las cuales 7 028 son de la Fuerza Pública y 4 453 son civiles, siendo Antioquia el departamento con mayor proporción de víctimas heridas del país (CNMH, 2017).

Por lo expuesto, considerado el departamento de Antioquia zona de interés estratégico para las FARC-EP, en especial la capital, Medellín, y las subregiones de Urabá, norte y Bajo Cauca, sobre las que debía ejercerse el control territorial, aunado a la necesidad de custodiar las zonas de retaguardia y los cultivos de uso ilícito, hizo que las estruc-

turas del Bloque José María Córdoba hicieran del uso de MAP y de los explosivos improvisados una de las modalidades de mayor adopción por parte de los integrantes de las FARC-EP. Al respecto cobra relevancia los informes entregados a Justicia y Paz en los que se establece el entrenamiento recibido por guerrilleros de las FARC por parte de terroristas del IRA y la ETA (*El Mundo*, 2013). Véase Manual de Explosivos de las FARC-EP. Por ello, corresponde destacar, sin pretender abarcar el total de hechos victimizantes, algunas acciones que permitan identificar lo acontecido y las afectaciones a los militares.

El caso más documentado del uso ofensivo de artefactos explosivos contra la Fuerza Pública en Antioquia, durante la etapa de equilibrio, es la Toma de la base militar de Tarazá ocurrida el 10 de noviembre de 1990. En esta acción, organizada por la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar mediante frentes de las FARC-EP y el ELN, más de 400 guerrilleros de las FARC-EP y el ELN se concentraron en los alrededores del puesto de mando del Batallón de Infantería N.º 10 Girardot en el Bajo Cauca antioqueño. El ataque, que incluyó fuego de morteros artesanales, granadas, fusiles y ametralladoras, tuvo como resultado la muerte de varios uniformados, entre ellos el comandante del batallón. Según informes de *El Tiempo* del 11 de noviembre de 1990, murieron el comandante del Batallón de Infantería N.º 10 Girardot, con sede en Medellín (Valencia, 1990), teniente coronel Jaime Fajardo Cifuentes, teniente Germán López Cortés, los soldados Jaime Escobar Mejía, Alexander Ortega Betancourt, Juan Carlos Serna Posada, Nelson Quintero González, Jorge Eliecer Restrepo Estrada, Carlos Arroyabe Cuenca y Luis Alfonso Muñoz Sánchez (Herrera, 2024), un policía y catorce guerrilleros.

Así mismo, la implantación de MAP en los municipios del norte antioqueño fue particularmente intensa en el corredor de Ituango, municipio que las FARC-EP establecieron como zona de retaguardia estratégica desde finales de los años ochenta. La Defensoría del Pueblo documentó que Ituango es uno de los municipios del departamento de Antioquia donde las FARC-EP ha aumentado la siembra de MAP con el objeto de contener el avance de la Fuerza Pública, que arroja como consecuencia sesenta y cinco afectados entre heridos y muertos, desde 2001 hasta marzo de 2011, por accidentes e incidentes con

MAP/MUSE de la población civil y de militares (Defensoría del Pueblo, 2011, pp. 2–4). La misma fuente precisa que en la zona operaban los Frentes 5 y 34 de las FARC-EP, conectados con el Frente 36 a través de los municipios de Tarazá, Valdivia y Campamento, conformando un corredor minado que servía simultáneamente como línea de defensa contra las patrullas del Ejército y como mecanismo de control sobre la población y los cultivos de uso ilícito (p. 2). Este patrón territorial (coincidencia entre zonas minadas, presencia guerrillera y cultivos ilícitos) fue también confirmado por el CNMH, que señaló que los departamentos más afectados por la relación entre cultivos de coca y MAP son Norte de Santander, Antioquia (Anorí, Tarazá, Cáceres, Valdivia y Briceño), Córdoba, Meta, Putumayo y Nariño (CNMH, 2017, p. 93).

El territorio comprendido entre Dabeiba, Frontino, Ituango y Mutatá constituyó, según el análisis del Observatorio de Minas Antipersonal, uno de los corredores con mayor densidad de siembra de MAP en todo el país, en una acción expansiva que tuvo por objeto controlar la ruta de salida hacia Urabá y el sur de Córdoba (Observatorio de Minas–PAICMA, s.f.). En el contexto de la etapa de equilibrio, este corredor fue escenario de decenas de atentados que afectaron a patrullas de la Fuerza Pública que intentaban penetrar en las zonas de retaguardia de los frentes guerrilleros. Según el Ejército, se convirtió en una de las regiones de mayor riesgo debido a la actividad de las FARC y el ELN, toda vez que el nudo de Paramillo, como zona de retaguardia, era un corredor hacia otras subregiones como el norte y el oriente del país, relativo al tráfico de armas, alimentos y estupefacientes (*El Colombiano*, 2015). El uso de MAP en este corredor estuvo unido, entonces, al sostenimiento de la economía del narcotráfico, integrando en una misma lógica la infracción al DIH y la protección de las fuentes de financiamiento de los grupos armados.

Una de las estructuras que mayor interés depositó en el desarrollo de explosivos fue el Frente 36, estructura (*El Tiempo*, 2011) que dedicó especial atención a la fabricación de explosivos artesanales de alto impacto destructivo, como las bombas fantasmas, los balones bomba y las minas quiebrapatras, siendo la misma estructura por los partes de guerra informados la que permite determinar la sistematicidad de

este fenómeno. Como ejemplo de ello se relaciona lo reportado por el Frente 36 durante el lapso marzo–julio de 2009:

El día 10 a las 10:30 horas, un comando del Frente 36 activó mina fantasma a soldados del batallón Bomboná en la vereda El Llano, jurisdicción de Anorí. Resultados: 2 soldados muertos y un número no determinado de heridos. Propias tropas: sin novedad. El día 22, soldados del batallón Calibío cayeron en dos bombas fantasma y minas quiebrapatas en la vereda La Parra, jurisdicción de Tarazá. Resultados: 6 soldados muertos y 12 heridos. Propias tropas: sin novedad. (FARC-EP, 2009)

El documento continúa reportando la variedad de acciones:

Fecha	Lugar	Tipo de material	Unidad afectada	Muertos	Heridos
06-05	Vereda Concha Abajo, Anorí	Mina	Batallón Bárbula		3
07-05	Vereda Monte Bello, Anorí	Mina fantasma	Batallón Girardot		
10-05	Vereda El Llano, Anorí	Mina fantasma	Batallón Bomboná	2	Sin determinar
18-05	Alto Cabeza de Perro, Tarazá	Mina fantasma	Batallón Rifles	1	1
21-05	Vereda El Conejo, Tarazá	Minas quiebrapatas	Batallón Bomboná		2
22-05	Vereda La Parra	Bombas fantasmas y minas quiebrapatas	Batallón Calibío	6	12
25-05	Corregimiento Raudal Viejo, Valdivia	Bomba fantasma	Unidad de Erradicadores de la Policía	10	2

Tabla 01. Fuente: elaboración propia. Parte del Frente 36 de las FARC, 2009.

El caso de Robinson de Jesús Tapias Carvajal, alias Postobón, procesado judicialmente por la instalación de campos minados en Ituango y Tarazá entre 2007 y 2014, ilustra cómo operaba la cadena de responsabilidad individual en el uso de MAP contra la Fuerza Pública en Antioquia, lo que permite entender el patrón de conducta de los fren-

tes de las FARC-EP en la zona durante el período de equilibrio. Según Noticias Caracol, por la instalación de campos minados en el norte y Bajo Cauca de Antioquia, en los que resultaron muertas o lesionadas 262 personas, Robinson de Jesús Tapias Carvajal fue imputado por los delitos de utilización de medios y métodos de guerra ilícitos, homicidio en persona protegida y tentativa de homicidio en persona protegida (2015). Los investigadores establecieron que 192 miembros de las Fuerzas Armadas y setenta civiles resultaron muertos o mutilados por las MAP. Este dato (192 uniformados víctimas directas de campos minados en un solo corredor antioqueño) confirma que el uso de MAP en Antioquia se constituyó como una modalidad sistemática de guerra que tuvo en la Fuerza Pública su principal objetivo.

Colombia, como señala el informe *La guerra escondida* del CNMH, llegó a ocupar el primer lugar en el mundo en número de víctimas de la Fuerza Pública por MAP y remanentes explosivos, superado solo por Afganistán en número de víctimas nuevas de MAP y Remanentes Explosivos de Guerra (REG) (CNMH, 2017, p. 19). De este universo, Antioquia concentró históricamente el 22,1 % de las víctimas heridas del país, lo que la convierte no solo en el departamento más afectado del país, sino en uno de los territorios con mayor densidad de victimización por MAP en el mundo (CNMH, 2022).

La Corporación Mil Víctimas, en su informe presentado ante la JEP en 2022, solicitó formalmente la apertura de un macrocaso sobre las afectaciones contra la fuerza pública, reiterando que gran parte de estas afectaciones se da en el marco de las funciones propias del militar o del policía, bien sea en registros o control de área, erradicación o actividades conexas (Infobae, 2022a). Esta descripción coincide con precisión con el patrón documentado para Antioquia durante la etapa de equilibrio: militares en patrullaje activo, en labores de reconocimiento de área o en operaciones de registro de campamentos guerrilleros que activaban MAP colocadas anticipadamente por los frentes de las FARC-EP y el ELN en zonas que estos consideraban parte de su dominio territorial. Finalmente, el episodio caracterizado por la adopción de estos métodos produjo graves repercusiones al interior de las FARC.

De ahí corresponde destacar cómo dentro de las filas de la organización ilegal alzada en armas, la adopción de este tipo de ataques produjo impactos que llevaron a la desertión de uno de sus líderes, como fue el caso de Fernando Rincón, alias Salomón, quien lideraba el Frente 18 de las FARC y hacía parte del Estado Mayor Central. Este curtido guerrillero que militó seis años en el Partido Comunista y veintidós en las FARC, después de ver las desgarradoras escenas, las afectaciones a la infraestructura y a la población sintetizadas en actos terroristas ejecutados por las guerrillas el día 4 de agosto de 1991, tomó la decisión de apartarse de la organización; además, porque no comparte «la adopción de métodos terroristas [...] como la voladura de torres de energía y el secuestro que califica como una auténtica violación a los derechos humanos» (*El Tiempo*, 1991, p. 2).

Pese a la desertión de alias Salomón, las advertencias a la vulneración de los derechos humanos y el DIH, la organización no le dio trascendencia al evento y continuó con su desenfrenada práctica.

El terrorismo como arma letal

La sevicia de las actuaciones de los guerrilleros de las FARC-EP se trasladó el 30 de julio de 1999 al área urbana de la ciudad de Medellín, teniendo como objetivo los servidores públicos integrantes del Grupo de Acción Unificada por la Libertad Personal (GAULA), quienes atendían a las víctimas de secuestro en una casa del barrio el Estadio, próxima a las instalaciones de la Cuarta Brigada.

Ese 30 de julio, siendo las 2:45 horas, momento en el que los integrantes del GAULA regresaban de una operación de liberación de una persona secuestrada y estando en la celebración por el logro, se escuchó un estruendo que oscureció todo el escenario. La casa de dos pisos donde funcionaba el GAULA militar fue impactada por una camioneta que después de partir al centinela en dos y que llevaba una alta carga de explosivos, ante la mirada atónita de los transeúntes detonó (Hernández, 2017).

Efectuadas las averiguaciones, algunas versiones señalan que los autores del atentado pidieron al conductor de la camioneta de placas RIB-109 de Rionegro llevara una carga al GAULA, y cuando este se aproximó a las instalaciones, los guerrilleros que viajaban en moto

activaron a control remoto del dispositivo que albergaba 100 kilos de dinamita, causando una fuerte explosión. En consecuencia, el conductor del vehículo está dado por desaparecido (*El Tiempo*, 1999). El demencial hecho ocasionó la muerte de diez personas, «31 heridos, entre ellos 11 niños, 37 vehículos y 7 motos destruidos y un gran número de viviendas afectadas» (*El Tiempo*, 1999). Dentro de los heridos se encuentran veinte niños que «eran atendidos en un centro de urgencias pediátricas contiguo al Gaula» de los cuales once fueron trasladados a centros asistenciales (*El Tiempo*, 1999).

Con la remoción de los escombros, fueron apareciendo los cuerpos sin vida de los funcionarios de la Fiscalía General de la Nación, Néstor Niño Rueda, quien se desempeñaba como fiscal delegado; Franklin Rodríguez, agente del CTI de la Fiscalía; Luis Alberto Díaz Llanes, quien llevaba trece años como detective en el DAS; y Oscar Fernando Gallego.



Imagen 1. Shirley María Laurens (Hernández, 2017).

Las declaraciones de Shirley María Laurens, única sobreviviente del atentado terrorista y que a la fecha prestaba el servicio militar en el GAULA, describen la dantesca escena:

Una vez explotó la bomba, me volteé a mirar y vi la mitad del cuerpo de un compañero. [...] Tenía los ojos abiertos y sin un bracito. Había humo y candela por todas partes; pensé que estaba soñando. Ahí reaccioné, ¡Dios mío, una bomba! Cuando quise moverme, ya no podía. Veía a mi alrededor brazos, piernas. [...] Comenzaron a caer cosas y de un momento a otro, un pedazo de una plancha del techo se me cayó encima. Me reventó la nariz y una parte de la cara. Sangraba mucho. Sentía un ardor en la cabeza y me di cuenta de que

tenía el cabello completamente quemado. Miré mi brazo izquierdo y vi un pedazo de hueso, no se me cayó por un cuerito; lo que hice fue cogerlo para sujetarlo. No sé si era tanto el dolor, que no me dolía nada. Intenté levantarme y no pude, esta pierna estaba volteada hacia atrás, las botas estaban quemadas, el músculo de la mandíbula, abierto, chorreaba sangre y comencé a vomitar. Yo me arrastraba, y al arrastrarme tenía que separar restos de compañeros. Todavía caían cosas y me cayó algo en el hombro. Lo cogí para apartarlo y era un pedazo de brazo. Para poder salir me tocaba pasar por encima y mirarlos. (Hernández, 1999, p. 7)

Lo narrado se complementa con el testimonio de una ingeniera que pasaba a 50 metros del lugar de la explosión quien describe:

A la hora de la explosión, que empezaron a llover vidrios y junto a mí cayó la pierna de una persona y restos de un carro. La cabeza me quedó embotada por el estallido tan tremendo. Seguí caminando como sonámbula y después logré coger un taxi. (*El Tiempo*, 1999)

Lo acontecido produjo en Shirley María Laurens graves problemas psicológicos que ocasionaron su ingreso al hospital psiquiátrico del municipio de Bello. Ella no lograba borrar de su mente lo vivido y se cuestionaba permanentemente: «¿Por qué no hice nada?» (Hernández, 2017, p. 29). Su situación en el psiquiátrico cada día empeoraba llevándola al intento de suicidio, por lo que le pidió a la familia que la llevaran para la casa. Allí tuvo que enfrentar otro escenario, el de la crítica de los vecinos al ver las heridas y la desfiguración de su rostro. En una ocasión, una vecina al verla exclamó: «De Shirley no quedó nada», lo que la llevó a salir huyendo (Hernández, 2017, p. 32). Sin embargo, este episodio la llevó a reflexionar sobre su situación y a aceptar que esa vida era la que le tocaba vivir y, por lo tanto, «había que enfrentarla» (Hernández, 2017, p. 32).

Finalmente, el día 2 de agosto de 1999 un vocero de las FARC se comunicó con la emisora Caracol para leer un parte de guerra sobre las acciones desarrolladas durante el fin de semana, en el que se atribuyen el ataque contra la unidad antisequestro por parte de la «red urbana Jacobo Arenas de las FARC» (Caracol Radio, 1999).

Continuando con los atentados terroristas contra las instalaciones militares en la ciudad de Medellín, destaca lo ocurrido el día 15 de

marzo del año 2000, cuando integrantes de las milicias urbanas de las FARC-EP ubicaron en una calle residencial y comercial en proximidades de la Cuarta Brigada del Ejército Nacional, un pequeño camión de estacas cargado con cuatro cilindros de gas de 100 libras que contenían 10 kilos de dinamita y metralla, y siendo las cuatro de la tarde lo activaron por el sistema de cordón detonante que produjo tres grandes explosiones (*El Tiempo*, 2000).

Tras la explosión, el vehículo que se ubicó frente a las oficinas de la empresa Seguridad de Colombia (Segurcol) causó grandes destrozos. Por la explosión, dos viviendas fueron demolidas y doce más a la redonda sufrieron daños estructurales. La capacidad de los artefactos explosivos afectó a cuatro cuadras a la redonda; sin embargo, la fachada de la Brigada no sufrió mayores daños.

Una vez inspeccionado el sector, se identificó a catorce personas heridas de las que cuatro de ellas registraron gravedad. Acto seguido, al removerse los escombros de la sede de la compañía de seguridad, apareció el cuerpo de Jaime Castaño Hurtado, hijo del gerente de la compañía. Según un empleado de la empresa de seguridad «todo sucedió en cuestión de segundos»:

Cuando entraba la moto y trataba de precisar qué hacía ese camioncito de estacas cuadrado al frente de nuestra sede con esas pipetas de gas amarillo escuché una primera explosión. Corrí a refugiarme dentro de las oficinas, buscando una viga que me protegiera. Entonces escuché un segundo y un tercer estallido. De pronto, todo se vino encima. Quedé envuelto en una nube como gris o café y entre ella, alcanzaba a ver por los aires a todo el mundo volando. En medio del aturdimiento, me levanté del piso y quise dirigirme a ayudar a mis compañeros, guiado por sus gritos, pero todo era escombros y escombros. (*El Tiempo*, 2000)

Esta era la primera ocasión que las FARC atacaron instalaciones militares con cilindros de gas.

Homicidio en persona protegida, modalidad «pesca milagrosa»

La práctica de la «pesca milagrosa», entendida como el establecimiento de retenes ilegales en vías de comunicación para interceptar, seleccionar y retener o asesinar a personas identificadas como pertenecientes a la fuerza pública, llegó a alcanzar una dimensión sistemática en Antioquia durante la etapa de equilibrio. Las carreteras fueron durante

los años noventa el escenario de esta práctica llevada a cabo por las FARC y el ELN a partir de marzo de 1998 (*El Tiempo*, 1998). Esta lógica de selección, orientada a identificar militares, policías y funcionarios del Estado, convirtió las principales vías del departamento en corredores de riesgo permanente para los uniformados que se desplazaban de civil o en comisión informal.

La táctica guerrillera que partía de la selección de personas que eran apartadas del grupo de viajeros continuaba con la conducción de las víctimas a lugares apartados, en donde por medios violentos, eran interrogados hasta que confesaran su vínculo institucional, evento que dio paso a tres opciones: la ejecución inmediata en el mismo lugar, la retención para posteriormente canjearlos o asesinarlos y desaparecerlos (InSight Crime, 2019).

El inicio de esta modalidad delictiva se remonta al año de 1996, cuando el guerrillero conocido como Henry Castellanos Garzón, alias Romaña, en época de la Semana Mayor o Semana Santa, de ahí su denominación, instaló el primer retén ilegal sobre la ruta que de Bogotá conduce a los Llanos Orientales (Carvajal, 2023). Después de lo acontecido en las vías de Cundinamarca y Meta, el flagelo de las pescas milagrosas se trasladó hacia otras estructuras como el Bloque José María Córdoba, quien la aplicó especialmente sobre la Autopista Medellín–Bogotá, la vía al mar que comunica Medellín con Urabá, la vía Medellín–Puerto Berrío, la vía Medellín–Manizales y Quibdó, con lo cual se podía establecer que los habitantes de Medellín estaban secuestrados.

En el contexto de la guerra popular prolongada en su fase de equilibrio, la pesca milagrosa operó como un mecanismo de neutralización del adversario a bajo costo operacional: requería pocos combatientes, producía el efecto de terror deseado y no exponía a la organización al combate frontal con unidades de la Fuerza Pública.

En Antioquia, la modalidad de pesca milagrosa con víctimas militares está documentada con un caso por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en su Tercer Informe sobre Colombia (1999). El 10 de agosto de 1997, las FARC interceptaron un bus de servicio público en el cual se encontraba el agente de policía John Jairo Cardona Patiño en la carretera entre Liborina y Sabanalarga, Antioquia. Al verificarse

su condición de uniformado, la guerrilla procedió a detener y luego a asesinar a Cardona Patiño. La Comisión concluye que «las FARC ejecutaron al señor Cardona Patiño mientras este se encontraba en su poder, en estado de indefensión» (1999, párr. 119). Este patrón de interceptación vial en el occidente antioqueño se extendió a uniformados que transitaban de civil por la misma ruta, documentándose en la misma fuente que los grupos armados también ejecutaron a combatientes que habían sido capturados y que deberían haber sido considerados como personas fuera de combate (CIDH, 1999, párr. 118).

Para las FARC, la retención de militares no consideraba su rango, importancia o actividades que desempeñaban; su objetivo era ejecutar a los militares sin miramiento alguno. Tal es el caso del soldado Jorge Iván Vallejo Ramírez, registrado por los medios de comunicación.

Sobre la vía que comunica a los municipios de Granada y San Carlos, en un retén ilegal instalado por guerrilleros del Frente 9 de las FARC, el día 14 de febrero del año 2001 fue secuestrado el soldado de diecinueve años Jorge Iván Vallejo Ramírez, cuando en compañía de su madre viajaba de civil en un bus de servicio intermunicipal. Su mamá, Miriam Ramírez, de cincuenta y dos años, viajó desde San Carlos para asistir a la ceremonia de juramento de bandera y pensaba regresar sola, pero el joven insistió en visitar a su padre y a sus hermanos, de quince y diecisiete años, a quienes no veía desde su ingreso a la vida militar.

El soldado, quien fuera orgánico del batallón de Ingenieros Pedro Nel Ospina y que acababa de «jurar bandera», viajaba plácidamente en el bus que se desplazaba entre Medellín y San Carlos, cuando en la vereda El Chocó en un retén ilegal guerrilleros del Frente 9 de las Farc ordenaron a los pasajeros bajarse del vehículo y mostrar los respectivos documentos de identidad. De acuerdo con lo narrado por la señora Carolina Ramírez, tía del soldado, Jorge Iván, que vestía de civil, le hicieron quitar la cachucha y apenas le vieron el motilado le preguntaron si era soldado. Al principio él les dijo que era un alistador de carros, pero como no le creyeron, él confesó.

Identificado el soldado, los guerrilleros tuvieron que llevárselo por la fuerza, ya que su madre lo aferraba a su cuerpo para impedir que fuera separado del grupo de personas que descendieron del bus. Ella,

compungida, se arrodilló a los guerrilleros y suplicaba por la vida de su hijo, sin embargo, ellos «le gritaron que el asunto no era con ella». Un día después, la señora Mirian regresó al lugar para ver a su hijo muerto, cuyo cuerpo mostraba visibles señales de tortura y cuatro impactos de fusil efectuados a corta distancia. Finalmente, su padre Jaime Vallejo, al ir a recoger el cadáver de su hijo, les dijo a los guerrilleros que aún rondaban el lugar, a los victimarios: «¡Qué triunfo tan grande!» (*El Tiempo*, 2001).

La situación de inseguridad por la instalación de retenes ilegales y la ejecución de atentados terroristas por parte de los guerrilleros de las FARC sobre la Autopista Medellín–Bogotá llevó a que el gobernador de Antioquia ordenara que de manera indefinida, a partir del día 6 de abril de 2001, en el horario de seis de la tarde a seis de la mañana en el tramo Medellín el Santuario, Puerto Triunfo se suspenda el tránsito de vehículos hasta que las condiciones de seguridad lo permitan (*Caracol Radio*, 2001).

Homicidio en persona protegida, modalidad «plan pistola»

Si bien la pesca milagrosa fue la modalidad predominante de homicidio en persona protegida en las vías del departamento, el plan pistola fue la modalidad urbana que más víctimas militares dejó en la ciudad de Medellín y sus municipios aledaños durante el período de equilibrio. El plan pistola como estrategia sistemática de asesinato de uniformados (principalmente policías) en Colombia se asocia mayoritariamente al Cartel de Medellín durante el período 1989–1992. Las agresiones ordenadas por Pablo Escobar contra la Fuerza Pública se dieron entre agosto de 1989 y el mismo mes de 1990, y cobraron la vida de 400 policías en Antioquia (Infobae, 2022b). En el desarrollo de este plan, era común que los sicarios tuviesen que presentar pruebas del crimen (una placa, la cédula del policía o la dirección exacta del atentado) para recibir el pago, lo que convertía a cualquier persona en potencial ejecutor y a cualquier uniformado en objetivo, independientemente de si se encontraba en servicio activo o en sus horas de descanso (Infobae, 2025).

Se cuenta en este periodo el caso de Carlos González, de diecinueve años, quien prestaba su servicio militar en la Policía y en un día de

descanso en abril de 1989, cuando había salido a desayunar con unos amigos de su barrio en una comuna de Medellín, fue sorprendido por dos hombres que le dispararon en la cabeza (*El Tiempo*, 2022a). Años después, José Jiménez, un estudiante que en 1992 prestaba su servicio militar, fue asesinado por tres hombres y una mujer (Infobae, 2023).

Homicidio en persona protegida (en situación de rehén)

En desarrollo del mes de julio de 1997, cuando una patrulla de militares orgánica de la Décima Séptima Brigada se hallaba en zona rural del corregimiento de Currulao, municipio de Turbo, buscando a dos soldados que se encontraban extraviados, el día 2, de manera sorpresiva el pequeño grupo de militares fue atacado por guerrilleros de los Frentes 5, 18, 57 y 58 del Bloque José María Córdoba de las FARC, resultando heridos el capitán Carlos Enrique Vidal Aponte y los soldados William Amado Suárez e Iván Ramírez Muñoz, quienes lograron ser apoyados por el sargento Pedro José Guarnizo Ovalle y el enfermero de combate Fabio Pineda Serna. Sin embargo, cuando el enfermero asistía a sus compañeros, fueron sorprendidos por guerrilleros que condujeron a los cinco militares a los campamentos de las FARC, en donde respondiendo a las órdenes emitidas por el cabecilla del bloque, Luciano Marín Arango, conocido como Iván Márquez, los tres militares heridos y el enfermero fueron asesinados con tiros de fusil a corta distancia, y el sargento Guarnizo quedó en calidad de retenido (secuestrado) con la intención de ser a futuro canjeado (Quejada, 2026).

Al respecto, «para la Fiscalía, el actuar del grupo armado constituyó un crimen de guerra porque se desconocieron los principios de humanidad y dignidad de las víctimas que estaban en condición de fragilidad y vulnerabilidad, y debieron ser protegidas y auxiliadas» (*El Colombiano*, 2022). En consecuencia, la justicia colombiana condenó a treinta y siete años de prisión a Luciano Marín Arango, alias Iván Márquez, al establecerse que integrantes del Bloque José María Córdoba perpetraron el crimen siguiendo las órdenes de Iván Márquez, máximo cabecilla del Bloque (Quejada, 2026).

El homicidio selectivo mediante la ejecución de un militar en situación de rehén por parte de guerrilleros del Bloque José María Córdoba volvió a tener graves afectaciones cuando, el día 13 de febrero de

1998, en el sitio La Máquina, área rural del municipio de Apartadó, fue hecho rehén el Cabo Primero Germán Carranza Calderón del Batallón de Contraguerrillas N.º 26 Arhuacos y, posteriormente, ser asesinado por integrantes de esta organización (*El Tiempo*, 1999). Tras desconocerse su situación y por presiones de la familia y la institución para conocer de su paradero, en diciembre de 1998 las FARC-EP informaron al CICR el lugar donde estaban ubicados los restos del suboficial, debiendo recurrirse para su identificación a la prueba del ADN (Resistencia civil democrática, 1998).

Los homicidios en situación de militar tomado como rehén vuelven a reportarse cuando el día 1 de julio de 1998 el subteniente del Ejército Hebert Hams Moreno Quiroga, del Batallón de Contraguerrillas N.º 11 «Cacique Coyará», se desplazaba con su hermano en un vehículo particular, de civil y sin armamento, entre los municipios antioqueños de Mutatá y Dabeiba, y fue secuestrado, torturado y asesinado por guerrilleros de las FARC-EP. Posteriormente, el día 22 de mayo de 1999, la organización ilegal informó al Comité Internacional de la Cruz Roja el lugar donde estaban los restos del subteniente, debiendo recurrirse para su identificación a la prueba del ADN (Resistencia Civil Democrática, 1998).

Homicidio en estado de indefensión. Tiro a corta distancia

El caso con más resonancia directa sobre Antioquia, en materia de ejecución de militares en estado de indefensión, ocurrió en Urrao el 5 de mayo de 2003, cuando el Ejército Nacional intentó rescatar a un grupo de rehenes que el Frente 34 de las FARC-EP mantenía en cautiverio en el norte del departamento. En el fallido intento de rescate de prisioneros en Urrao (Antioquia) fueron ejecutados el exgobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria, su asesor de paz, Gilberto Echeverri, y ocho militares más (*El Tiempo*, 2022b). Los militares ejecutados, retenidos desde la batalla del Nudo de Paramillo de junio de 1999, llevaban casi cuatro años en cautiverio en condición de rehenes cuando fueron asesinados por sus captores al detectar la aproximación de las unidades de rescate. La ejecución, perpetrada en personas que no solo estaban fuera de combate sino privadas de libertad desde hacía años, constituye un caso emblemático del patrón de homicidio en persona protegida

que se dio a lo largo de la etapa de equilibrio en Antioquia: la captura no implicó protección, sino una demora en la ejecución, convertida en instrumento de presión sobre el Estado y, finalmente, en crimen de guerra consumado en suelo antioqueño.

De igual manera, el departamento de Antioquia concentró la mayor cantidad de casos de desaparición forzada de militares en todo el país durante la etapa de equilibrio. Según el informe *Aporte a la Verdad: contexto de la Fuerza Pública para la memoria histórica*, entregado por las Fuerzas Militares a la JEP y a la Comisión de la Verdad en 2018, se han presentado 6 408 casos de desaparición forzada al interior de las Fuerzas Militares, de los cuales el 67,82 % corresponden a hechos ocurridos entre 1997 y 2005 (Semana, 2022), siendo las FARC-EP y el ELN los principales responsables y 1998 el año con el mayor número de víctimas, relacionado con la presión ejercida por parte de la guerrilla para acelerar los diálogos de paz con el Gobierno nacional. La investigación de la Universidad del Rosario sobre los militares desaparecidos del Ejército Nacional precisa que, de los departamentos con mayor concentración de casos, Antioquia registra veintisiete casos, seguida de Putumayo y Caquetá con once, y que esto se explica porque esas regiones eran las que contaban con el mayor número de frentes integrantes de las FARC en ese momento (Universidad del Rosario, 2018). Estos números no son meras cifras: detrás de cada uno existe un uniformado que salió de su unidad, muchas veces en uso de licencia o vestido de civil, y al que sus familiares llevan décadas esperando.

Un caso emblemático de desaparición forzada de un miembro de la Fuerza Pública en territorio antioqueño durante la etapa de equilibrio es la del sargento José Vicente Rojas Rincón. El 2 de noviembre de 1992, el sargento fue retenido por los Frentes 5 y 34 de las FARC en un retén ilegal en la vía entre Carepa y Mutatá, mientras se dirigía al Batallón Voltígeros. A pesar de haber pasado treinta y cuatro años después del hecho, no se tiene ninguna noticia de su suerte o paradero: esto convierte al sargento Rojas en el miembro registrado de la Fuerza Pública que lleva más tiempo desaparecido. El informe del Ejército subraya la condición de indefensión en la que se encontraba al momento de su captura: al momento de su desaparición, no solo se

encontraba vestido de civil, sino por fuera de una guarnición militar y en total estado de indefensión, dado que para ese momento y por las condiciones no portaba armas (*Semana*, 2022).

Efectuadas las averiguaciones sobre la situación del Sargento José Vicente Rojas, en una audiencia de Justicia y Paz de mayo de 2014, Elda Nellis Mosquera, alias Karina, y otros desmovilizados de las FARC reconocieron que el Sargento Rojas fue retenido por miembros de los Frentes 5 y 34 de ese grupo guerrillero, pero afirmaron que desconocían su paradero (*El Tiempo*, 2016). Respecto a la búsqueda del sargento segundo del Ejército Nacional, José Vicente Rojas, a la fecha de marzo de 2026, la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas (en adelante UBPD) no ha proporcionado a la familia apoyo e información que permita aclarar su situación.

La documentación de estos hechos victimizantes, en todo caso, no surgió exclusivamente de los procesos de justicia transicional. Ya en 1997 y 1998, el general Jorge Enrique Mora Rangel, entonces comandante de la V División del Ejército, publicó dos tomos del libro *Epitafio de los inocentes*, en los que se relacionaban secuestros extorsivos de nacionales y extranjeros, homicidios agravados de soldados y policías fuera de combate, desaparición de miembros de la Fuerza Pública, incorporación de menores de quince años y desplazamientos provocados por las FARC, ELN y Autodefensas, describiendo el lugar donde se cometieron los hechos, la fecha, los responsables y los bienes jurídicos vulnerados (*La Silla Vacía*, 2021). Esta iniciativa institucional, publicada en plena etapa de equilibrio y cuando las desapariciones de uniformados en Antioquia alcanzaban su pico histórico, constituye una fuente documental de primera mano que antecede en dos décadas a los informes de esclarecimiento de la verdad. En esto, se anota que la primera desaparición forzada documentada de un miembro del Ejército se registró el 12 de marzo de 1997, coincidiendo exactamente con el inicio del período de mayor intensidad ofensiva de las FARC-EP y el ELN en el noroccidente y Bajo Cauca antioqueño (ColombiaCheck, 2017).

Desplazamiento forzado de familias de militares y policías

Por otra parte, el desplazamiento forzado de miembros de la Fuerza Pública y sus familias durante la etapa de equilibrio constituye una de

las dimensiones menos visibilizadas de la victimización de los uniformados en Antioquia. El informe *El fenómeno del desplazamiento forzado en miembros del Ejército Nacional y sus familias (1985–2018)*, entregado a la Comisión de la Verdad en noviembre de 2020, documenta 218 060 casos de desplazamiento contra militares o sus seres queridos, de los cuales el 97 % correspondían a soldados (*El Espectador*, 2020). Respecto a los responsables, cerca del 47 % de los casos fueron grupos guerrilleros como las extintas FARC y el ELN y el 44 % de los militares activos desplazados también fueron amenazados por grupos armados ilegales. La misma fuente precisa que el lapso entre 1999 y 2007 fue el de mayor cantidad de casos de desplazamiento forzado y despojo, período que coincide exactamente con la fase más intensa de la etapa de equilibrio en Antioquia, cuando los Bloques Noroccidental y el Frente 34 de las FARC-EP intensificaron sus operaciones sobre el Urabá, el Bajo Cauca y el norte del departamento. Particularmente revelador es el dato de que cerca de 440 000 hectáreas de tierras fueron despojadas a miembros de la Fuerza Pública y a sus familiares entre el período comprendido de 1985 a 2018, lo que evidencia que el desplazamiento no fue un hecho puntual, sino una estrategia sostenida de vaciamiento territorial con consecuencias patrimoniales directas sobre los uniformados.

La mecánica del desplazamiento de militares en Antioquia durante la etapa de equilibrio combinaba la amenaza directa al combatiente con la presión sobre su núcleo familiar en sus municipios de origen. Leonel Figueroa, miembro retirado del Ejército, reveló ante la Comisión de la Verdad (2020) que la razón por la que sus padres vendieron la finca fue por la presión que ejercieron los grupos guerrilleros. Ellos, para salvaguardar su vida, decidieron salir de sus tierras. Figueroa aprovechó para visitar a su familia en un día de licencia, ante lo cual sus padres le dijeron que tenía orden de no volver, o de lo contrario tenía que irme con las FARC. Al día siguiente, de madrugada, tuvo que huir de su propia casa. Este testimonio, recopilado directamente por la Comisión, ilustra una práctica sistemática documentada también en el informe de UNICEF para el Urabá antioqueño: «Primero fue la guerrilla que nos hizo salir porque teníamos un familiar en el Ejército y nos fuimos para

una finca en Turbo y allí llegaron los paramilitares y dijeron que teníamos que colaborar con plata y que uno de los muchachos tenía que hacer unos cruces con ellos y como había tanta violencia allá decidimos salir y nos fuimos primero a Medellín» (2002, p. 173). La doble presión sobre las familias de uniformados, ejercida sucesivamente por guerrilla y paramilitares en el corredor de Urabá, convirtió al desplazamiento en un mecanismo de guerra psicológica que extendía el campo de batalla hasta el entorno doméstico del combatiente.

La dimensión institucional del desplazamiento forzado de militares en Antioquia durante la etapa de equilibrio quedó también reflejada en el abandono forzado de puestos de policía y pequeñas guarniciones en municipios del Bajo Cauca y el norte del departamento, que quedaron desprotegidos ante la ofensiva guerrillera de finales de los años noventa. «Una explicación propia para este aumento desmedido está en la idea del desplazamiento de miembros de las Fuerzas Militares como una de las estrategias empleadas por parte de los grupos armados ilegales, especialmente de las FARC-EP, para tratar de subsanar la derrota estratégica que atravesaban por aquellos años», señala el informe del Ejército entregado a la Comisión de la Verdad (Radio Nacional de Colombia, 2021). Este análisis institucional resulta coherente con el patrón documentado en Antioquia: el repunte de los desplazamientos de uniformados entre 2003 y 2007 se puede relacionar con la implementación de la política de Seguridad Democrática, que obligó a las FARC-EP y el ELN a intensificar las presiones sobre las familias de los soldados como mecanismo de desgaste indirecto sobre la institución. De los 506 532 miembros de la Fuerza Pública afectados por el conflicto, 355 731 pertenecen al Ejército Nacional y cada uno de ellos ha enfrentado diversas formas de victimización, incluyendo homicidios, secuestros, desplazamiento forzado, desapariciones y actos de violencia que han marcado a sus familias y comunidades (Comando General de las Fuerzas Militares, 2024), siendo Antioquia, por lo general, el departamento con mayor concentración histórica de estas afectaciones en todo el país.

Toma de rehenes

Finalmente, la toma de rehenes de miembros de la Fuerza Pública en Antioquia durante la fase de equilibrio no fue una práctica improvisada

ni circunstancial, sino el resultado de una política deliberada adoptada al más alto nivel organizativo de las FARC-EP. Según la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), «en el Pleno del Estado Mayor de 1997 se decidió que se mantendrían cautivos militares y policías que tenían mando, o sea, oficiales y suboficiales de policía, para forzar un intercambio por guerrilleros presos», según explicó la magistrada Julieta Lemaitre al precisar el origen de este patrón criminal ante las víctimas (*El Colombiano*, 2024). La JEP documentó, con base en los hechos del Bloque Noroccidental que delinquiró sobre Antioquia, Chocó, sur de Córdoba y Risaralda, 314 hechos documentados, hallando a sus cabecillas responsables de los crímenes de guerra y de lesa humanidad de toma de rehenes, graves privaciones de la libertad, asesinato, violencia sexual, tortura, desaparición forzada, atentados a la dignidad personal y tratos crueles e inhumanos. Esa política de retención sistemática fue, en términos numéricos, de proporciones colosales: en 1998, las FARC-EP decidieron forzar el intercambio de guerrilleros presos por los militares y policías en su poder, y el Informe N.º 2 de la Fiscalía menciona a 245 militares y policías cuya libertad fue condicionada a un eventual intercambio de prisioneros (JEP, 2021).

En el departamento de Antioquia, la sistematicidad de la toma de rehenes bajo la modalidad de «nueva forma de operar» por medio de la articulación de interfrentes, las acciones del Bloque José María Córdoba de las FARC se remontan a finales de la década de los años noventa, cuando el 3 de agosto de 1998, 500 guerrilleros de los Frentes 5 y 58 efectuaron un ataque contra tropas del Batallón Voltígeros de la Brigada 17 que se encontraban en el corregimiento de Pavarandó, municipio de Mutatá, custodiando un grupo de desplazados causado por el enfrentamiento entre grupos de paramilitares y guerrilleros de las FARC y quienes se disputan el control de la región de Urabá chocoano. Tras la confrontación, las acciones arrojaron la muerte de nueve militares, doce heridos y siete secuestrados (Ejército Nacional y Fiscalía General de la Nación, 2018). Los siete secuestrados corresponden a los cabos primeros Francisco Manuel Negrete Mendoza y Mario Alberto Marín Franco, orgánicos de la Central de Inteligencia Técnica, y los soldados Alberto Enrique Barrios Peñate, Francisco Javier Hernández

Barrios, Jhonatan Moreno Orozco, Tilson Moreno Robledo y Gustavo Carmel Oviedo Martínez del Batallón Voltígeros y el soldado Jaidis Alonso Fajardo González del Batallón contraguerrilla N.º 35.

Posteriormente, el 14 de agosto de 1998, la ofensiva de las FARC se dirigió hacia las tropas del Batallón de contraguerrillas N.º 11 «Cacique Coyara» de la Brigada 17, cuando desarrollaban operaciones de búsqueda y rescate de los militares secuestrados en Pavarandó. En estas circunstancias, encontrándose a la altura del corregimiento de Puerto Lleras del municipio de Riosucio (Chocó), fueron atacadas por cinco frentes que reunían entre 800 a 900 guerrilleros del Bloque José María Córdoba. Tras los fuertes combates acaecidos en el sitio conocido como Tamborales, el balance fue de cuarenta y dos militares muertos y veintiún secuestrados, que corresponden al Sargento Héctor Lucuara Segura, al cabo Yersinio Navarrete Sánchez del Batallón de contraguerrillas N.º 11 y diecinueve soldados de los batallones de contraguerrillas 35 y 26 (Bermeo, 2001).

Otro de los eventos en los que se registra la toma de rehenes corresponde a la toma guerrillera a la base militar de Piedras, en el corregimiento de Carepa (Antioquia), en 1998, perpetrada por guerrilleros del Frente 5 del Bloque José María Córdoba. En la toma a la base militar de Piedras, corregimiento de Carepa (Antioquia), en 1998, fueron abatidos veinte soldados y doce más fueron secuestrados (Semana, 2014). La operación estuvo a cargo de alias Jacobo Arango y su hermano Héctor Úsuga, alias la Muerte, responsables del Frente 5, cuyo prontuario incluía, según información del Ejército Nacional, secuestros, extorsiones, tomas guerrilleras y asesinatos en los municipios de Carepa, Apartadó, Mutatá, Chigorodó y Dabeiba (Semana, 2014). Estos casos ilustran la dinámica característica de la etapa de equilibrio en Antioquia: las tomas guerrilleras a instalaciones militares buscaban no solo infligir bajas en combate sino también capturar uniformados que servirían como moneda de canje, prolongando la infracción al DIH mucho más allá del momento del combate.

A los eventos descritos se suman los acontecimientos del 12 de diciembre de 1999 en el municipio de Juradó (Chocó), donde 600 integrantes del Frente 57 de las FARC atacaron la base militar de infan-

tería de marina, en la que resultaron veinticuatro militares muertos, treinta y tres heridos y tres tomados como rehenes, siendo estos últimos el teniente Alejandro Ledezma Ortiz, Agenor Viellard Hernández y José Peña Guarnizo (Justicia y Paz, 1999).

La travesía de los rehenes en manos de guerrilleros del Bloque José María Córdoba de las FARC se vio alterada cuando en el mes de junio de 2001, mediante el Acuerdo de Los Pozos, se produjo la liberación de cincuenta y cinco miembros de la Fuerza Pública, entre soldados, policías e infantes de marina retenidos desde 1998. Sin embargo, «Las Farc liberaron solo a los soldados y policías rasos y se quedaron con los de mayor rango, oficiales y suboficiales para seguir presionando por el “canje”» (Esguerra, 2014, p. 31).

Para los oficiales y suboficiales tomados como rehenes entre 1998 y 1999 por el Bloque José María Córdoba de las FARC, su tortuosa situación tuvo un desenlace final cuando en el mes de mayo de 2003, con la ejecución de la operación militar de rescate de los rehenes ubicados en el campamento de Urrao (Antioquia) donde se encontraban el gobernador Guillermo Gaviria, el asesor Gilberto Echeverry, la reacción de los integrantes del Frente 34 bajo las órdenes de Aicardo de Jesús Agudelo Rodríguez, alias el Paisa, fue la de dar cumplimiento a «la directriz de asesinarlos si existía alguna operación de rescate» (Fiscalía General, 2025, p. 2).

En consecuencia, los guerrilleros que custodiaban a los rehenes, sin ningún recato, enfilaron sus fusiles contra la humanidad del gobernador Guillermo Gaviria, el asesor Gilberto Echeverry y los militares que los acompañaban, teniente Alejandro Ledezma Ortiz, subteniente Wagner Harvey Tapias Torres, sargento viceprimero Héctor Lucuara Segura, los cabos primero Yercinio Navarrete Sánchez, cabo primero Samuel Ernesto Cote Cote, cabo primero José Gregorio Peña Guarnizo, cabo primero Francisco Manuel Negrete Mendoza y el cabo segundo Mario Alberto Marín Franco, a quienes les segaron la vida (*Semana*, 2003).

Las versiones del sargento Heriberto Aranguren (sobreviviente), dadas en audiencia de la Jurisdicción Especial de Paz, permiten conocer en detalle lo acontecido, según lo vivido, alias el Paisa, «ordenó a sus hombres asesinar a todos los secuestrados que tenían a cargo, y además

ordenó que los remataran dado que las fuerzas militares ya estaban acercándose al lugar para obtener su rescate [...] Cerca de las once de la mañana, comenzaron a escuchar ruidos extraños, entonces recibieron la orden de no moverse del cambuche donde los tenían, sin imaginarse que serían vilmente asesinados a sangre fría» (Armada Nacional, s.f.).

Importante destacar que, por el hecho victimizante, un juez de conocimiento del municipio de Turbo, Antioquia, después de valorar las pruebas suministradas por la fiscalía halló «responsable a Luciano Marín Arango, alias Iván Márquez, del secuestro y homicidio» del subteniente Wagner Harvey Tapias Torres, quien había sido secuestrado en 1997 por las FARC y finalmente asesinado en cautiverio, en estado de indefensión el 5 de mayo de 2003 por integrantes del Frente 34. «Por estas razones, la juez de conocimiento lo condenó a cuarenta años de prisión, por los delitos de homicidio en persona protegida y secuestro extorsivo agravado» (*El Colombiano*, 2025, p. 8).

Lo expuesto se complementa con la condena proferida por el juzgado penal de conocimiento de Apartado, Antioquia, que lo sentenció por el crimen del sargento viceprimero del Ejército Nacional, Héctor Lucuara Segura, ocurrido el 5 de mayo de 2003, a cuarenta y cuatro años de prisión por los delitos de homicidio en persona protegida y secuestro extorsivo (Fiscalía General, 2025).

Finalmente, la responsabilidad de los mandos del Bloque Noroccidental por estos hechos fue establecida formalmente por la JEP en la audiencia pública celebrada en Caicedo (Antioquia), en la que siete exjefes del Bloque reconocieron públicamente su responsabilidad: «Creo que el secuestro fue un cáncer mortal que nos desdibujó como revolucionarios, como defensores del pueblo, decíamos nosotros, pero que en la práctica no fue así», declaró ante las víctimas quien fue comandante del Frente Aurelio Rodríguez, aceptando además que hubo tratos crueles y que ordenó aislamientos calificados por la JEP como torturas (*El Colombiano*, 2024). Por su parte, Luis Óscar Úsuga, alias Isaías Trujillo, reconoció su rol en el secuestro del gobernador de Antioquia, afirmando: «Fue mi responsabilidad, no solamente la privación de él». Estas confesiones, arrancadas en el marco del proceso transicional después de más de dos décadas, confirman lo que la Comisión

de la Verdad ya había documentado numéricamente: «entre 1995 y 2002 se identificaron 109 casos de daños a bienes civiles en toda la región [del Nudo de Paramillo] y se registraron 919 casos de secuestros atribuidos a la guerrilla», siendo Antioquia el departamento más afectado en términos absolutos por la política de toma de rehenes de las FARC-EP durante toda la etapa de equilibrio (Infobae, 2022).

Conclusión

El recorrido por las distintas modalidades de infracciones al DIH perpetradas contra la Fuerza Pública en el departamento de Antioquia, a lo largo de las fases de acumulación y de equilibrio de la guerra popular prolongada, permite extraer la siguiente conclusión: estas conductas no fueron excesos esporádicos ni consecuencias inevitables del conflicto, sino expresiones sistemáticas de una estrategia deliberada que convirtió al miembro de la Fuerza Pública en objetivo prioritario, con independencia de su condición de combatiente activo. El uso de MAP y MUSE, el homicidio en persona protegida en sus distintas modalidades («pesca milagrosa», «plan pistola» y «tiro de gracia»), la desaparición forzada, el desplazamiento y la toma de rehenes, entre otras prácticas, fueron manifestaciones de una estrategia de violencia que, lejos de responder a las exigencias de la necesidad militar, vulneró de manera reiterada los principios de distinción, proporcionalidad y humanidad consagrados en los Convenios de Ginebra y sus Protocolos Adicionales.

La importancia estratégica del departamento de Antioquia, sus corredores viales y fluviales, la diversidad de sus economías legales e ilegales y la presencia simultánea de las tres principales organizaciones guerrilleras del país convirtieron su territorio en el laboratorio donde todas estas modalidades de violación al DIH alcanzaron su mayor expresión y dejaron sus huellas más profundas sobre los uniformados y sus familias. El proceso de justicia transicional colombiano, a través de los hallazgos de la Comisión de la Verdad, ha sentado las bases para que estos hechos sean reconocidos, juzgados y no repetidos. Sin embargo, como señala el Ejército Nacional (2021) en sus registros de memoria histórica, la identificación de restos, la localización de desaparecidos y la reparación integral de las víctimas militares del depar-

tamento siguen siendo tareas pendientes que el Estado colombiano tiene la obligación de completar, no como un acto de voluntad política discrecional, sino como imperativo directo del Derecho Internacional Humanitario que Colombia asumió al adherirse a los Convenios de Ginebra el 26 de agosto de 1960.

Los hechos victimizantes, tenidos en cuenta en el presente texto, hacen parte de un pequeño universo de actos cometidos por el Bloque José María Córdoba de las FARC contra los militares en el departamento de Antioquia. Ellos fueron tomados a manera de ejemplo que permite comprender las directrices, planes, procedimientos, motivaciones y sistematicidad.

Referencias

Aguilera, M. (2010). Las FARC: La guerrilla campesina, 1994-2010, ¿Ideas circulantes en un mundo cambiante? Actores armados y población civil. <https://repository.iom.int/bitstream/handle/20.500.11788/909/COL-OIM%200359.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Aguilera, M. (2013). Las FARC: auge y quiebre de su modelo de guerra. *Análisis político*, Vol. 26. Bogotá http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-47052013000100004

Amnistía Internacional. (2009). Más rehenes liberados en Colombia, <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2009/02/mas-rehenes-liberados-colombia-20090204/>

Aristizábal, R. (2021). Las Farc pasaban encima mío: soldado sobreviviente a la batalla de Dabeiba. <https://www.wradio.com.co/noticias/actualidad/las-farc-pasaban-encima-mio-soldado-sobreviviente-a-la-batalla-de-dabeiba/20210429/nota/4130649.aspx>

Armada Nacional de Colombia. (s.f.). Aniversario del cruel asesinato de Urrao. <https://www.armada.mil.co/es/content/aniversario-del-cruel-asesinato-de-urrao>

Borrero, A. (2004). «El conflicto armado interno, los cultivos ilícitos y la gobernabilidad local en la “Otra Colombia”». *Revista Ópera*, 4, pp. 285-316, <http://bit.ly/2Wme89O>

Cambio Colombia. (s.f.). La historia del EPL en el nororiente del país. <https://cambio colombia.com/conflicto-armado-en-colombia/articulo/2024/12/epl-guerrilla-ejercito-norte-santander-antioquia-conflicto-armado/>

Carvajal, L. (2023). ¿Quién fue alias Romaña, comandante del ‘Frente 53’ y creador de las ‘pescas milagrosas’? Redmas. <https://redmas.com.co/colombia/Segunda-Marquetalia-reabre-las-puertas-al-temido-frente-53-de-las-Farc-20230421-0014.html>

Caracol Noticias. (2015, 28 de mayo). Aseguran a explosivista de las FARC por más de 260 víctimas de minas antipersona. <https://noticias.caracoltv.com/antioquia/colombia/aseguran-explosivista-de-las-farc-por-mas-de-260-victimas-de-minas-antipersona>

Caracol Radio. (1999). Guerrilla de las FARC se atribuye atentado con coche-bomba en Medellín. https://caracol.com.co/radio/1999/08/02/nacional/0933573600_016745.html

Caracol Radio. (2001). Cierre nocturno de autopista Medellín-Bogotá a partir de hoy. https://caracol.com.co/radio/2001/04/06/bogota/0986536800_027215.html

Cárdenas, J. (Magistrado). (2022). Sentencia Priorizada, Postulada Elda Neyis Mosquera García 'Karina' y otros Bloque José María Córdova-FARC EP. <https://www.fiscalia.gov.co/colombia/wp-content/uploads/2022-05-06-FARC-EP.pdf>

Centro de Estudios de Derecho Internacional Humanitario. (s.f.). Principios generales del DIH. CEDIH. <https://www2.cruzroja.es/documentos/5640665/691578756/PRINCIPIOS.pdf>

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (s.f.). Recuerdos de selva: línea de tiempo. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recuerdos-de-selva/linea-tiempo.html>

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (s.f.). Urabá: contexto y antecedentes. https://micrositios.centrodememoriahistorica.gov.co/validacion_informe_uraba/capitulo-1-contexto-y-antecedentes/

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2017). La guerra escondida: Minas antipersonal y remanentes explosivos en Colombia. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/la-guerra-escondida-minas-antipersonal-y-remanentes-explosivos-en-colombia/>

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2019). 20 años del ataque a Gutiérrez. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/20-anos-del-ataque-a-gutierrez/>

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2019, 4 de junio). 16 historias sobre el secuestro de policías y militares. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/16-historias-sobre-el-secuestro-de-policias-y-militares/>

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2021). Observatorio de Memoria y Conflicto: Víctimas de minas antipersona, municiones sin explotar y artefactos explosivos improvisados. <https://micrositios.centrodememoriahistorica.gov.co/observatorio>

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2022). Colombia registra 9.823 víctimas de minas antipersonal. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/colombia-registra-9-823-victimas-de-minas-antipersonal/>

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2024). 25 años de la masacre de Gutiérrez: entre la resiliencia y la lucha por la verdad. <https://centro->

dememoriahistorica.gov.co/25-anos-de-la-masacre-de-gutierrez-entre-la-resiliencia-y-la-lucha-por-la-verdad/

CICR. (2016). Artículo 3 – Conflictos sin carácter internacional. Comentario, Base de datos de derecho Internacional Humanitario. <https://ihl-databases.icrc.org/es/ihl-treaties/gci-1949/article-3?activeTab=>

CNMH. (2016). Esa Mina lleva mi nombre. *Centro Nacional de memoria Histórica*. <https://www.corteidh.or.cr/tablas/32871.pdf>

CNMH. (2017). Medellín: memorias de una guerra urbana. *Centro Nacional de memoria Histórica*. <https://acimedellin.org/wp-content/uploads/2017/06/medellin-memorias-de-una-guerra-urbana-baja.pdf>

ColombiaCheck. (2017, 24 de agosto). El conflicto ha dejado 139 miembros del Ejército desaparecidos. <https://colombiacheck.com/chequeos/el-conflicto-ha-dejado-139-miembros-del-ejercito-desaparecidos>

Colprensa. (2022). Más de 400 mil miembros de la Fuerza Pública fueron víctimas del conflicto en Colombia. <https://www.radionacional.co/actualidad/miembros-de-la-fuerza-publica-victimas-del-conflicto-en-colombia>

Comando General de las Fuerzas Militares de Colombia. (2024, 9 de abril). 506.532 miembros de la Fuerza Pública y sus familias: víctimas invisibles del conflicto armado en Colombia. <https://www.cgfm.mil.co/es/multimedia/noticias/506532-miembros-de-la-fuerza-publica-y-sus-familias-victimas-invisibles-del>

Comisión de la Verdad. (2020, 18 de noviembre). El desplazamiento forzado ha afectado al menos a 218.060 integrantes de la Fuerza Pública. <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/desplazamiento-forzado-afectado-integrantes-fuerza-publica>

Comisión de la Verdad. (2022). Esta guerra está viva. <https://www.comisiondelaverdad.co/violacion-derechos-humanos-y-derecho-internacional-humanitario/esta-guerra-esta-viva>

Comisión de la Verdad. (2022). Principios del Marco jurídico de los Mínimos Humanitarios. <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/principios-juridicos-minimos-humanitarios>

Comisión de la Verdad. (2022a). Hay futuro si hay verdad: Informe Final. <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>

Comisión de la Verdad. (2022b). ¿Por qué la Operación Anorí representó un duro golpe para el ELN? <https://www.comisiondelaverdad.co/por-que-la-operacion-anori-represento-un-duro-golpe-para-el-eln>

Comisión Interamericana de Derechos Humanos [CIDH]. (1999). Tercer informe sobre la situación de los derechos humanos en Colombia, capítulo IV-B. <https://cidh.oas.org/countryrep/Colom99sp/capitulo-4b.html>

Comité Internacional de la Cruz Roja. (2015). Protocolo II adicional a los Convenios de Ginebra de 1949 relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados sin carácter internacional, 1977. CICR. [https://www.fun-ciohttps://elearning.icrc.org/detention/es/story_content/external_files/Protocolo%20Adicional%20%20CG%20II%20\(1977\).pdfpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=6388](https://www.fun-ciohttps://elearning.icrc.org/detention/es/story_content/external_files/Protocolo%20Adicional%20%20CG%20II%20(1977).pdfpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=6388)

Comité Internacional de la Cruz Roja. (2016). Glosario de Derecho Internacional Humanitario (DIH) para profesionales de los medios de comunicación. CIRC. https://www.icrc.org/sites/default/files/document/file_list/glosario_interior_esp_bookmarks.pdf

Comité Internacional de la Cruz Roja. (2022, 5 de julio). ¿Qué es el derecho internacional humanitario? CIRC. <https://www.icrc.org/es/content/que-es-el-derecho-internacional-humanitario>

Comité Internacional de la Cruz Roja. (2024, 11 de mayo). Derecho consuetudinario. CICR. <https://www.icrc.org/es/derecho-y-politicas/derecho-consuetudinario>

Comité Internacional de la Cruz Roja. (2026). Los métodos y medios de guerra. CICR. <https://www.icrc.org/es/derecho-y-politicas/los-metodos-y-medios-de-guerra>

Corte Constitucional de Colombia. (1999). Sentencia C-582/99. Corte Constitucional. <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/1999/c-582-99.html>

Corte Constitucional de Colombia. (2004). Sentencia T-025/04. Corte Constitucional. <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2004/t-025-04.html>

Corte Constitucional. (2000). Sentencia C-991/00. Minas antipersonal efectos indiscriminados. <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2000/c-991-00.html>

Cortes, D., y Soto, A. (2025). Ataques indiscriminados y ataques desproporcionados de las FARC-EP Tomo II. Ejército Nacional de Colombia. <https://www.selloeditorialejc.com/index.php/cedoc/catalog/view/127/104/559>

Defensoría del Pueblo de Colombia. (2011). Informe de riesgo N.º 007-11: Ituango, Antioquia. <https://notiagen.wordpress.com/wp-content/uploads/2011/07/ir-007-11-ituango.pdf>

Departamento Administrativo de la Función Pública. (2025). Ley 599 de 2000 - Código Penal de Colombia. Función Pública. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=6388>

EFE. (1999, 23 de febrero). La «pesca milagrosa» de los rebeldes. *El País*. https://elpais.com/diario/1999/02/23/internacional/919724403_850215.html

Ejército Nacional y Fiscalía General. (2018). Informe Génesis. Génesis de las FARC, Tomo I.

Ejército Nacional y Fiscalía General. (2018). Informe Génesis. Documentos rectores, Tomo II.

Ejército Nacional y Fiscalía General de la Nación. (2018). Informe Génesis, Génesis Bloque Efraín Guzmán FARC-EP. Tomo XXXV.

Ejército Nacional. (2021). 112 militares han sido víctimas de desaparición forzada en el marco del conflicto. <https://www.ejercito.mil.co/112-militares-han-sido-victimas-de-desaparicion-forzada-en-el-marco-del-conflicto/>

El Colombiano. (2015, 12 de abril). Un soldado murió en enfrentamientos con las FARC en Ituango. <https://www.elcolombiano.com/colombia/paz-y-de-rechos-humanos/un-soldado-murio-en-enfrentamientos-con-las-farc-en-ituango-IF1700864>

El Colombiano. (2022). Fiscalía acusa a «Iván Márquez» de asesinar a cuatro militares en Antioquia. <https://www.elcolombiano.com/colombia/fiscalia-acusa-a-ivan-marquez-de-asesinar-a-cuatro-militares-en-antioquia-en-1997-GH16995232>

El Colombiano. (2024, 25 de junio). Exfarc reconocen secuestros en Antioquia ante la JEP en audiencia en Caicedo. <https://www.elcolombiano.com/antioquia/exfarc-reconocen-secuestros-en-antioquia-audiencia-jep-caicedo-NO27837093>

El Colombiano. (2025). Juez en Antioquia condenó a 40 años de cárcel a Iván Márquez por secuestro y homicidio de un suboficial. <https://www.elcolombiano.com/antioquia/condenan-a-ivan-marquez-por-masacre-en-opera->

cion-de-rescate-de-guillermo-gaviria-PL27681853

El Espectador. (2020, 19 de noviembre). El 97 % de los militares víctimas de desplazamiento eran soldados. <https://www.elespectador.com/colombia-20/paz-y-memoria/el-97-de-los-militares-victimas-de-desplazamiento-forzado-eran-soldados-article/>

El Espectador. (2022). Así fue como las guerrillas violaron el DIH y se financiaron del narcotráfico. <https://www.elespectador.com/colombia-20/informe-final-comision-de-la-verdad/informe-final-comision-de-la-verdad-guerrillas-de-las-farc-y-eln-violaron-el-dih-y-se-financiaron-con-narcotrafico/>

El Mundo. (2013). Las FARC aumentaron sus atentados tras recibir adiestramiento de ETA y el IRA. <https://www.elmundo.es/america/2013/04/29/colombia/1367228952.html>

El Tiempo. (1973). Plan de secuestros de las FARC. <https://news.google.com/newspapers?nid=1706&dat=19730618&id=30g0AAAIAIAJ&sjid=2GYEAAAIAIAJ&pg=2724,3675543&hl=en>

El Tiempo. (1990, 11 de noviembre). Muere coronel en ataque guerrillero. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3859>

El Tiempo. (1991). El jefe de Urabá deja las armas. No comparte ni sus métodos ni su vigencia. <https://news.google.com/newspapers?nid=1706&dat=19910804&id=fpocAAAIAIAJ&sjid=hWUEAAAIAIAJ&pg=5839,1126758&hl=en>

El Tiempo. (1998, 26 de diciembre). Pescas milagrosas: terror en carreteras. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-815983>

El Tiempo. (1999). Ejército cerca campamento de FARC. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/mam-874427>

El Tiempo. (1999). FARC asesinan otro militar secuestrado. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-953428>

El Tiempo. (1999a). Terrorismo volvió a Medellín. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/mam-893706>

El Tiempo. (2000). Guerrilleros de las farc vuelven a Urrao. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1285659>

El Tiempo. (2000). Cilindros de gas contra brigada. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/mam-1278136>

El Tiempo. (2001). Repudian Crimen de soldado. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-621443>

El Tiempo. (2003). Estaba esperando el tiro de gracia. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/mam-977725>

El Tiempo. (2011). El frente 36, una estructura especializada en explosivos https://www.elcolombiano.com/historico/el_frente_36_una_estructura_especializada_en_explosivos-DFEC_139857

El Tiempo. (2016). La paz, última esperanza de familias de uniformados desaparecidos. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16754198>

El Tiempo. (2020, 3 de diciembre). Plan pistola en Medellín a manos de Pablo Escobar, 'el patrón'. <https://www.eltiempo.com/colombia/medellin/plan-pistola-en-medellin-a-manos-de-pablo-escobar-el-patron-299528>

El Tiempo. (2022, 4 de agosto). Plan pistola: policías y militares asesinados, qué hacen las autoridades. <https://www.eltiempo.com/justicia/conflicto-y-narcotrafico/plan-pistola-policias-y-militares-asesinados-que-hacen-las-autoridades-691329>

El Tiempo. (2022b). Crónica de la masacre en la que murió Guillermo Gaviria Correa. <https://www.eltiempo.com/politica/proceso-de-paz/cronica-de-la-masacre-en-la-que-murio-guillermo-gaviria-correa-723724>

El Tiempo. (2024, 9 de mayo). FARC: qué pasó con los secuestrados desaparecidos a manos de la guerrilla. <https://www.eltiempo.com/justicia/jep-colombia/farc-que-paso-con-los-secuestrados-desaparecidos-a-manos-de-la-guerrilla-734198>

Esguerra, L. (2014). Cronología del desencuentro (1996-2012). Tres lustros del acuerdo humanitario. <http://centromemoria.gov.co/wp-content/uploads/2020/05/Cronologi%CC%81a-del-desencuentro.pdf>

FARC. (s.f.). Beligerancia. Revista Resistencia, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Comisión Internacional. http://theirwords.org/media/transfer/doc/1_co_farc_ep_2000_10-7b8e3621ef7e288f638a8b47107c3937.pdf

FARC-EP. (1993). Comunicado de las FARC-EP. Conformación de siete bloques de frente, tomado de Informe Génesis Tomo I, Génesis de las FARC. Ejército nacional y Fiscalía General, 2018.

FARC-EP. (2009). Parte militar del Frente 36, Bloque Iván Ríos, (Marzo 3 a Julio 8 de 2009), CeDeMa.org. https://cedema.org/digital_items/3544

Fiscalía General. (2015). Informe Investigador de Campo -FPJ-11. <https://docs.elcolombiano.com/INFORME-MILICIAS-URBANAS%20MEDELLIN.pdf>

Fiscalía General. (2025). Condenado 'Iván Márquez' por ordenar el crimen de sargento del Ejército Nacional en medio de un operativo de rescate. (Bogotá D.C. Boletín 56504). <https://www.fiscalia.gov.co/colombia/derechos-humanos/condenado-ivan-marquez-por-ordenar-el-crimen-de-sargento-del-ejercito-nacional-en-medio-de-un-operativo-de-rescate/>

FUNDELT. (2022, 28 de marzo). El ELN asesinó al general Ramón Rincón Quiñones en Bogotá (1975). <https://www.fundelt.com/excelencia-liderazgo-transformacion/el-eln-asesino-al-general-ramon-rincon-quino-nes-en-bogota-1975/>

Henckaerts, J. & Beck, L. (2007). El derecho internacional humanitario consuetudinario. Volumen I: Normas. CICR. https://www.icrc.org/sites/default/files/external/doc/es/assets/files/other/icrc_003_pcustom.pdf

Hernández, S. (1999). «¿Qué ganaron con la bomba? Tenía muchos sueños por cumplir». El Mundo. <https://www.elmundo.es/internacional/2017/09/28/59ccc23e268e3e77638b4667.html>

Hernández, S. (2020). Dabeiba, 20 años de una espantosa tragedia militar. <https://www.semana.com/semana-tv/al-ataque/articulo/dabeiba-20-anos-de-una-espantosa-tragedia-militar/202058/>

Herrera, S. (2024). Recordando al León de Taraza. <https://www.lareaccionprensa.com/post/recordando-al-le%C3%B3n-de-taraz%C3%A1-teniente-coronel-jaime-fajardo-cifuentes>

Human Rightch Watchs. (2007). Mutilando al Pueblo. El uso de minas antipersonal y otras armas indiscriminadas por parte de la guerrilla en Colombia. <https://www.hrw.org/es/report/2007/07/24/mutilando-al-pueblo/el-uso-de-minas-antipersonal-y-otras-armas-indiscriminadas-por>

Infobae. (2019, 8 de junio). Los 82.998 desaparecidos de Colombia: los métodos de exterminio durante más de medio siglo de guerra. <https://www.infobae.com/america/colombia/2019/06/08/los-82-998-desaparecidos-de-colombia-los-metodos-de-exterminio-durante-mas-de-medio-siglo-de-guerra/>

Infobae. (2022, 9 de marzo). Militares y policías víctimas de minas antipersona presentan informe ante la JEP. <https://www.infobae.com/america/colombia/2022/03/09/militares-y-policias-victimas-de-minas-antipersona-presentan-informe-ante-la-jep/>

Infobae. (2022a, 13 de noviembre). Nudo de Paramillo: la zona codiciada por los grupos insurgentes durante el conflicto armado. <https://www.infobae.com/america/colombia/2022/11/13/nudo-de-paramillo-la-zona-codiciada-por-los-grupos-insurgentes-durante-el-conflicto-armado/>

Infobae. (2022b, 28 de julio). El plan pistola del Clan del Golfo recuerda los ataques de Pablo Escobar contra la fuerza pública. <https://www.infobae.com/america/colombia/2022/07/28/el-plan-pistola-del-clan-del-golfo-recuerda-los-ataques-de-pablo-escobar-contra-la-fuerza-publica/>

Infobae. (2023, 3 de agosto). Plan pistola de las disidencias de las Farc recuerda al del cartel de Medellín. <https://www.infobae.com/colombia/2023/08/03/plan-pistola-de-las-disidencias-de-las-farc-recuerda-al-del-cartel-de-medellin-ofrecen-4-millones-por-policia-muerto/>

Infobae. (2024, 18 de enero). JEP citó a excombatientes de las FARC por secuestro y muerte de Guillermo Gaviria. <https://www.infobae.com/colombia/2024/01/18/jep-cito-a-excombatientes-de-las-farc-por-secuestro-y-muerte-de-guillermo-gaviria/>

Infobae. (2025, 2 de mayo). El violento plan pistola de grupos armados ya deja más policías asesinados que en los años 90 con Pablo Escobar. <https://www.infobae.com/colombia/2025/05/02/el-violento-plan-pistola-de-grupos-armados-ya-deja-mas-policias-asesinados-que-en-los-anos-90-con-pablo-escobar/>

InSight Crime. (2019). Henry Castellanos Garzón, alias 'Romaña'. <https://insightcrime.org/es/noticias-crimen-organizado-colombia/henry-castellanos-garzon-alias-romana/>

Jurisdicción Especial para la Paz [JEP]. (2021). Caso 01: Toma de rehenes, graves privaciones de la libertad y otros crímenes concurrentes cometidos por las FARC-EP. <https://www.jep.gov.co/macrocasos/caso01.html>

Justicia y Paz. (1999). Banco de datos de derechos humanos y violencia política. *Revista Noche y Niebla*, N.o 14. Octubre. <https://www.nocheyniebla.org/wp-content/uploads/u1/14/Niebla14.pdf>

La Silla Vacía. (2021, 5 de mayo). Las historias de los militares desaparecidos. <https://www.lasillavacia.com/historias/historias-silla-llena/las-historias-de-los-militares-desaparecidos>

Leal-Tobón, S., Martínez-Sánchez, L. M., & Ospina-Palacio, M. L. (2014). Perfil emocional de un grupo de militares colombianos víctimas de minas

antipersona o artefactos explosivos improvisados. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 43(2), 94–100. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502014000200005

Macías, J. (2021). «Pescas milagrosas»: así funcionó la estrategia que financió a las Farc. <https://www.elcolombiano.com/colombia/paz-y-derechos-humanos/asi-funcionaban-las-pescas-milagrosas-de-las-farc-FE15007534>

Márquez, I. (2004). Efraín Guzmán. Síntesis para la semblanza de un comandante que continúa en la pelea. *Revista resistencia internacional*, (32). <https://farc.narod.ru/magazine/32/02s.html>

Marroquín, H. (2020). Con tiro de gracia la guerrilla remató a los militares dice la Fiscalía. https://caracol.com.co/radio/2000/10/21/nacional/0972108000_095968.html

McDermott, Jeremy. (2013). Bloque Iván Ríos: La división de combate más vulnerable de las FARC. IsightCrime, <https://insightcrime.org/es/investigaciones/bloque-ivan-rios-division-combate-vulnerable-farc/>

Mejía, J. (2017). El soldado ciudadano como víctima en el conflicto armado colombiano: descripción desde el derecho internacional humanitario. *Ambiente Jurídico*, (20), pp. 165–200.

Mejía, J. (2019). El «plan pistola» como crimen de lesa humanidad en contra de miembros del Ejército Nacional. *Opinión Jurídica*, 18(36). http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1692-25302019000100135

Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia. (2025). Un día de septiembre: 32 años de la adhesión de Colombia al Protocolo adicional a los Convenios de Ginebra. Cancillería. [https://www.cancilleria.gov.co/sites/default/files/FOTOS2025/AH-046%20articulo%20\(1\).pdf](https://www.cancilleria.gov.co/sites/default/files/FOTOS2025/AH-046%20articulo%20(1).pdf)

Observatorio de Minas Antipersonal / PAICMA. (s.f.). Colombia y las minas antipersona: zonas de mayor afectación. Universidad Externado de Colombia — *Revista OPERA*. <https://revistas.ueexternado.edu.co/index.php/opera/article/download/3109/2748/0>

ONU. (2006). Convención Internacional para la protección de todas las personas contra las desapariciones forzadas. <https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/international-convention-protection-all-persons-enforced>

Palomino, L. (2025). Hay 546 militares y policías registrados como desaparecidos, según MinDefensa. Caracol radio. <https://www.wradio.com>

co/2025/05/28/hay-546-militares-y-policias-registrados-como-desaparecidos-segun-mindefensa/

Patiño, J. (2021). En Silencio ha Tenido que Ser: una aproximación a la Guerra de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo - FARC-EP en la ciudad de Medellín 1983-2003. Trabajo de grado Universidad de Antioquia. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/server/api/core/bitstreams/026fc30a-1164-4b93-8ffd-5e3f307e7f7e/content>

Pecault, D. (2009). La «guerra prolongada» de las FARC. México, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). *Revista Istor*, (37), pp. 36–45 http://www.istor.cide.edu/archivos/num_37/dossier3.pdf

Pizarro, E. (2011). Las Farc y el reconocimiento de beligerancia. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/cms-9318340>

Quejada, M. F. (2026). Condenan a 37 años de prisión a Iván Márquez por el asesinato de cuatro militares en Turbo, (El Colombiano). <https://www.elcolombiano.com/antioquia/condenan-ivan-marquez-prision-homicidio-militares-turbo-CD34043155>

Quintero, W. R. (2021, 30 de septiembre). Colombia registra 9.823 víctimas de minas antipersonal. Centro Nacional de Memoria Histórica. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/colombia-registra-9-823-victimas-de-minas-antipersonal/>

Radio Nacional de Colombia. (2021, 27 de agosto). Más de 400 mil miembros de la Fuerza Pública fueron víctimas del conflicto en Colombia. <https://www.radionacional.co/actualidad/miembros-de-la-fuerza-publica-victimas-del-conflicto-en-colombia>

Rebelión. (2016). La historia del conflicto a través de las conferencias guerrilleras. <https://rebelion.org/la-historia-del-conflicto-a-traves-de-las-conferencias-guerrilleras/>

Resistencia Civil Democrática. (1998). Derecho internacional humanitario infracciones graves – año 1998 Recuperado de: <http://resistenciavildemocratica.org/dih/dih1998.php>

Rubio, M. (2003). Del rapto a la pesca milagrosa. Documento de CEDE, <https://repositorio.uniandes.edu.co/server/api/core/bitstreams/ed747aad-a3f2-4681-9735-799355c51967/content>

Rutas del Conflicto. (s.f.). Anorí, Antioquia. <http://rutasdelconflicto.com/convenios-fuerza-justicia/node/379>

Salas, L. (2010). Corredores y territorios estratégicos del conflicto armado colombiano: una prioridad: una prioridad por territorializar en la geopolítica de los actores armados. *Perspectiva geográfica* 15, pp. 9–36. <https://biblat.unam.mx/hevila/Perspectivageografica/2010/no15/1.pdf>

Salinas Burgos, H. (s.f.). La toma de rehenes en el derecho internacional humanitario. <https://international-review.icrc.org/sites/default/files/S0250569X00015466a.pdf>

Semana. (2000). 53 muertos. <https://www.semana.com/nacion/articulo/53-muertos/44102-3/>

Semana. (2003). Ellos son, Ocho militares murieron el pasado 5 de mayo cuando se encontraban secuestrados por las Farc. <https://www.semana.com/on-line/articulo/ellos/58076-3/>

Semana. (2014, 3 de julio). Severo golpe a frente clave de las FARC. <https://www.semana.com/nacion/articulo/severo-golpe-frente-clave-farc/331328-3/>

Semana. (2022, 28 de febrero). Alerta por el alto número de miembros de la Fuerza Pública desaparecidos. <https://www.semana.com/nacion/articulo/alerta-por-el-alto-numero-de-miembros-de-la-fuerza-publica-desaparecidos/202207/>

UNICEF Colombia. (2002). Esta guerra no es nuestra y la estamos perdiendo [Boletín CODHES No. 167]. <https://www.unicef.org/colombia/media/2306/file/esta-guerra-no-es-nuestra-y-la-estamos-perdiendo.pdf>

Universidad del Rosario. (2018). Los militares perdidos de la guerra [Repositorio institucional]. <https://repository.urosario.edu.co/server/api/core/bitstreams/353fbffc-3787-40ce-b170-959f09c67bc3/content>

Valencia, P. N. (1990, 12 de noviembre). El más sangriento combate de los últimos tiempos: el coronel Fajardo parecía un león. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/mam-3732>

Verdadabierta. (2012). Frente 5 de las Farc, protagonista de la guerra. <https://verdadabierta.com/frente-5-de-las-farc-protagonista-de-la-guerra-en-antioquia/>

Verdadabierta. (2018). Todos los días nos decían que éramos el enemigo, el ejército burgués, el ejército paramilitar. <https://verdadabierta.com/todos-los-dias-nos-decian-eramos-enemigo-ejercito-burgues-ejercito-paramilitar/>

Verdad Abierta. (2025, 6 de noviembre). Las conferencias de la expansión (1982-1993). <https://verdadabierta.com/las-conferencias-de-la-expansion-1982-1993/>

Villamarín Pulido, L. A. (2014). Cóndor en el Aire: Caída de los hermanos Vásquez Castaño del ELN. <https://books.google.com.co/books?id=EeBGC-gAAQBAJ&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>

Villegas, R., y Abueta, H. (2020). Los militares perdidos de la guerra. <https://repository.urosario.edu.co/server/api/core/bitstreams/fd0c59d4-7c22-4e1d-bd73-ed8da321ec3f/content>

¿Qué significa ser víctima cuando se ha vestido un uniforme? ¿Qué queda de una persona después de una mina antipersonal, un secuestro, una emboscada, una desaparición o la muerte de un compañero? ¿Cómo se reconstruye una vida cuando la guerra irrumpe en ella y transforma para siempre la manera de recordar?

Que no se pierda el nombre reúne las voces de militares víctimas del conflicto armado colombiano y se acerca a sus historias desde un lugar profundamente humano: antes que soldados, fueron hijos, padres, hermanos, amigos, campesinos, jóvenes con sueños y personas que, como tantas otras, quedaron atrapadas en la violencia. Sus testimonios permiten escuchar aquello que las cifras y las categorías jurídicas no siempre alcanzan a contar.

Este libro no busca una única versión de la guerra. Abre un espacio para escuchar experiencias diversas y reconocer que la memoria del conflicto colombiano está hecha de muchas voces, incluso de aquellas que durante años han permanecido en los márgenes de las narraciones sobre las víctimas.

Porque recordar también es nombrar. Y nombrar es una manera de devolverle a cada historia su rostro, su humanidad y su lugar en la memoria colectiva.

Que no se pierda el nombre.

Museo Casa de la Memoria

Entrada libre. Calle 51 #36-66,
parque Bicentenario, Medellín, Colombia.

Horarios: martes a viernes: de 9:00 a. m. a 6:00 p. m.

Sábados, domingos y festivos: de 10:00 a. m. a 4:00 p. m.

www.museocasadelamemoria.gov.co



En alianza:



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación